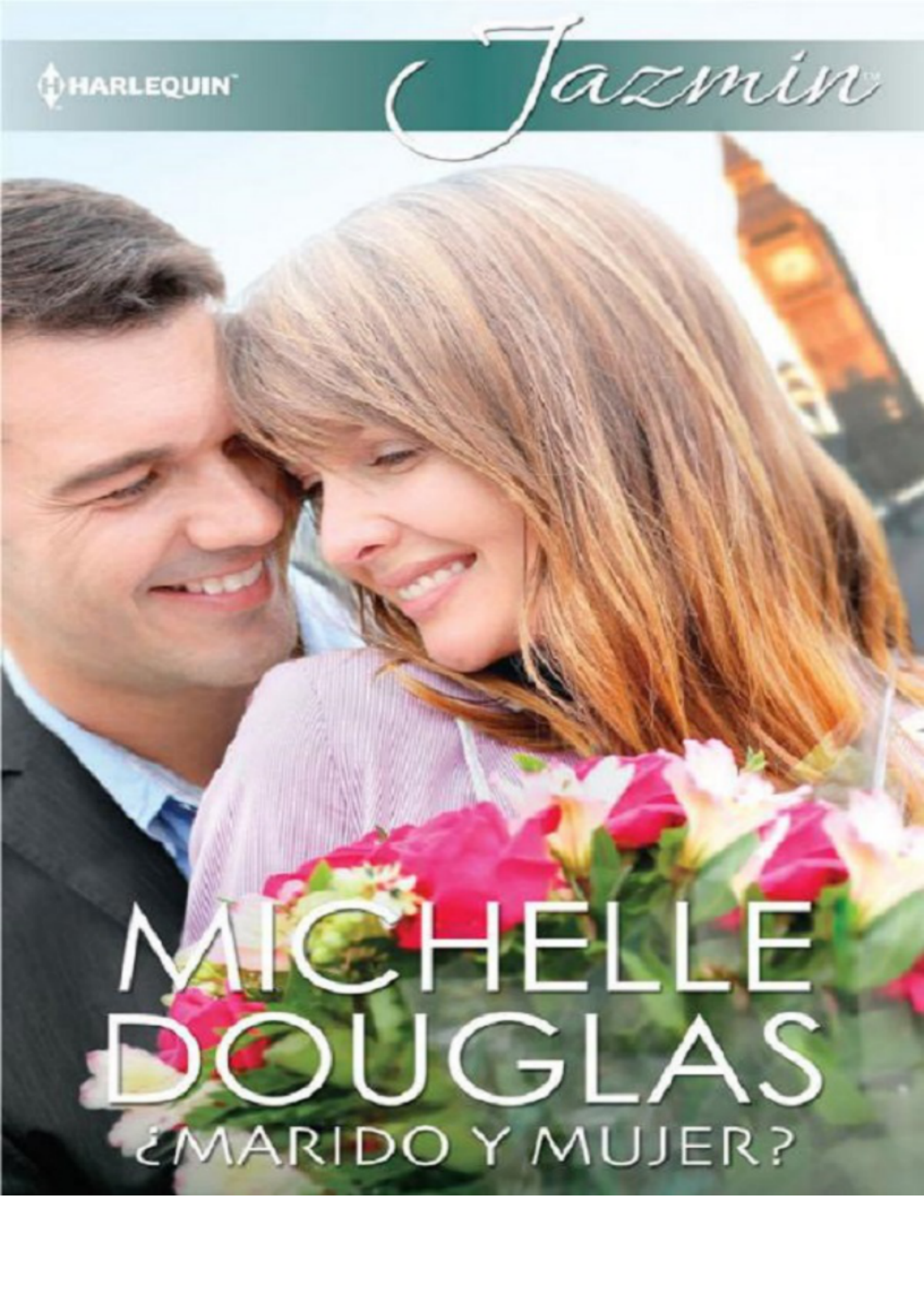

HARLEQUIN
Jazmín
MICHELLE
DOUGLAS
¿MARIDO Y MUJER?



¿MARIDO Y MUJER?

MICHELLE DOUGLAS



Argumento

La química era más fuerte que nunca.

La anticuaria Caroline Fielding estaba más casada con su trabajo que con su marido, Jack Pearce. Después de haber pasado cinco años separada de él, su relación debería estar más que acabada, pero Jack iba a irrumpir en su vida de nuevo, de la forma más inesperada y con la intención de pedirle el divorcio.

Cara intentó ignorar a su corazón y firmar los papeles. Sin embargo, su reputación profesional estaba en juego y solo Jack, investigador privado, podía ayudarla. Trabajar juntos las veinticuatro horas del día podía ser desgarrador… pero también podía salvar su trabajo y su matrimonio.

Indice

Capítulo 1

Caro sintió el primer hormigueo de incomodidad cuando la mirada del abogado se desvió hacia Barbara para después fijarse en los papeles que tenía delante. Debía de ser el testamento de su padre. El letrado tomó un bolígrafo y le dio varias vueltas antes de volver a ponerlo sobre la mesa. Se ajustó la corbata y se aclaró la garganta.

Incluso Barbara notó su reticencia a empezar con el procedimiento. Girándose de forma casi imperceptible, su madrastra puso una mano sobre la suya.

–Caro, cielo, si tu padre te ha desheredado… Caro dejó escapar una risotada forzada.

–No va a ser necesario usar el condicional, Barbara.

Aquello era un hecho y ambas lo sabían. Caro solo quería acabar con ese momento desagradable lo antes posible y pasar página. Su padre estaba a punto de decirle sus últimas palabras, aunque fuera sobre el papel, y no esperaba que fueran más amables que todas las que le había dicho en vida.

–¿Señor Jenkins? –se dirigió al abogado con la sonrisa más cortés que fue capaz de esbozar–. Le agradeceríamos que empezara lo antes posible, por favor, a menos que… –frunció los labios– estemos esperando a alguien más.

–No. No viene nadie más.

El señor Jenkins sacudió la cabeza y Caro tuvo que reprimir una sonrisa al ver cómo el anciano le miraba las piernas a Barbara. Las llevaba completamente a la vista bajo aquella diminuta faldita negra. Su madrastra tenía treinta y siete años, tan solo siete años más que ella, y sin duda podía presumir de unas piernas mucho más bonitas que las que ella tendría jamás. Aunque se levantara a las seis de la mañana todos los días para ir al gimnasio y se resistiera a toda el azúcar, la mantequilla y la nata del mundo, jamás podría tener esas piernas, pero tampoco tenía intención de perderse esas delicias.

El abogado se movió.

–Sí, por supuesto, señorita Fielding. No estamos esperando a nadie.

–Por favor, me conoce de toda la vida. Si no quiere llamarme Caro, al menos llámeme Caroline, ¿no?

El abogado le lanzó una mirada de angustia y ella sonrió con dulzura.

–Estoy preparada, ¿sabe? Sé perfectamente que mi padre me ha

desheredado.

No se molestó en añadir que el dinero no le importaba. Ni el señor Jenkins ni Barbara la creerían. Pero no era el dinero lo que siempre había anhelado, sino la aprobación de su padre.

Empezó a sentir un latido regular en las mejillas, pero consiguió mantener la sonrisa haciendo un esfuerzo sobre humano.

–Le prometo que no voy a matar al mensajero.

El abogado se sentó en la que había sido la silla de su padre. Se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz.

–Se equivoca, Caro.

Barbara le apretó la mano y esbozó una sonrisa radiante.

–¡Sabía que no iba a desheredarte!

El alivio y el júbilo repentino que mostraba el rostro de Barbara no tenía nada que ver con el cansancio que se reflejaba en los ojos del señor Jenkins. Unos dedos helados recorrieron la espalda de Caro. Era una premonición de algo a lo que aún no podía ponerle nombre.

El señor Jenkins volvió a colocarse las gafas y entrelazó las manos sobre el escritorio.

–No tengo ninguna carta individual que hacerles llegar, ni ningún mensaje que trasmitir, ni tampoco ninguna petición especial. Ni siquiera tengo que leer el testamento palabra por palabra.

–Entonces, si no le importa… –Barbara miró a su hijastra–. ¿Sería tan amable de darnos una idea general?

El señor Jenkins se echó hacia atrás y dejó escapar un suspiro.

–El señor Roland James Philip Fielding le ha dejado todos sus bienes, toda su riqueza y posesiones a… la señorita Caroline Elizabeth Fielding.

Caro tardó un segundo en asimilar las palabras del abogado, y entonces asió con fuerza los brazos de su silla para mitigar el violento zumbido que hacía vibrar sus oídos.

–Tiene que haber un error.

–No hay ningún error.

–Pero seguramente debe de haber alguna cláusula que diga que solo heredo si accedo a administrar la fundación de mi madre, ¿no?

Su padre había pasado veinte años diciéndole que era su deber y su responsabilidad ocuparse de la organización benéfica que había fundado en honor a su madre. Ella había pasado todos esos años negándose a hacerlo. Su padre tal vez pensara que ese era el único motivo por el que la habían traído al mundo, pero ella había seguido llevándole la contraria hasta el momento de su muerte. No se le daban bien los números y las hojas de cálculo, y tampoco tenía talento o deseo de ocuparse de interminables juntas y reuniones, y de discutir

los pros y los contras de los proyectos en los que se debía invertir el dinero de la fundación. Nunca había tenido un cerebro para los negocios y tampoco tenía ganas de desarrollarlo. Además, no tenía intención de sacrificarse ante un altar del deber, y ese era el fin de la historia para ella.

–No hay ningún tipo de cláusula.

El abogado apenas era capaz de mirarla a los ojos y su cabeza no dejaba de dar vueltas… Se puso en pie. Tenía una pelota dura alojada en el pecho que le impedía respirar.

–¿Y qué pasa con Barbara?

–Me temo que no hay ninguna disposición en el testamento en relación a la señora Barbara Fielding.

Caro guardó silencio unos segundos, desconcertada. Aquello no tenía ningún sentido. Se giró hacia su madrastra. Barbara se levantó de su asiento. Estaba pálida y roja como un tomate al mismo tiempo. Los ojos le brillaban, pero no corría ni una sola lágrima por sus mejillas y, por alguna razón, eso era mucho peor que si se hubiera echado a llorar.

–¿Ni siquiera me menciona?

El abogado hizo una mueca y negó con la cabeza.

–Pero… pero yo hice todo lo que pude para hacerle feliz. ¿Nunca me quiso? –se volvió hacia Caro–. ¿Todo era una mentira?

–Ya pensaremos en algo –le prometió Caro, agarrándole la mano.

Barbara se apartó, no obstante.

–¡No vamos a hacer nada! ¡Haremos exactamente lo que dispuso tu padre!

Barbara dio media vuelta y abandonó la estancia. Caro quiso ir tras ella, pero el abogado la llamó. ¿Cómo era posible que su padre se hubiera portado tan mal con su joven esposa?

–Me temo que no hemos terminado.

Caro se quedó inmóvil y entonces se volvió, tragándose la incertidumbre repentina que la atenazaba.

–¿Ah, no?

–Su padre me dijo que le diera esto –le ofreció un sobre.

–Pero si dijo…

–Recibí instrucciones para darle esto después de la lectura del testamento, pero una vez estuviéramos solos.

Caro miró hacia la puerta. Rezando para que Barbara no fuera a cometer alguna estupidez, fue hacia el abogado y tomó el sobre. Lo abrió de inmediato y leyó la breve misiva que contenía.

–¿Sabe lo que dice aquí?

Después de un segundo de vacilación, el abogado asintió con la

cabeza.

–Su padre creía que la señora Fielding le robaba. Al parecer, desaparecieron algunos objetos de valor y…

Y su padre había sacado conclusiones precipitadas. Caro dobló la carta y volvió a guardarla en el sobre.

–Puede que hayan desaparecido cosas, pero jamás pensaría que Barbara pudiera ser responsable.

El señor Jenkins apartó la mirada, pero Caro tuvo tiempo de ver la expresión de sus ojos.

–Sé lo que piensa la gente de mi padre y su esposa, señor Jenkins. Creen que Barbara es una esposa trofeo. Creen que se casó con mi padre solo por su dinero.

Y su padre tenía tanto dinero… ¿Por qué iba a dejar fuera del testamento a Barbara si el dinero le sobraba? Aunque hubiera robado alguna joya, ¿por qué le iba a negar el derecho de recibir algo en el testamento?

–Ella era mucho más joven que su padre…

Era cierto. Su padre le llevaba treinta y un años.

–Pero eso no la convierte en una ladrona, señor Jenkins. Mi padre era un hombre difícil y tuvo mucha suerte de poder tener a Barbara. Ella hizo todo lo que pudo para hacerle feliz y alegrarle la vida. Además, creo que le fue fiel durante los doce años que pasaron casados y no creo que le haya robado nada.

–Bueno, es evidente que usted la conoce mejor que yo, pero… señorita Caroline… usted siempre tiende a ver lo mejor de la gente.

Y así había sido con su propio padre. Siempre había intentado ver lo mejor de él, por mucho que le costara.

Caro ahuyentó ese pensamiento y miró al abogado a los ojos.

–Si Barbara se casó con mi padre por su dinero, entonces créame cuando le digo que se ganó cada centavo con creces.

El señor Jenkins debió de pensar que lo más prudente era guardar silencio en ese momento.

–Si mi padre me ha dejado todo su patrimonio, entonces puedo disponer de él como estime conveniente.

–Correcto.

Caro tomó una decisión. Lo vendería todo y le daría la mitad a Barbara. La mitad de la fortuna de su padre era mucho más de lo que podrían llegar a necesitar jamás.

Media hora más tarde, una vez firmó todos los papeles, Caro entró

en la cocina. Dennis Paul, el mayordomo de su padre, se puso en pie de inmediato.

–Le prepararé una taza de té, señorita Caroline.

Ella le dio un beso en la mejilla y le hizo sentarse de nuevo.

–Yo prepararé el té, Paul –él insistía en que le llamara Paul en vez de Dennis–. Por favor, dime que hay tarta.

–Hay un pastel de sirope de naranja en el fondo de la alacena.

Bebieron el té y tomaron la tarta en silencio durante un buen rato. Paul llevaba toda la vida trabajando para su padre. Más bien era como un tío postizo para ella y no un simple empleado.

–¿Se encuentra bien, señorita Caroline?

–Puedes llamarme Caro, ¿sabes?

Era la vieja discusión de siempre.

–Para mí siempre será la señorita Caroline –el mayordomo esbozó una sonrisa–. Aunque haya crecido, se haya casado y sea la directora de esa casa de subastas suya.

Su expresión se volvió triste.

–Lo siento. No quería mencionar lo de su matrimonio. Ha sido una torpeza por mi parte.

Caro se encogió de hombros y trató de fingir que la palabra «matrimonio» no seguía quemándola por dentro cada vez que la oía. Jack y ella llevaban cinco años separados y la palabra era muy poco acertada para describir su situación, aunque técnicamente fuera cierto.

Caro trató de concentrarse en otra cosa.

–No es mía la casa de subastas, Paul. Solo trabajo ahí.

Respiró profundamente y dejó de mover el tenedor sobre el plato.

–Mi padre me lo ha dejado todo, Paul. Todo.

Paul se quedó boquiabierto y la miró con una cara de absoluta estupefacción.

–Bueno, yo…

Su sorpresa resultaba reconfortante. Al menos no era la única persona que se había sorprendido enormemente ante el giro que habían dado los acontecimientos. No era un secreto para nadie que la relación que había mantenido con su padre siempre había sido… difícil.

El mayordomo se puso erguido.

–Oh, es una muy buena noticia, señorita Caroline, por muchos motivos.

Le dedicó una sonrisa radiante y se tocó el pecho, justo a la altura del corazón.

–Creo que tengo algo que confesarle. He tomado algunas cosas… cosas de valor, pero nada que su padre pudiera echar de menos.

Simplemente pensé que… bueno, pensé que podría necesitarlas.

Caro no daba crédito. Paul había resultado ser el ladrón. Cerró los ojos y trató de contener el escalofrío que la recorría por dentro.

–Paul, ¡podrías haber ido a la cárcel si mi padre hubiera llegado a enterarse!

–Ahora ya no tiene importancia, ¿no? Quiero decir que… ahora que lo ha heredado todo, no tengo que ingeniármelas para hacerle llegar esos objetos. Son legalmente suyos –su sonrisa se desvaneció–. ¿Está enojada conmigo?

¿Cómo iba a estarlo? Nadie se había arriesgado tanto por ella jamás.

–No… Es solo que me he asustado ante lo que podría haber pasado.

–Bueno, ya no tiene que preocuparse por esas cosas.

–Lo justo es que divida el patrimonio y le dé la mitad a Barbara.

Un escalofrío recorrió a Paul.

–¿Eso quiere decir que va a vender la vieja mansión? –le preguntó, mirando a su alrededor con tristeza.

Caro se preguntó para qué necesitaba una mansión en Mayfair, pero no lo dijo en alto. Esa casa había sido el hogar de Paul durante más de treinta años.

De repente se dio cuenta de que su padre tampoco había tenido en cuenta al mayordomo en el testamento, así que también debía ocuparse de eso.

–No sé, Paul… pero ya se nos ocurrirá algo. No voy a dejarte en la calle. Te lo prometo. Confía en mí. Barbara, tú y yo somos… familia.

El mayordomo soltó el aliento bruscamente.

–Una familia rara.

Ella abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato. Asintió con la cabeza. No había escuchado una verdad tan grande en toda su vida.

–¿Se va a quedar esta noche, señorita Caro?

Caro logró esbozar una sonrisa.

–Sí. Creo que será mejor.

Aunque tuviera alquilado un pequeño apartamento de una habitación en Southwark, tenía su propio dormitorio en la mansión de Mayfair.

–Con un poco de suerte, Barbara… Bueno, espero poder hablar con ella.

–La señora Fielding no quiere desayunar con usted –le dijo Paul a

la mañana siguiente en un tono sombrío.

Caro soltó el aliento mientras se servía el café. Barbara no había querido hablar con ella la noche anterior. Había intentado hablar desde el otro lado de la puerta, pero se había rendido al ver que ponía música a todo volumen.

–Pero sí le gustará saber que sí se levantó en algún momento durante la noche para prepararse algo de comer.

Al menos eso era mejor que nada.

–¡Oh, señorita Caroline! Tiene que comer algo antes de irse al trabajo –exclamó el mayordomo al verla ponerse en pie.

–Estoy bien, Paul. Te lo prometo.

En algún momento iba a recuperar el apetito, y si Paul le ofrecía un trozo de bizcocho para desayunar…

«Deja de pensar en el bizcocho», se dijo a sí misma.

–Hoy Freddie Soames va a tener el privilegio de poder ver y examinar una tabaquera única –la había guardado en la caja fuerte de su padre antes de la lectura del testamento el día anterior–. Después de ver a Soames me voy a tomar el resto del día libre y veré si Barbara quiere hablar conmigo.

Como directora de Vertu, la división de objetos de plata y artes decorativas de Richardson’s, una de las casa de subastas más prestigiosas de Londres, tenía cierta flexibilidad en sus horarios de trabajo.

Miró a Paul por encima del hombro y este la siguió hasta el estudio de su padre, que ya se había convertido en el suyo propio.

–Por favor, no le quites ojo a Barbara esta mañana.

–Como desee.

Caro reprimió una sonrisa mientras introducía el código de la caja fuerte. Barbara había dejado de caerle bien al mayordomo en cuanto la había visto meter en un armario el retrato de la primera señora Fielding.

–Sí, así lo deseo. La puerta de la caja fuerte se abrió.

Caro parpadeó, aguzó la mirada y deslizó la mano sobre el espacio vacío.

Su corazón comenzó a latir con violencia.

–Paul, por favor, dime que estoy alucinando –su tono de voz ganó intensidad–. Por favor, dime que la caja fuerte no está vacía. El mayordomo pasó por su lado y miró dentro.

–¡Por todos los cielos! –asió la puerta de la caja fuerte–. ¿Cree que alguien ha entrado a robar?

Algo brilló en el suelo junto a sus pies. Caro se inclinó y recogió el objeto. Era un pendiente de diamantes.

De repente comprendió lo que había pasado. Paul parecía haber llegado a la misma conclusión.

–Barbara.

–La señora Fielding –dijo el anciano al mismo tiempo.

–Muy bien.

–Seguramente andaba detrás de esas joyas.

–Bueno, pues que se las quede, Paul. Son suyas. Mi padre me dio las joyas de mi madre cuando cumplí los veintiún años.

El mayordomo carraspeó.

–Pero sí necesito recuperar esa tabaquera, enseguida.

Corrió hacia el dormitorio de Barbara, situado en el primer piso. Paul fue tras ella.

–¿Barbara? –dijo, llamando a la puerta.

–Ahora no, Caro. Por favor, déjame en paz.

–No te voy a robar más que unos segundos –Caro tragó con dificultad–. Es que han desaparecido unas cosas de la caja fuerte.

–¡Esas joyas son mías!

La puerta se abrió de golpe. Barbara tenía los ojos rojos de tanto llorar.

–¿Me estás acusando de haber robado algo? ¿Me estás llamando ladrona?

–Claro que no. Barbara, esas joyas son tuyas. No estoy hablando de las joyas. Ayer metí algo en la caja fuerte. Era una tabaquera de plata de este tamaño –abrió las manos para indicarle el tamaño–. Tengo que enseñársela a un posible comprador dentro de una hora.

Barbara dio un golpe de melena.

–Yo no vi nada parecido y, desde luego, no lo tomé.

–No estoy diciendo que lo hayas tomado, pero es posible que esté entre las joyas, por accidente –cruzó los dedos detrás de la espalda–. De verdad espero que esté entre las joyas. ¿Podrías mirar, por favor?

Barbara abrió la puerta de par en par y señaló la cama haciendo un gesto melodramático.

–Mira tú misma. Eso es todo lo que tomé de la caja.

La cama estaba intacta, como si nadie hubiera dormido en ella. Caro entró en la habitación de manera tentativa y miró los objetos que estaban sobre la cama. Había un collar de diamantes, otro de perlas, un colgante de zafiros y unos cuantos pendientes y broches, pero la tabaquera no estaba allí. El corazón se le subió hasta la garganta.

–No está aquí –dijo Paul, inclinándose para examinar los objetos.

Caro hizo un esfuerzo para mantener la calma.

–Si… no encuentro esa tabaquera… voy a perder mi trabajo.

Barbara vació su bolso sobre la cama y entonces apoyó las manos

en las caderas.

–Te lo vuelvo a decir una vez más… ¡No me llevé tu maldita tabaquera! ¿Quieres revisar la habitación completa?

Caro guardó silencio. No podía hacer tal cosa. De repente reparó en una pequeña fotografía de su madre que estaba entre las cosas del bolso. Un dolor muy profundo se propagó por su pecho. ¿Cómo era posible que su padre hubiera podido portarse tan mal con Barbara? Podía entender la rabia y la decepción que sentía su madrastra en ese momento, pero ella jamás hubiera hecho nada que pudiera herirla.

–¿Anoche no dormiste, Barbara?

Barbara señaló el diván.

–No quería dormir en la cama que compartía con… Caro le agarró las manos.

–Él te amaba.

–No te creo, no después de lo de ayer.

–Tengo intención de dividir el patrimonio, mitad y mitad.

–No es eso lo que él quería.

–Él era un tonto.

–No deberías hablar así de él –Barbara retiró las manos–. Si has terminado…

–¿Vas a cenar conmigo esta noche? Por favor… –Si digo que sí, ¿me dejarás en paz hasta entonces?

–Por supuesto.

–Sí.

Caro y Paul regresaron al estudio para buscar en toda la estancia, por si la tabaquera se había caído al suelo mientras Barbara sacaba las joyas de la caja fuerte. No encontraron nada, no obstante, ni siquiera la pareja de ese pendiente de diamantes.

–No lo habrás tomado tú, Paul, ¿no?

–No, señorita Caroline.

–Lo siento. Solo quería asegurarme, como… –No hay problema, señorita Caroline.

El mayordomo arrugó los labios.

–Ella se lo llevó, ¿sabe? Todavía no las tengo todas conmigo respecto a la señora Fielding. No creo que sea una buena persona. Una vez la vi meter un retrato de su madre en un armario.

Caro soltó el aliento.

–Bueno… a mí me cae bien.

–¿Qué va a hacer?

Caro necesitaba tiempo. Sacó el teléfono del bolso y llamó a su asistente personal.

–Melanie, me ha surgido una emergencia familiar. ¿Podrías llamar

al señor Soames, por favor, y posponer mi reunión con él para el final de esta semana?

Su secretaria volvió a llamarla en cuestión de minutos.

–El señor Soames se marcha a Japón mañana. Regresa el jueves de la semana siguiente. Me ha pedido que te pregunte si puedes reunirte con él el viernes de esa semana a las diez.

–Perfecto. Lo anoto en mi agenda.

Faltaban diez días para ese viernes. Tenía diez días para resolver el problema de la tabaquera.

Agarró el bolso y se dirigió hacia la puerta. Paul aún seguía tras ella.

–¿Qué va a hacer, señorita Caroline?

Caroline estuvo a punto de suplicarle que no fuera tan formal con ella.

–Tengo que volver a mi apartamento para recoger unas cuantas cosas. Después me pasaré por el trabajo para recoger mi agenda y pediré unos días libres. Regresaré entonces. Me voy a quedar durante un tiempo.

–Muy bien, señorita Caroline.

Ya en el vestíbulo, Caroline se volvió hacia Paul. De repente sus ojos se detuvieron sobre una foto que estaba sobre una de las mesas.

Era una foto de Jack y de ella.

Durante una fracción de segundo el aliento se le quedó atascado en la garganta. Señaló con el dedo.

–¿Por qué?

Paul entrelazó las manos detrás de la espalda.

–Esta casa es suya, señorita Caroline. Lo lógico es que tenga todas sus cosas aquí.

Caroline sintió una presión repentina en el pecho, tanto que le costó respirar.

–Sí, a lo mejor… Pero… esa foto no, Paul.

–Siempre me cayó bien el señor Jack.

–Y a mí.

Pero Jack siempre había querido ser su dueño, tal y como quería su padre. Y, al igual que su padre, Jack se había vuelto frío y distante cuando se había negado a hacer su voluntad. Y entonces la había dejado.

Cinco años más tarde, una pequeña vocecilla que hablaba desde su interior la hacía dudar, la hacía pensar que tal vez hubiera sido más feliz con Jack. Gesticuló con una mano y trató de ahuyentar esas ideas. Era un cuento de hadas ridículo, una fantasía que no guardaba ninguna relación con la realidad. Lo de Jack y ella estaba condenado a

terminar siempre con lágrimas. Eso podía verlo con claridad.

Con sumo cuidado, Paul extendió una mano y puso la foto boca abajo sobre la mesa.

–Estoy seguro de que debe de haber alguna foto bonita de su madre con usted en algún sitio.

Caro volvió al presente de golpe e intentó dejar atrás el pasado.

–Mira a ver si puedes encontrar alguna foto mía con Barbara.

Paul puso los ojos en blanco y Caro se echó a reír. Le dio una palmadita en el brazo.

–Vaya cosas te pido…

El anciano le ofreció su mejor sonrisa.

–Nada es un problema cuando se trata de usted, señorita Caro.

Ella levantó la vista y contempló la enorme escalinata que conducía al piso superior.

–No le quitaré ojo a la señora Fielding. Intentaré disuadirla si quiere salir. Si insiste, haré que alguna de las empleadas la acompañe –miró el reloj de pie–. Llegarán en cualquier momento para limpiar.

–Gracias –le dijo Caro.

No quería que Barbara fuera a cometer alguna locura, como tratar de vender esa tabaquera, si la tenía en su poder en realidad.

–Volveré lo antes que pueda.

A pesar de la pérdida de la tabaquera y del caos de la mañana, era el rostro de Jack lo que veía en su mente mientras caminaba sobre Westminster Bridge. Los recuerdos del pasado habían resurgido como fantasmas. La imagen de esa foto la había hecho remontarse a un tiempo más feliz, pero la felicidad no les había durado mucho. En realidad había sido breve, muy breve.

Y cuando vio su cara en medio de aquella multitud que se movía hacia ella sobre el puente, pensó que no era más que un delirio de la imaginación, pero entonces se dio cuenta de que la imagen no desaparecía al parpadear.

Se detuvo de golpe. ¿Jack estaba en Londres?

La multitud la rodeó, pero era capaz de moverse. Lo único que podía hacer era mirar fijamente.

«¡Jack! ¡Jack! ¡Jack!», pensó para sí, cada vez más atónita.

El sonido de su nombre hacía retumbar cada célula de su cuerpo. Un frío repentino la recorrió por dentro y entonces sintió el calor más intenso.

De pronto su mirada se posó en ella. Paró en seco.

Caro podía ver ese extraordinario azul cobalto de sus ojos, incluso

a esa distancia, pero también vio cómo se arrugaban sus párpados al tiempo que aguzaba la mirada, taladrándola de lado a lado. Siempre se había preguntado qué podría pasar si alguna vez llegaban a encontrarse en la calle.

Respirando profundamente, Caro ladeó la cabeza a la izquierda y comenzó a andar en dirección a la barandilla del puente. Se inclinó contra ella y contempló el agua marrón que formaba pequeñas corrientes. Él se detuvo a su lado, pero ella mantuvo la vista fija en el agua.

–Hola, Jack.

–Caro.

No era capaz de mirarle a la cara. Levantó la vista. Miró en dirección hacia el edificio del Parlamento y después hacia la fachada del acuario situado al otro lado del río.

–¿Llevas mucho tiempo en Londres?

–No.

Por fin le miró a los ojos. Su propio corazón trataba de encogerse y ensancharse al mismo tiempo.

–¿Has venido a verme?

La expresión de su rostro se lo confirmó, pero él asintió con la cabeza de todos modos.

–Sí.

–Entiendo –Caro se volvió hacia el río de nuevo–. En realidad… –frunció el ceño y le lanzó una mirada de soslayo–. En realidad, no lo entiendo.

Él se inclinó sobre la barandilla. Caro apartó la vista de él rápidamente.

–Me he enterado de lo de tu padre… No me mandaste una postal… Todas las Navidades me mandabas una postal… Él, en cambio, nunca le mandaba ninguna.

–¿Le envías postales de Navidad a todos tus ex?

–Solo a aquellos con los que me he casado.

Ambos permanecieron en silencio durante unos segundos y entonces ella se volvió hacia él.

–Oh, por favor, no hagamos esto.

–¿Qué?

–No seamos ruines el uno con el otro.

–Es que se me da muy bien.

Caro le miró fijamente por fin y entonces soltó el aliento bruscamente. Le agarró del antebrazo.

–Tienes buen aspecto, Jack. Te veo muy bien. Me alegro.

–¿Ah, sí?

–Claro que sí –le apretó el brazo con más fuerza–. Yo solo quería que fueras feliz.

–Eso no es del todo cierto. ¿No es así, Caro?

Ella apartó la mano.

–Mi felicidad no era más importante para ti que tu carrera.

Caro asintió con la cabeza, contrayendo los labios.

–Entonces, ¿todavía me culpas?

–Por supuesto –dijo él sin vacilar–. Y mucho.

Ella dejó escapar una carcajada.

–La sinceridad nunca fue un problema para nosotros. ¿Por qué has venido a verme?

Él tomó el aliento.

–Enterarme de la muerte de tu padre… –la miró a los ojos–. ¿Debería darte mis condolencias?

Ella sacudió la cabeza rápidamente, ignorando el escozor de las lágrimas que le quemaba las cuencas de los ojos. Fingir que había tenido una buena relación con su padre era algo absurdo, sobre todo delante de Jack.

–¿No le echas de menos?

Su curiosidad la tomó por sorpresa.

–Echo de menos lo que él representaba.

No había reconocido eso delante de nadie más.

–Ahora que ya no está, ya no hay forma de arreglar nuestra relación. Nuestras diferencias no tienen solución –levantó la barbilla–. No me di cuenta de que albergaba esa esperanza hasta que murió.

Esos ojos azules se suavizaron durante un instante. De repente, fue como si el sol brillara con la intensidad de media mañana, y no de media tarde.

Caro apartó la vista sin dudar y el frío del atardecer regresó.

–Gracias… eh, bueno, entonces enterarte de la muerte de mi padre…

Él prosiguió la frase con sumo cuidado.

–Me hizo pensar en… los finales.

Caro se encogió por dentro. Levantó los brazos, como si quisiera protegerse de un golpe. No pudo evitarlo.

–¡Por favor, Caro! No me digas que es toda una sorpresa.

Le estaba hablando del divorcio, y no debería haberse sorprendido por ello, pero algo se quebró en un remoto rincón de su mente, algo que la hizo sentir un dolor profundo, un dolor que le impedía respirar con normalidad.

–¿Te vas a desmayar? –le preguntó él en un tono un tanto hosco.

–Claro que no.

Ella levantó la barbilla. Aún le costaba respirar. Así como siempre había albergado la esperanza de poder llegar a reconciliarse con su padre, también había albergado la esperanza secreta de hacer las paces con Jack.

Gesticuló con una mano. Lo mejor era acabar con esas esperanzas absurdas lo antes posible. Jamás volvería a dejar su corazón en manos del hombre que tenía delante.

–Vas a tener que disculparme. He tenido una mañana muy difícil. Tuvimos la lectura del testamento ayer. Las cosas han estado un tanto… convulsas desde entonces.

–Lo siento. Si lo hubiera sabido, te hubiera dado unas cuantas semanas de margen antes de decirte esto –miró a su alrededor–. Y debería haber buscado un sitio mejor para hablar de esto en vez de hacerlo en medio de este puente.

–¿Has ido a mi casa?

Él asintió.

–Iba a tomar el metro hasta Bond Street.

Era la estación de metro más próxima a su lugar de trabajo.

–Pero…

–Pero la línea de Jubilee está cerrada porque había un paquete sospechoso en Green Park Station –dijo ella, terminando la frase en su lugar.

Era por eso que había tenido que ir andando, pero también porque necesitaba un poco de aire fresco.

–Voy hacia mi casa ahora. Podemos ir andando. ¿O quieres que tomemos un taxi?

A Jack no le gustaba la palidez que veía en el rostro de Caro. En vez de seguir hablando, paró un taxi y la hizo subir rápidamente para que los motoristas no empezaran a protestar haciendo sonar sus cláxones. Lo mejor era zanjar la cuestión cuanto antes.

Caro le dio su dirección al conductor y se acomodó en su asiento, mirando por la ventanilla. Él hizo lo mismo al otro lado del asiento, pero el paisaje urbano pasaba por su lado a toda velocidad, sin captar su atención ni una sola vez. Lo que llenaba su mente en ese momento era la imagen de Caro cuando la había visto por primera vez, las ganas que había tenido de besarla entonces. Apretó los dientes y la miró con disimulo. Había cambiado.

«Han pasado cinco años. ¿Qué esperabas?», dijo una voz en su interior.

Jack tragó con dificultad. Tenía más presencia, más glamour.

Había ganado algo de peso y le sentaba muy bien. Cinco años antes pensaba que era perfecta, pero eso era porque entonces no conocía a la mujer que tenía delante en ese momento.

Ella se volvió hacia él de repente.

–He oído que ahora tienes tu propia agencia de investigación privada.

–Has oído bien.

Un destello dorado brilló en lo más profundo de su mirada.

–He oído que te va muy bien.

–Sí. Va bien.

Una sonrisa asomó en los labios de Caro. Cruzó los brazos y volvió a acomodarse en su asiento.

–¿Ya estás calculando el acuerdo del divorcio, Caro?

La sonrisa de Caro se hizo enorme lentamente.

–Algo así. ¿Conductor? –se inclinó hacia delante–. ¿Podría dejarnos en la pastelería que está aquí a la derecha? Tengo que comprar una tarta.

«¿Una tarta?», pensó Jack, sorprendido.

La Caro de antes no comía tartas.

Capítulo 2

–Jack, ahora mismo me encuentro en un aprieto.

Caro puso su trozo de tarta sobre la mesa, junto a una taza humeante de café.

Jack contempló el pastel durante unos segundos.

–¿Dinero?

–No. No se trata de dinero.

Él tomó su taza y miró a su alrededor. El apartamento en el que vivía le había tomado por sorpresa. Era tan pequeño. Pero sus prendas de ropa no eran imitaciones baratas. No. Caro tenía esa opulencia discreta de siempre que la caracterizaba.

Ella se sentó frente a él.

–Parece que estás un poco obsesionado con el tema del dinero.

A lo mejor era porque cuando la había conocido no tenía dinero, o al menos no tanto como el difunto señor Fielding.

«No olvides que la desheredaron cuando se casó contigo», le dijo una voz proveniente de un rincón de su mente.

Por aquel entonces ella no había pestañeado siquiera. Le había dicho que no tenía importancia, que era algo inevitable teniendo en cuenta la mala relación que había tenido siempre con su padre. Y él la había creído.

Jack contuvo el aliento. Después de tanto tiempo era imposible saber la verdad. A lo mejor ella incluso había llegado a creerse la mentira entonces.

–A lo mejor deberíamos aclarar este tema primero –dijo ella.

–No tenías por qué comprar tarta por mí, ¿sabes?

En realidad deseaba que no lo hubiera hecho. Esos pequeños detalles de cortesía siempre le habían tomado por sorpresa y le dejaban desconcertado. Destilaban clase y evidenciaban la enorme diferencia entre ellos, el hecho de que ella había recibido las gracias de una buena educación, algo de lo que él carecía. Siempre había tenido miedo de hacerle daño rompiendo alguna de esas reglas desconocidas suyas, aunque fuera de forma inconsciente.

«Le hiciste daño de todos modos».

Y ella se lo había hecho a él.

Jack ahuyentó esos pensamientos. Caro le miró a los ojos y sus labios temblaron durante una fracción de segundo.

–No he comprado la tarta por ti.

Tomó un enorme bocado del dulce.

–Este pastel está muy bueno. Jean-Pierre es un mago.

Así debía de llamarse el pastelero. Ella siempre se esforzaba por averiguar y usar los nombres de la gente. Y a él le encantaba, entonces, pero con el tiempo había llegado a ver que se trataba de pura fachada.

–Pero, si tú no quieres, entonces no te la comas.

Él se inclinó hacia ella. El surco de su entrecejo se hizo más profundo.

–Antes nunca comías pasteles.

–¡Lo sé! Y no me puedo creer lo que me perdía… Pero la gente cambia. Hace cinco años no te hubiera preocupado en absoluto la posibilidad de que yo pudiera estar detrás de la mitad de todo lo que tienes.

Había trabajado duro durante esos cinco años para sacar adelante la agencia de seguridad e investigación privada, y había tenido tanto éxito que, de haber seguido vivo, el señor Fielding no hubiera tenido más remedio que reparar en su existencia.

Jack se echó hacia atrás en su asiento y asimiló la estampa. Cualquiera que los hubiera visto en ese momento hubiera dicho que él había pasado esos cinco años haciendo dinero y que ella los había pasado comiendo tartas.

El resumen era de lo más acertado.

–Hace cinco años no tenía nada que mereciera la pena tener, Caro.

Durante un instante, su expresión pareció reflejar discrepancia, pero entonces sacudió la cabeza rápidamente. –Bueno, no voy a prolongar ni un segundo más tu incertidumbre al respecto. No quiero tu dinero, Jack. Deberías saber que ayer fui nombrada heredera única del patrimonio de mi padre.

Jack se puso erguido, atónito.

–Como seguimos casados, podrías reclamar parte de esa herencia. ¿Deseas hacerlo?

–¡Por supuesto que no! –exclamó Jack, apretando los puños.

Ella se encogió de hombros y continuó comiendo el pastel.

–Entonces no has cambiado mucho, ¿no? Hace un rato hubiera apostado todos mis bienes a que no ibas a querer ni un centavo.

No podía tener más razón, pero esa extraña forma que tenía de creer en él, combinada con la indiferencia con la que antes había insinuado que él podía tomarla por una oportunista cazafortunas, se le clavaba en algún sitio indefinido del corazón.

–Bueno, ¿en qué lío estás metida?

Ella dejó el plato sobre la mesa y puso las manos sobre las rodillas.

–Jack, me gustaría contratarte para que te ocupes de… un asunto delicado.

Jack no daba crédito a lo que oía. Se inclinó hacia delante y sacó los papeles del divorcio que guardaba en su portafolios. Los puso de golpe sobre la mesa.

–No quiero hacer un trabajo para ti, Caroline. Solo quiero que me firmes los papeles del divorcio y no volver a verte nunca más.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Había dolor en su mirada. De repente parecía tan vulnerable que Jack sintió remordimientos por el exabrupto que acababa de tener.

–Eso ha sido una grosería innecesaria –le dijo ella, poniéndose en pie.

Y tenía razón.

Jack miró el reloj.

–Este viaje al pasado está siendo de lo más interesante, pero me temo que voy a tener que pedirte que te marches. Tengo que estar en un sitio dentro de unos minutos –recogió los papeles de la mesa–. Le diré a mi abogado que revise los papeles y después podemos iniciar los trámites.

–Y tú alargarás esos trámites todo lo que puedas para castigarme por no haber querido aceptar el trabajo, ¿no? –le espetó él, levantándose también.

Caroline levantó la barbilla.

–No voy a hacer nada parecido. Puedes tener tu divorcio, Jack, y por lo que a mí respecta, cuanto antes, mejor.

Mascullando un juramento, Jack volvió a sentarse.

–¿Pero qué haces? –exclamó ella con ojos de incredulidad.

–Voy a terminarme mi café y mi tarta. Siéntate, Caro.

–¡En serio, Jack! Yo…

–Es duro verte de nuevo, pero… espero que las cosas sean menos incómodas una vez dejemos atrás este encuentro inicial.

–Espero que sí.

Caro frunció el ceño y miró hacia su izquierda ligeramente.

Con un movimiento rápido se inclinó y recogió… «Sus gemelos».

Jack reprimió un juramento. Debían de habérsele caído del portafolios cuando había sacado los papeles. A juzgar por la expresión de su rostro, sin duda reconocía esa pequeña cajita. Ella misma se los había dado como regalo de bodas cuando le había dicho que prefería no llevar anillo. Eran de oro rosa, con dos pequeños zafiros. Ella decía que eran tan azules como sus ojos.

Jack desvió la mirada y vio que ella ya no llevaba su anillo de boda.

Sin decir ni una palabra, ella le devolvió la cajita.

–Deberías tener más cuidado cuando sacas cosas.

Jack guardó los gemelos.

–Háblame de ese trabajo que quieres que haga.

Ella le miró a los ojos, como si tratara de sondearle bien. Jack se dio cuenta de que estaba decidiendo si debía confiar en él o no.

–¿No te fías de mi palabra?

–Si buscas algún tipo de venganza en mi contra, lo que estoy a punto de decirte te dará la oportunidad perfecta, los medios y el método adecuado.

Jamás hubiera querido vengarse de ella. En realidad lo que deseaba era seguir adelante con su vida y… besarla.

Jack se puso tenso e hizo todo lo posible por apartar esos pensamientos de su mente.

–No tengo intención de hacerte daño, Caro. Espero que tengas una vida larga y feliz. ¿Te sentirías mejor si no te pidiera que firmaras los papeles de divorcio hasta que haya terminado este trabajo?

–¿Cómo es que lo del divorcio se ha convertido en algo tan importante para ti de la noche a la mañana?

–Quiero casarme de nuevo.

Caro se quedó quieta. Un frío mortal acababa de apoderarse de sus extremidades.

–Entiendo.

Jack guardó silencio un segundo antes de proseguir. Si ella pensaba que se había enamorado de nuevo, entonces era mejor así. Así habría más distancia entre ellos.

–Bueno… –ella cruzó las piernas–. Te deseo todo lo mejor, Jack.

–Cuéntame de qué se trata el trabajo.

Ella se echó hacia delante. De repente se había puesto muy profesional.

–Ayer dejé una tabaquera muy valiosa en la caja fuerte de mi padre para enseñársela a un cliente esta mañana.

–¿Sueles hacerlo con frecuencia?

Ella levantó un hombro.

–Lo hago cuando los clientes más exclusivos me piden una reunión para ver el objeto. Richardson's siempre accede.

–Entiendo.

–Cuando fui a sacar la tabaquera esta mañana, no estaba allí.

Jack ya se había terminado el pastel. Todos sus sentidos se habían puesto en modo de alerta.

–Tienes toda mi atención.

–La metí en la caja antes de la lectura del testamento.

–¿Y dónde tuvo lugar?

–En el estudio de mi madre, en el mismo sitio donde está la caja.

Jack recordaba aquel estudio.

Asintió con la cabeza.

–Muy bien. Sigue.

Ella parecía calmada, pero no dejaba de mover una pulsera de oro que llevaba en el brazo.

–El hecho de que soy la única beneficiaria fue toda una sorpresa, tanto para Barbara como para mí.

–¿Tu padre y Barbara han seguido casados durante todo este tiempo?

–Sí. Yo creo que ella le quería.

Jack no se sentía dispuesto a ser tan generoso en su opinión al respecto, pero en ese momento prefirió guardar silencio.

–Cuando Barbara se fue a su habitación el abogado me dio esta carta que me escribió mi padre –Caro se puso en pie. Sacó una carta del bolso y se la entregó–. ¿Quieres más tarta?

Él sacudió la cabeza y leyó el documento. Volvió a doblarlo y dio un golpecito con él sobre su rodilla.

–Pensaba que ella le estaba robando.

Roland Fielding siempre había vigilado bien sus finanzas. ¿Qué clase de deudas podría haber acumulado su joven y encantadora esposa como para arriesgarse a ser sorprendida con las manos en la masa con artículos robados?

–Estaba equivocado, Jack. No fue Barbara quien robó las cosas. Fue Paul.

–¿Paul sigue trabajando…? –Jack soltó el aliento–. ¿No debería haberse retirado ya?

Ella apretó las manos.

–A mi padre no le gustaban mucho los cambios.

No había forma más suave de describir al señor Roland

Fielding.

–Y, si te digo la verdad, creo que a Paul tampoco. Me parece que la idea de retirarse le parece horrible.

Subió la pulsera de oro con tanta fuerza y la retorció con tanta violencia que Jack pensó que se había hecho daño en el brazo.

–Barbara y él nunca han hecho buenas migas.

–Y esto me lo estás contando porque…

–Porque Paul estaba guardando todas esas cosas que había tomado…

–Robado.

–Las estaba guardando para mí.

Jack se apretó los párpados con los dedos.

–Estaba tan convencido como yo de que mi padre me iba a dejar fuera del testamento. Pensaba que tal vez podría necesitar ese dinero.

Jack apartó la mano.

–Caro, yo…

Ella levantó una mano y le hizo detenerse.

–Si Barbara llegar a saber por qué mi padre la dejó fuera del testamento y que Paul es el responsable, querrá denunciarle. No puedo dejar que eso pase. Eso lo puedes entender, ¿no? Paul lo hizo por mí.

–¡Pero tú no se lo pediste!

–Eso no tiene importancia. Sé que no está bien lo que le han hecho a Barbara, y tengo intención de ponerle remedio. Tengo intención de dividir en dos el patrimonio.

Jack soltó el aliento entre los dientes.

–Eso es muy generoso de tu parte. Seguramente podrías comprar su silencio por un par de millones.

–¡No es generoso y no quiero comprar su silencio! Quiero que tenga la mitad de todo. La mitad es mucho más de lo que jamás esperé tener y estoy segura de que ella no pondrá objeción al arreglo.

–¿Y qué tiene que ver la tabaquera con todo esto?

Caro respiró profundamente.

–Durante la noche, Barbara sacó todas las joyas de la caja fuerte. Son suyas y tenía todo el derecho de hacerlo.

Jack se puso erguido.

–Y la tabaquera desapareció al mismo tiempo, ¿no?

Caro asintió.

–Cuando le pregunté por la tabaquera me dijo que no la había visto.

–Pero tú no la crees, ¿no?

Caro comenzó a retorcer la pulsera de nuevo.

–Ayer estaba muy mal, y era comprensible. No estaba pensando con claridad. Sé que no haría nada para hacerme daño de manera deliberada, pero mi padre no la ha tratado bien y creo que le dio un ataque de pánico. Me temo que se metió en un pequeño lío y que ahora no sabe cómo devolver la tabaquera sin quedar en evidencia.

–¿Y tú quieres que yo recupere esa tabaquera sin que ella se dé cuenta?

–Sí, por favor.

El trabajo era muy sencillo.

–¿Y qué pasa si la tabaquera no regresa a Richardson's?

–Perderé mi trabajo –Caro soltó el aliento–. No volveré a trabajar en el sector.

Jack entendió a qué se refería cuando le había mencionado lo de la venganza. Su trabajo había sido más importante para ella que formar una familia con él, y en ese momento tenía la posibilidad de destruir toda la credibilidad que tanto le había costado ganarse.

Todo era una gran ironía.

–Y aún hay más.

Jack arqueó una ceja, haciendo un gesto de incredulidad.

–¿Qué más? ¿Qué puede ser peor que perder el trabajo? –Richardson's hace bandera de la honestidad y la transparencia. Si no devuelvo esa tabaquera, habrá una investigación policial.

–El escándalo sería tremendo –le dijo Jack.

–Por favor, Jack, ¿a quién le importa el escándalo? –Caro se puso en pie, apoyó las manos en las caderas–. Barbara no merece ir a la cárcel por esto, y Paul tampoco merece tener problemas.

Jack guardó silencio. No sabía si estaba del todo de acuerdo. Ambos sujetos habían robado cosas.

–Este desastre es culpa de mi padre. Obliga a la gente a ponerse en situaciones absurdas y les hace desesperarse. No voy a dejar que eso pase esta vez. ¡No lo permitiré! –respiró profundamente y le miró a los ojos sin reservas–. Tengo intención de arreglar esto, Jack. ¿Vas a ayudarme?

Él la miró durante unos segundos. La mujer que tenía delante había hecho añicos todos sus sueños más preciados.

Abrió la boca para decir algo. De repente sentía los hombros más pesados que nunca.

–Sí.

Nunca había podido decirle que no a Caroline Fielding.

Caro pasó de puntillas por delante de la alacena en desuso, y también dejó atrás las oficinas del mayordomo y del ama de llaves. No recordaba haberlas visto ocupadas en toda su vida. La cocina estaba al otro lado de esas viejas habitaciones. Había escogido ese camino para no molestar a Paul, pero de todos modos caminaba de puntillas. El anciano tenía muy buen oído.

Levantando el cerrojo de la puerta trasera, se adentró en la oscuridad del jardín, tal y como le había prometido a Jack que haría. Miró a su alrededor, preguntándose en qué rincón se habría agazapado para observarla. Fingiendo indiferencia, levantó la cabeza y contempló el cielo nocturno. Si había alguna estrella, las nubes la tapaban.

Pero Caro sabía que muy pocas veces se veían estrellas desde allí.

Las luces de la ciudad las eclipsaban y, tal y como siempre le había dicho su padre, nadie había llegado nunca a ningún sitio contemplando estrellas.

–Díselo a los astronautas y a los astrónomos –murmuró entre dientes.

–¿Señorita Caroline?

Paul apareció en la puerta de la cocina.

Caro se secó las palmas de las manos sobre la falda. De pronto se le habían humedecido con un sudor repentino. Se suponía que nadie podía verla allí.

–La cena estará lista dentro de diez minutos.

Caro se volvió hacia el mayordomo.

–¿Seguro que no quieres que te ayude con nada?

–No. No se preocupe, señorita Caro.

En su juventud, Paul había estudiado para chef. Con la ayuda de un ejército de empleadas que iban a la casa dos veces por semana, Paul había mantenido la casa en perfecto estado durante casi treinta años.

De niña, Caro había pasado casi toda su vida en un internado, así que durante casi quince años, antes de que apareciera Barbara, aquella enorme casa vieja solo había sido habitada por su padre y por el anciano mayordomo.

Gracias a una especie de sexto sentido, Caro advirtió la presencia de Jack en la penumbra que rodeaba a un rododendro a su izquierda. Haciendo un gran esfuerzo, trató de actuar con normalidad para no revelar su presencia. Ella había querido contárselo todo a Paul, pero Jack se había empeñado en que guardara silencio.

Y como él era el experto en seguridad…

Fue hacia Paul. Le hizo desviarse hacia la derecha y señaló las torres de aguja de la mansión.

–¿Sabías que una noche, cuando tenía diez años, caminé por todo el tejado?

Paul levantó la mirada y se tocó el pecho.

–¡Dios mío!

–Una vez leí un libro sobre un ladrón que cruzaba Londres de un tejado a otro.

Caro se echó a reír. Por el rabillo del ojo vio una sombra que se deslizaba por la puerta.

–El pastor alemán de la señora Thomas-Fraser se puso a ladrar tanto que le hice correr de vuelta a su casa antes de que saltaran todas las alarmas.

–¡Podría haberse caído! Si lo hubiera sabido entonces, creo que

hubiera vivido diez años menos.

Caro sacudió la cabeza.

–Ahora mismo no puedo ni creerme que haya intentado algo así. En serio, Paul, ¿pero cómo se le ocurre a la gente tener niños?

Paul dejó escapar una carcajada y le dio una palmadita en el hombro.

–Oh, creo que voy a cerrar la puerta.

–Yo me encargo.

De haber insistido en hacerlo ella misma, hubiera levantado sus sospechas.

–Paul, ¿tenemos algo para el dolor de cabeza?

El anciano señaló un mueble de la cocina.

Una vez se quedó sola, Caro se tomó dos pastillas y quitó el cerrojo de la puerta de la cocina, por si acaso. Jugar a los detectives no era para cobardes.

Barbara cortó un trozo de su filete de lenguado.

–Caroline, ¿tengo que decirte que si tu padre hubiera querido que heredara una parte de su patrimonio me hubiera puesto en el testamento?

–Solo me llamas Caroline cuando estás enfadada conmigo.

Barbara levantó la vista.

–No sabía que iba a hacer esto, Barbara. Te lo juro. Ojalá te lo hubiera dejado todo a ti.

Su madrastra bajó la vista y comenzó a jugar con la servilleta que tenía sobre el regazo.

–Este dinero lleva muchos años en tu familia. Te corresponde por nacimiento.

–También tengo intención de darle a Paul una generosa herencia. Necesitará una pensión para cuando se retire.

–Ese hombre es un pícaro. No me sorprendería nada si le hubiera sacado suficientes pagas extras a tu padre a lo largo de los años como para tener dos retiros.

–Aunque lo hubiera hecho, se ha ganado cada céntimo.

Barbara aguzó la mirada.

–Tu padre y tú… nunca pudisteis encontrar ningún punto en común. No os comprendíais el uno al otro.

Caro se preguntó dónde estaría Jack en ese preciso momento. ¿Estaría en la habitación de Barbara, buscando entre sus pertenencias? ¿Habría encontrado la tabaquera?

Pensar en Jack desencadenó una descarga de adrenalina que la

recorrió por dentro. Era similar a la que había sentido cuando tenía diez años y se había subido al tejado de la mansión. De repente se daba cuenta de lo aburrida que había llegado a ser su vida con el tiempo.

«Aburrida no, sino predecible», dijo una vocecilla en su interior.

Levantó la barbilla.

–¿Caro?

Centró toda su atención en Barbara.

–Tienes una cara muy rara.

Jack siempre había tenido ese efecto en ella.

–Solo trataba de intentar descifrar ese remolino de cosas que era la mente de mi padre. Y la tuya.

–¿La mía? –Barbara dejó el tenedor–. ¿Qué quieres decir con eso?

–Si la situación fuera al revés, estarías encantada de compartir el patrimonio de mi padre conmigo. ¿Por qué no quieres que yo lo comparta contigo?

Barbara agarró su bolso de mano y se puso en pie.

–Se me ha quitado el apetito. No quiero seguir hablando de esto.

Caro estuvo a punto de atragantarse con el lenguado.

«¡Jack!».

Si Barbara llegaba a encontrarle en su habitación…

–Por favor, no te vayas. Yo… –bebió un sorbo de agua a toda prisa–. Estoy cansada de sentirme sola en esta casa.

El rostro de Barbara se suavizó. Volvió a sentarse en su silla.

–Muy bien. Pero deja de hablar de tu padre y de su dinero.

–Hecho –Caro hizo todo lo posible por comerse las patatas y la verdura. El estómago no hacía más que darle vueltas.

«Por favor, ten cuidado, Jack».

Miró a su madrastra.

–Paul me ha dicho que no has salido mucho de casa últimamente. ¿No crees que deberías salir más? No puede ser bueno estar tan encerrado.

Barbara le dedicó una sonrisa diminuta.

–En cuanto a eso, estamos totalmente de acuerdo, cariño. Lady Sedgewick me ha invitado a ir a su casa de Kent este fin de semana. Va a celebrar una fiesta. Pensé en aceptar su invitación.

–¡Oh, sí, deberías! Los Sedgewick son una familia encantadora. Yo fui al colegio con Olivia. Ve. Lo pasarás muy bien.

Ya era hora de que Barbara empezara a disfrutar de la vida.

Caro entró en su habitación de puntillas una hora y media después.

–¿Jack? –susurró en la oscuridad, antes de encender la luz.

La estancia estaba vacía y una pequeña sensación de decepción que no quería sentir se apoderaba de ella sin remedio.

Nada.

A lo mejor le había enviado un correo electrónico.

Fue a sacar el ordenador portátil y entonces vio una sombra en el extremo más alejado del armario. Jack emergió de la penumbra como un fantasma. Con unos vaqueros ceñidos y un suéter negro de cuello alto, parecía más sombrío y peligroso que nunca.

–¿Y bien? –le preguntó, respirando profundamente.

Él levantó un dedo y se tocó los labios. Ladeó la cabeza, como si tratara de escuchar algo.

Se acercó y se inclinó hacia ella, tanto que durante una fracción de segundo Caro creyó que iba a besarla. Su corazón se aceleró.

–Ve a mirar en el pasillo.

Su aliento cálido le acariciaba la oreja y no la dejaba pensar con claridad. El aire se le había quedado atascado en los pulmones.

Caro ladeó la cabeza una fracción de centímetro hasta tener muy cerca sus labios. Sus alientos se mezclaban y la hacían recordar aquellos momentos, cuando le mordisqueaba la oreja con los dientes, cuando… De repente vio una sonrisa sarcástica en esos labios que tanto quería besar y sus ojos emitieron un destello brillante.

–Caro, no he venido aquí a jugar.

Caro retrocedió. La vergüenza y la humillación la habían golpeado con fuerza. Las mejillas le ardían.

–No te creas que vas a tener tanta suerte –murmuró, yendo hacia la puerta para mirar en el pasillo–. Todo está despejado – dijo en voz baja. Se volvió y cerró la puerta tras de sí–. ¿También tienes un pasamontañas?

Él se sacó uno de la cintura de los vaqueros.

Caro puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

–¿Lo conseguiste? –le preguntó, intentando no alzar la voz.

–No.

–¿No? –Caro se acercó para poder susurrar–. ¿Qué quieres decir?

–Si hubiera estado en esa habitación, lo hubiera encontrado.

Caro no dudaba de su palabra, no cuando usaba ese tono de voz.

Fue hacia la ventana con los puños apretados.

–¿Dónde puede estar? –le preguntó.

–¿Ella tenía algún bolso durante la cena?

Caro se volvió hacia él.

–Un bolso de mano pequeño.

En el momento no se había dado cuenta, pero el detalle era un

tanto extraño. Barbara no tenía pensado salir esa noche, así que… ¿por qué iba a llevar bolso para cenar en su propia casa?

–Entonces lo tiene ahí.

–Bueno… ¿Y ahora qué? No puedes entrar en su habitación con ella dentro.

–No sería buena idea –dijo él, yendo hacia la ventana. La abrió y salió con un movimiento ágil.

–¿Y?

–Y ahora tengo que irme a casa y pensar durante un rato.

–Jack, puedes usar la puerta principal. Todo el mundo está en la cama. Nadie te verá.

–Pero me han dado ganas de probar ese método del ladrón de los tejados.

De pronto, Caro se dio cuenta de que había oído su conversación con Paul…

Se inclinó por la ventana para verle.

–Ten cuidado.

Él se movió tan rápido que no le dio tiempo a dar ni un paso atrás. Su mirada la mantenía cautiva. De pronto volvió a sentir el roce de sus labios sobre el cabello, y su aliento le hizo cosquillas en la oreja una vez más.

Caro se quedó inmóvil, con el corazón desbocado, mientras esperaba a que le diera algunas instrucciones finales.

Pero no fue eso lo que ocurrió. Él le rozó la oreja con los dientes y la hizo contener el aire. Cada célula de su cuerpo se había encendido igual que una luciérnaga como por arte de magia.

Capítulo 3

–Hueles tan bien como siempre, Caro –le dijo Jack, acercándose más.

Caro quiso dar un paso atrás, pero no era capaz. Él la miró a los ojos y se rio, pero su risa estaba llena de rabia, de desprecio, no hacia ella, sino hacia sí mismo. Deslizó un dedo perezoso sobre el escote de su blusa. Caro sintió que la piel se le ponía de gallina. El contacto de las yemas de sus dedos dejaba un rastro de calor abrasador.

–Si me empeñara en ello, creo que podría convencerte para que me dejaras quedarme.

El viejo Jack jamás hubiera disfrutado humillándola, pero esos dedos, sin embargo, seguían descendiendo sobre la piel de su cuello, rumbo a su pecho.

Caro tragó con dificultad.

–Si yo quisiera que te quedaras, Jack, te quedarías.

Los dedos de Jack se detuvieron. La agarró de la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

–¿Estás segura de eso?

Ella contempló esos ojos profundos durante unos segundos y habló con una sinceridad que la asustaba.

–Totalmente segura.

Él soltó el aliento entre los dientes.

–Me deseas tanto como siempre –le dijo ella.

–Y tú a mí.

–Pero la última vez eso no fue suficiente. Y no veo evidencia alguna de lo contrario. No veo ninguna prueba de que esta vez las cosas puedan ser distintas.

Él la soltó bruscamente y se puso erguido.

–Muy bien. Bárbara. Ahora que he tenido tiempo de pensar… Si tiene el objeto, entonces es que tiene planeado hacer algo con él.

Caro tardó un segundo en retomar el hilo. ¿Había estado pensando en el trabajo durante todo ese tiempo?

–O a lo mejor está esperando a tener la primera oportunidad para arrojarlo al Támesis y librarse de cualquier evidencia que pueda incriminarla.

Él sacudió la cabeza.

–Barbara es una mujer que no desaprovecha oportunidades.
Caro tuvo ganas de abofetearle.
–Ni siquiera la conoces. Te equivocas. Ella…
–He conocido a muchas mujeres como ella.
Caro guardó silencio. No quería seguir alimentando esa confrontación.
–¿Puedes conseguirnos una invitación para la fiesta de Lady Sedgewick?
Caro parpadeó, atónita.
–¿Lady Sedgewick? Sin duda puedo conseguir una invitación para mí.
–¿Y para mí?
–¿Qué pretexto voy a poner? –Caro cruzó los brazos–. «Oh, por cierto, Lady Sedgewick, mi futuro exmarido está en la ciudad y quisiera que me acompañara. ¿Podría venir conmigo?» –dijo en un tono burlón–. Eso no va a resultar.
Jack arrugó los labios. Sus ojos se volvieron misteriosos de repente.
–¿Y si le dices que estamos intentando reconciliarnos?
Caro sintió que una gran reticencia se apoderaba de todo su cuerpo.
–Piénsalo, Caro. Tu tabaquera desaparece, y entonces, de repente, el fin de semana siguiente, Barbara, que lleva meses sin salir de casa apenas, hace planes para asistir a una fiesta. Apuesto lo que sea a que tiene a un posible comprador y tiene planeado cerrar el acuerdo el fin de semana.
–Esto se está complicando demasiado.
–Si no te gusta el plan, hay otras dos estrategias que podemos utilizar. Entramos en la habitación de Barbara ahora mismo, tomamos su bolso y le quitamos la tabaquera por la fuerza.
A Caro se le cayó el corazón a los pies. Sacudió la cabeza lentamente.
–Sé que no lo vas a entender, pero ella es de mi familia.
Él guardó silencio durante unos segundos.
–Eso ha sido un golpe bajo.
Sus ojos se habían oscurecido y su rostro parecía haberse vuelto de piedra.
–No quería que sonara tal y como tú lo has interpretado – dijo Caro. El corazón le ardía de repente.
–¿Ah, no?
Jack se había criado a cargo del servicio de tutela de menores del gobierno australiano. No había tenido una infancia cruel, pero a Caro siempre le había parecido que debía de haber experimentado una gran

soledad.

Miró el reloj y sacudió la cabeza.

–Pero tú no me vas a creer y yo estoy demasiado cansada como para empezar a justificarme ahora. Simplemente digamos que enfrentarse a Barbara de esa forma sería el último recurso –el agotamiento hizo mella en ella–. Jack, ¿no deberíamos tener esta conversación dentro? El día ya había sido lo suficientemente horrible como para verte caer del tejado a estas alturas de la noche.

–Estoy bien donde estoy.

–Muy bien. ¿Y cuál es la segunda alternativa?

–Vas a ver a tu jefe mañana y le explicas que la tabaquera ha desaparecido.

Caro soltó el aliento, exhausta. Esa no era una opción.

–¿Vas a conseguirnos las invitaciones para la fiesta?

Ella asintió con un gesto rígido.

–Sí.

–Buena chica.

–No me hables en ese tono condescendiente.

–Y será mucho mejor si Barbara no se entera de que vamos a estar allí.

–Hmm… eso va a ser difícil.

Jack arqueó una ceja.

–Pero se puede hacer –farfulló Caro. Cruzó los brazos y le fulminó con la mirada–. Te das cuenta de que vamos a tener que compartir habitación en la casa de Lady Sedgewick, ¿no?

Él dejó escapar una carcajada en voz baja.

–¿Tienes miedo de no poder resistirte a mí, Caro?

–No digas tonterías.

–¿O te da miedo que yo no sea capaz de controlarme?

–Si no puedes, entonces te sugiero que reconsideres tus planes de matrimonio.

–Jamás.

De repente, él deslizó un dedo sobre su mejilla, tomándola por sorpresa.

–No tienes nada que temer, bomboncito. Tienes muchos encantos, pero nunca valieron el precio que pagué.

Caro se encogió por dentro al oír sus palabras. Cuando levantó la vista por fin, él ya no estaba allí.

–¿Fue difícil conseguir la invitación?

–En absoluto.

Era sábado por la mañana y Caro estaba sentada junto a Jack en su lujosa berlina de alquiler. Todo parecía tan normal que Caro tenía que hacer un esfuerzo constante para recordarse a sí misma que nada lo era.

«Nada más lejos de la realidad», pensó.

–Dime cómo lo hiciste.

Caro le contó que el jueves se había dejado caer por uno de los restaurantes en donde solía almorzar Olivia Sedgewick, su antigua compañera de colegio, y habían terminado cenando juntas.

Lo de la fiesta de Kent había salido a colación durante la conversación y Caro le había manifestado su preocupación dado que ese iba a ser el primer acontecimiento social al que su madrastra iba a asistir desde la muerte de Roland, su padre. Le había comentado que se iba a encontrar con su ex, después de tantos años, y también había añadido que la chispa aún seguía ahí, pero que tenía intención de llevarlo todo con la máxima discreción por si las cosas no salían como esperaba.

«Y así era. Las cosas no iban a salir bien. No podían salir bien», pensó para sí, aunque no lo dijera en alto.

–¿Y…? –dijo Jack, instándola a proseguir.

–Bueno, ella enseguida nos invitó a pasar el fin de semana en la casa de campo. Así vamos a tener la oportunidad de pasar un tiempo en pareja lejos del ajetreo de Londres, y así podré estar más cerca de Barbara –añadió ella, citando las palabras de su amiga casi de forma literal y con un toque de ironía.

Jack se rio.

–Ya veo que mordió el anzuelo sin problema.

–Es una persona encantadora. No fue muy difícil.

–Pero lo hiciste con maestría. Debería contratarte… Muy bien. Excelente. He hecho que sigan a Barbara durante estos dos últimos días, pero no hay nada sospechoso. Parece que no has tenido ningún visitante sospechoso en el último par de días.

–Oh, eso es bueno.

Llegados a ese punto se quedaron sin conversación.

–Yo… eh… me he tomado libre casi toda la semana que viene. –Muy bien.

Caro se moría por preguntarle acerca de la mujer con la que estaba, esa australiana que lo esperaba en casa, la mujer con la que iba a casarse. ¿Cómo se habrían conocido? ¿Cómo era? ¿Acaso era hermosa?

Cruzó los brazos. A lo mejor solo era una yegua de cría, un medio para conseguir un fin…

–Estamos teniendo un verano estupendo hasta el momento – señaló el cielo azul y los rayos de sol que se colaban por las ventanas.

–Por lo que veo, ahora mismo no estás con nadie, ¿no? –le dijo él al mismo tiempo.

–¿Qué tiene eso que ver con todo esto?

Él le dedicó una mirada de soslayo y sus labios esbozaron algo que parecía una sonrisa irónica.

–Digamos que sería algo incómodo para todos si nos encontráramos con tu amiguito actual en Kent.

La alternativa era llorar, y esa no era una opción.

–Bueno, sin duda sería una situación muy desagradable. Pero no tenemos problema con eso, Jack. Ahora mismo no tengo ningún pretendiente.

Caro se movió en su asiento, cada vez más inquieta.

–Bueno, será mejor que me des todos los detalles del plan – se mordió el labio–. Porque tienes un plan, ¿no?

–Mi plan es observar y escuchar. Soy bueno en mi trabajo, Caro. Y se me da muy bien leer entre líneas.

Caro pensó que en lo referente a su relación con ella, las líneas se le habían desenfocado un poco.

–Detecto el olor a pescado podrido a mucha distancia.

–Muy bien, pero… ¿qué se supone que tengo que hacer yo?

–Ser la persona encantadora de siempre.

De haber venido de cualquier otra persona, se lo hubiera tomado como un cumplido.

–No olvides nuestra tapadera. Se supone que estamos intentando reconciliarnos. Hay que echarse miraditas de vez en cuando y hacer unas cuantas manitas, ¿no?

Caro tragó en seco.

–Cuando sientas que flaqueas, piensa en las consecuencias de no recuperar esa tabaquera.

El peor escenario posible implicaría perder su trabajo, ser objeto de una investigación policial y Barbara, además, terminaría en la cárcel.

«No. No. Eso no puede pasar», se dijo a sí misma, devolviéndole el apretón de mano.

–Muy buen consejo.

–Con vosotros aquí, ya somos una docena –dijo Cynthia, también conocida como Lady Sedgewick.

Condujo a Caro y a Jack hacia el salón y allí les presentó al resto de invitados.

–Olivia llegará en cualquier momento. Oh, y mira, Barbie, querida… –dijo Cynthia al tiempo que Barbara entraba en la estancia, procedente de la terraza–. ¿Sabías que Caro y Jack nos iban a acompañar este fin de semana?

Barbara se paró en seco, boquiabierta.

–Todo fue un plan de última hora –dijo Caro, acercándose para darle un beso en la mejilla–. No tuve oportunidad de decírtelo.

Jack fue hacia la madrastra de Caro para darle la mano.

–Me alegro de verte, Barbara.

Durante una fracción de segundo, Caro sintió que Barbara iba a hacerle un completo desaire a Jack, pero entonces, en el último segundo, su madrastra le dio la mano con cierta reticencia.

Un momento después agarró a Caro del brazo y se la llevó a un lado.

–¿Te ayudo a deshacer la maleta? Así puedes ponerme al día… –miró a Jack por encima del hombro–. Con todos los cotilleos.

–Les he puesto en la habitación que está al lado de la tuya, Barbie.

–Yo me ocupo de que Caro se instale sin problemas –sin perder ni un segundo, Barbara agarró a su hijastra y la condujo hacia la flamante escalinata.

–¿No te molesta que te llame Barbie? –le preguntó Caro en voz baja.

–Es que ella es así. Lo que más me preocupa en este momento es saber qué haces aquí con Jack.

–Ah…

–No, no –Barbara levantó la mano que tenía libre–. Espera a que lleguemos a la habitación.

Agarradas del brazo, subieron juntas las escaleras sin decir ni una palabra más y caminaron por el amplio pasillo flanqueado por los retratos familiares hasta llegar al ala de la mansión que albergaba sus respectivos dormitorios.

–¿Es que has perdido la cabeza? –le preguntó Barbara en cuanto cerró la puerta de la habitación–. Ese hombre te rompió el corazón y lo pisoteó sin contemplaciones. ¿Es que has perdido el juicio?

Caro abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato. Se sentó en el baúl que estaba al pie de la cama, que afortunadamente no era un enorme armatoste con dosel.

–¿Cuánto tiempo hace de esto?

En ese momento, Caro se dio cuenta de que debería haber perfeccionado más su tapadera con Jack.

–Solo hace unos días… No… No sabía cómo decírtelo.

–¡Unos días! ¿Y ya vas a pasar un fin de semana con él?

Caro hizo una mueca al oír el tono de sus palabras.

–Bueno, técnicamente seguimos casados. Y yo pensé que venir aquí este fin de semana sería… sería… –no terminó la frase. De repente, deseaba que todo fuera un mal sueño.

Barbara se sentó a su lado y la agarró del brazo, deteniendo el giro de su pulsera. Caro no dejaba de retorcerla una y otra vez.

–Caro, cariño, sé que la muerte de tu padre ha sido todo un golpe para ti, ¿pero de verdad crees que esta es la mejor manera de enfrentarse a esta pérdida?

–¿Crees que estoy cometiendo un error?

–¿No es así?

Caro dejó caer los hombros.

–Es muy extraño todo –dijo Barbara finalmente, dejando caer los hombros también.

–Pero, en serio –dijo Caro, que de repente sentía ganas de llorar–. ¿Qué posibilidades tiene una mujer como yo de mantener durante largo tiempo las atenciones de un hombre como Jack?

–¡No te subestimes así! Cualquier hombre se sentiría afortunado de estar a tu lado… ¿Crees que la chispa sigue ahí?

Barbara fue hacia la maleta de Caro y la abrió de golpe. Comenzó a rebuscar en su interior.

–Toma –sacó unos pantalones capri ceñidos de color blanco y una blusa entallada de color azul intenso–. Ponte esto. Es perfecto para jugar al croquet en el jardín luego.

Caro hizo una mueca.

–Con ese modelito, no hay donde esconderse.

Normalmente ella solía llevar blusas anchas y largas con esos pantalones.

–Y no puedo negar que he engordado un poco en los últimos meses.

–A pesar de todas las torturas a las que se someten las mujeres en aras de la belleza, a los hombres les gusta ver unas cuantas curvas en el cuerpo femenino. Jack no podrá quitarte los ojos de encima.

Barbara le dedicó su mejor sonrisa y Caro no pudo evitar devolvérsela. De repente, vestirse para llamar la atención de Jack parecía la mejor idea del mundo.

«Y divertida».

Jack observó a Caro mientras se preparaba para disparar de nuevo. Los sutiles movimientos de su cuerpo no hacían más que distraerle una y otra vez. Pero no era el único hombre que se encontraba

admirando sus atributos femeninos en ese momento.

Asió con fuerza el mazo de croquet. Era lo único que podía hacer para no llevársela a la casa de un tirón y exigirle que se pusiera algo menos ceñido.

Barbara se le acercó. Una copa de ponche de frutas le colgaba de los dedos con elegancia.

–Si vuelves a romperle el corazón, te saco el corazón con un cuchillo.

Con una sonrisa esplendorosa, le dio una palmadita en el brazo.

–Que disfrutes del juego.

Jack la vio alejarse, estupefacto.

Al volverse, vio que Caro señalaba el aro de la siguiente diana.

Croquet… ¿Cómo podía haber un juego tan estúpido?

–¡Cooper! –exclamó Caro, llamando a otro de los jugadores–. ¿Has añadido alguna pieza nueva a tu colección últimamente?

«Buena chica».

–Querida, claro que sí. Adquirí una maravillosa daga medieval en una exquisita tienda de antigüedades.

«No se lo digas a Barbara. A lo mejor le das ideas».

–La próxima vez que vengas te la enseño.

Jack observaba el intercambio con curiosidad y asombro.

¿Cómo de bien conocía Caro a todas esas personas?

Hizo su disparo y trató de centrarse a medida que la conversación se desviaba hacia objetos de colección y antigüedades, pero perdió el hilo del todo cuando Caro efectuó otro disparo. Cada movimiento que hacía su exquisito cuerpo se convertía en un reclamo irresistible.

Jack miró a su alrededor y apretó los dientes al ver las miraditas golosas de todos los hombres que les rodeaban.

«Encuentra esa tabaquera, firma los papeles de divorcio y sigue con tu vida», se dijo a sí mismo, cada vez más incómodo.

Tras el juego de croquet se dispusieron a almorzar y después llegó la hora del tenis y el vóleibol. Algunos de los huéspedes se fueron a montar a caballo, pero como Barbara se quedó descansando en una silla del jardín, charlando con su anfitriona y hojeando una revista de vez en cuando, Caro y él permanecieron cerca de la casa también. Además, Jack no sabía montar a caballo.

De repente se dio cuenta de que no sabía si Caro sabía montar a caballo o no. Era otra de esas cosas que no habían llegado a salir a colación durante su breve matrimonio.

Caro sonreía mucho, charlaba con cordialidad y parecía estar en su

salsa, pero poco a poco Jack se dio cuenta de que con el tiempo se había vuelto aún más reservada y comedida. Parecía mantener las distancias de una manera totalmente nueva, incluso para ella. Se había vuelto remota, seria… adusta.

Tras la cena algunos se fueron a jugar al billar, otros optaron por las cartas y un tercer grupo de huéspedes, algo más perezosos, se dedicaron a conversar mientras tomaban unas bebidas. Los invitados eran bastante agradables en general y, sorprendentemente, Jack terminó pasando un día placentero, por mucho que sus expectativas iniciales hubieran sido muy bajas.

Caro, sin embargo, había pasado todo el día lanzándole unas miradas un tanto misteriosas, y él había deseado tanto poder devolverle esas sonrisas secretas que esbozaba de vez en cuando…

Levantó la mano para llamar a la puerta del dormitorio que compartían, pero entonces volvió a bajarla.

Apretó los dientes, respiró profundamente y llamó por fin. Le había dado media hora de margen para que se preparara para irse a la cama y solo podía esperar que hubiera sido suficiente.

El mejor escenario posible era encontrársela dormida. La puerta se abrió unos centímetros y el rostro de Caro apareció al otro lado. Se humedeció los labios y abrió del todo para dejarle pasar. Llevaba unos pantalones sueltos y una camiseta de tamaño maxi y no dejaba de retorcer la pulsera que llevaba siempre.

Haciendo un gran esfuerzo para ignorar el hecho de que estaban solos en un dormitorio, por primera vez en mucho tiempo, Jack colgó su chaqueta del respaldo de una silla.

–Llevo tiempo queriendo preguntártelo. ¿Barbara ha mostrado una conducta violenta en algún momento?

Caro se sentó al borde de la cama y flexionó las rodillas hasta apoyar la barbilla en ellas.

–Por Dios. Claro que no. ¿Por qué me preguntas algo así?

–Durante el juego de croquet me amenazó. Me dijo que me sacaría el corazón con un cuchillo si te rompía el tuyo.

–Ah –Caro se mordió el labio y agachó la cabeza–. Entonces fue eso lo que te dejó fuera de juego.

Jack se sentó en una silla, la única que había en toda la estancia. Era una suerte comprobar que era grande y confortable, ya que iba a pasar la noche en ella.

–¿Te estás riendo de mí?

–De ti no –le dijo Caro–. Pero Barbara es tan pequeñita que tienes que admitir que la idea de que pudiera hacerte algún daño es bastante graciosa –añadió, sonriendo–. Y me resulta muy dulce que se preocupe

tanto por mí.

Esa sonrisa… Jack no había olvidado esa sonrisa.

Caro se encogió de hombros.

–Me gusta. Es un detalle de su parte.

Jack la miró con ojos de perplejidad. Por primera vez se le había ocurrido pensar que tal vez para ella era más importante sacar a su madrastra del problema que perder su trabajo incluso.

Pero eso era una locura. Él mismo podía dar fe de todas las cosas que Caro había sacrificado en aras de su carrera profesional.

–Es por eso que me apartó en cuanto llegamos. Quería advertirme sobre ti, decirme que tuviera cuidado.

Jack la miró a los ojos.

–Que tuvieras cuidado… ¿De qué?

–De ti. Claro. De que me rompan el corazón de nuevo.

–¿Tu corazón? –casi sin darse cuenta, Jack se puso en pie–. ¿Y qué pasa con el mío?

Caro le miró, boquiabierta.

–¿Tu corazón? ¡Fuiste tú quien se marchó sin mirar atrás ni una sola vez siquiera! –Caro se puso en pie de golpe también. Apoyó las manos en las caderas–. ¿Me vas decir ahora que tienes corazón?

Jack se dejó caer en la silla de nuevo.

Caro, en cambio, cruzó los brazos y le fulminó con la mirada.

–Además, tu corazón no corre ningún peligro. Estás enamorado de otra mujer, ¿no es así?

Él se humedeció los labios, negándose a responder a la pregunta.

–¿Me estás diciendo que tu corazón corre algún peligro?

Se produjo un silencio tenso de unos segundos, y entonces Caro levantó la barbilla con un gesto casi desafiante.

–Cuando te marchaste hace cinco años, creí que me iba a morir.

Jack quería decirle que era una mentirosa, que tenía un corazón tan frío como el hielo, y que era por eso que se había marchado.

–Pero no voy a darte la oportunidad de hacerme algo así de nuevo ahora.

Durante una fracción de segundo, Jack sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

–Hacerme sentir culpable es una buena estrategia, Caro, pero no va a funcionar. Te conozco, ¿recuerdas?

–Oh, lo que sea… –Caro gesticuló con una mano.

Jack se puso en pie de nuevo y Caro se puso erguida, manteniéndose firme.

–¡Tú! –Jack la señaló con un dedo acusador–. ¡Me dejaste muy claro que estaba muy lejos de ser lo bastante bueno para ser el padre

de tus hijos, aunque fuera un material de rebelión muy conveniente para sacar de sus casillas a tu padre!

Una vez, cuando le había planteado la posibilidad de que tuvieran familia, ella se había reído. Jamás olvidaría la expresión que había visto en su rostro aquel día. A partir de ese momento ya no había podido seguir engañándose a sí mismo. Le había quedado claro que ella jamás accedería a tener una familia con él.

Y se había marchado. Se había alejado de ella antes de que destruyera lo poco que quedaba de él en aquel momento.

–¿Tu corazón? –le espetó–. ¿Es que alguna vez te sirvió de algo un corazón? Deja de hacerte la víctima. No te has ganado ese derecho.

Capítulo 4

–¿Que no me he ganado el derecho…?

Caro apretó los puños. La rabia la hacía temblar por dentro.

–A tu modo de ver las cosas, que no quisiera tener hijos me convertía en algo innatural. Tener hijos siempre fue mucho más importante para ti que para mí. Es una verdadera pena que no hayamos discutido acerca de nuestros puntos de vista sobre la paternidad antes de casarnos –le dijo, poniendo un énfasis especial en la última palabra.

Jack la señaló con el dedo.

–Lo que es una verdadera pena es que tu trabajo, tu estúpido y precioso trabajo, fuera más importante para ti que yo, que nuestra relación y que la posible familia que podríamos haber tenido.

Esa vieja frustración que ya le era tan familiar se apoderó de él en un abrir y cerrar de ojos.

–¿Pero qué es tan importante de tu trabajo? ¿Qué es, después de todo, aparte de ser algo frívolo y superficial? ¡No se puede decir que sea algo vital e importante!

Los ojos de Caro casi escupían fuego.

–¿Qué? A diferencia del tuyo, ¿no?

Jack dio media vuelta y se mesó el cabello. Tenía que mantener a raya la furia que sentía antes de volverse hacia ella de nuevo.

–Si nos ponemos a analizarlo en serio, ¿qué es lo que haces? Le vendes baratijas a ricachones que tienen más dinero y tiempo que sentido común e inteligencia.

Caro apretó las manos hasta sentir dolor. Los nudillos se le pusieron blancos.

–¿Y tú qué haces? Encuentras cosas que han perdido esos ricachones, ¿no? Oh, eso es igual que salvar vidas y predicar la paz y fomentar la armonía en el mundo.

Jack parpadeó. Ese dardo había encontrado su diana.

–¡Mi trabajo te va a salvar el pescuezo!

–¡Todavía no lo ha hecho!

Se atravesaron con la mirada durante unos instantes.

–Si la gente como yo no se tomara muy en serio su trabajo, señor Importante, a lo mejor en este momento ya no tendrías trabajo.

–A veces un trabajo no se trata de desempeñar una función importante en la sociedad. A veces se trata de lo que ese trabajo representa para la persona que lo hace –Caro se dio un golpe en el pecho. Su voz sonaba grave, bajo control–. Mi trabajo es la única cosa que he conseguido en toda mi vida por méritos propios. Yendo en contra de los deseos de mi padre, y a pesar de su carácter estricto y de toda su censura, yo escogí aquello que quería estudiar en la universidad.

Caro había estudiado Arte, y no Derecho y Administración de empresas, tal y como hubiera querido su padre.

–Mi trabajo me ha proporcionado los medios que necesitaba para pagar el alquiler de mi apartamento y para vivir mi propia vida. ¿Cómo te atreves a echar eso por tierra? Mi trabajo me ha dado independencia y libertad y la capacidad…

–Entiendo que tuvieras la necesidad de sentirte independiente de tu padre –dijo Jack, cada vez más iracundo–. ¡Pero no tenías por qué sentir lo mismo respecto a mí! Yo no soy como tu padre.

–¡Eres exactamente igual que mi padre!

Caro le gritó con todas sus fuerzas. Sus palabras resonaron con tanta violencia que Jack dio un paso atrás.

–Me querías controlar, igual que hacía él. Lo que yo quería no te importaba. ¡Lo único que importaba siempre era lo que tú querías! –el tono de voz de Caro volvió a subir unos cuantos decibelios–. ¡Tú no querías una esposa! ¡Tú querías… una yegua de cría!

Jack apoyó la cabeza en las manos. ¿Era eso lo que realmente había pensado de él? ¿Así la había hecho sentir?

–¿Te encuentras bien, cariño?

Caro logró esbozar una sonrisa vacilante.

–Seguramente va a sonar como una tontería, pero es la primera vez que le grito a Jack.

Barbara se sentó en la cama.

–Viniendo de cualquier otra persona me sorprendería, pero, viniendo de ti, no me sorprende nada que digas eso. Eres una criaturita curiosa.

–¿Curiosa?

–Siempre comedida. Nunca pierdes la compostura. Siempre intentas evitar toda confrontación. A veces puede resultar difícil averiguar qué es lo que sientes.

Caro parpadeó y se sentó también.

–Lo siento. No me había dado cuenta.

–Oh, sé que no lo haces a propósito. Además, estás mejorando mucho.

Caro se frotó la frente.

–Pelear de esa manera no me parece mejorar.

–Entonces, ¿las cosas con Jack no van tan bien?

Caro recordó en ese momento que, a pesar de la pelea, tenía una tapadera que mantener con él.

–Esa pelea lleva cinco años gestándose.

Caro se metió bajo las mantas. Justo antes de que se apagaran las luces, reparó en el bolso de Barbara. Estaba en la cómoda, al otro lado de la habitación.

Sus sentidos se agudizaron de repente. Con el corazón retumbando en el pecho, Caro se quedó quieta, con la mirada perdida en la penumbra, esperando a que su madrastra se quedara dormida. Jack saldría de su vida en cuanto recuperara esa tabaquera.

Una eternidad después, Caro comenzó a oír esa respiración reposada que le indicaba que Barbara se había dormido por fin. Con todo el sigilo posible, se deslizó hasta el borde de la cama y se detuvo un instante, conteniendo la respiración para ver si Barbara se había movido.

Al ver que continuaba en la misma postura, se encaminó hacia la cómoda. Estiró el brazo hasta rozar el borde del mueble y estuvo a punto de tumbar el bote de laca que estaba justo detrás del bolso, pero logró estabilizarlo en una fracción de segundo. Esperó unos segundos y entonces deslizó los dedos sobre el bolso.

El corazón le latía con tanta fuerza que casi creía que Barbara podría oírlo. Abrió el bolso, introdujo la mano y… justo en ese instante, la luz de la mesita de noche de Barbara se encendió.

–Caro, ¿qué estás haciendo?

Caro se quedó mirando el bolso. Tenía miedo de volverse porque la expresión de su rostro iba a delatarla.

«No está aquí. La tabaquera no está».

–Estaba… estaba buscando unos analgésicos –se volvió y parpadeó, intentando fingir estar adormilada.

–Aquí tienes –Barbara le dio una pastilla que sacó de un bote que tenía sobre la mesita de noche y también le dio un vaso de agua.

No tenía más remedio que tomarse la pastilla para el dolor de cabeza.

–Gracias. Siento haberte despertado.

Volvió a meterse en la cama, con el estómago repentinamente revuelto.

Definitivamente, no servía para esa clase de trabajo de espionaje.

Se preguntó si Jack estaría dormido en la habitación de al lado. Se preguntó qué hubiera pasado si se hubiera quedado allí con él. ¿Hubieran hecho el amor como dos diablos sin esperanza?

Con solo pensar en ello sintió un hormigueo por todo el cuerpo.

El sueño cayó sobre ella, pero cuando Barbara se levantó de la cama, trató de ponerse en alerta de nuevo.

Su madrastra fue hacia la ventana.

–Oh, Roland, ¿por qué tuviste que hacer que las cosas fueran tan difíciles?

Caro creyó oírla decir esas palabras. Su voz sonaba distante, lejana.

Trato de incorporarse para apoyarse en los codos, pero el cuerpo no le obedeció.

–¿Por qué me estás obligando a hacer esto?

¿A qué se refería Barbara? Caro abrió la boca para preguntar, pero las palabras no salían de su boca. Su último pensamiento coherente antes de que un oscuro manto se cerniera sobre ella fue que Barbara no le había dado una aspirina, sino una pastilla para dormir.

Caro no fue capaz de despejar la neblina de sueño que aún la envolvía, pero al menos logró incorporarse.

¿Qué hora era?

La luz del sol inundaba la estancia, pero hacer acopio de la fuerza que necesitaba para localizar un reloj en la habitación parecía una misión imposible. Giró la cabeza ligeramente. No había nadie a su lado.

–¿Barbara?

Apenas reconocía la voz que salía de su garganta.

–¿Barbara?

Finalmente logró sentarse en el borde de la cama. Se puso en pie y se volvió. Barbara no estaba en el dormitorio. Dio unos pasos tentativos y avanzó hacia la puerta, pero tuvo que descansar un momento antes de abrirla. Lentamente salió al pasillo, cerró la puerta tras de sí y comenzó a andar en dirección a la puerta contigua.

–¿Caro?

De repente oyó una voz a sus espaldas.

Se apoyó contra la pared. Necesitaba un punto de apoyo para poder volverse.

«Dios», exclamó en su interior y un suspiro escapó de sus labios.

Con su imponente estatura y su figura atlética, Jack tenía una silueta formidable.

Llevaba unos vaqueros de firma que le marcaban las piernas y

también sus muslos musculosos.

De repente, Caro pensó que si hubiera llegado unos minutos más tarde se la hubiera encontrado a medio vestir y, por alguna razón incomprensible, la idea le pareció de lo más graciosa. Una risotada escapó de sus labios de forma incontrolable.

–Buenos días, Jack.

Él aguzó la mirada a medida que avanzaba hacia ella.

–¿Has estado bebiendo?

–Desde luego que no –Caro trató de ponerse erguida, pero la energía solo le duró un par de segundos. Le señaló con el dedo–.

Barbara me dio una pastilla anoche.

La expresión de Jack se oscureció.

–¿Aceptaste una pastilla que te dio Barbara? ¿Estás loca?

A Caro no le gustaba la opinión que tenía de su madrastra, y odiaba la opinión que tenía de ella misma.

–Pensé que era una aspirina. Y tuve que tomármela para poder mantener mi excusa cuando me sorprendió rebuscando en su bolso –frunció el ceño–. Creo que era una pastilla para dormir… Todavía me siento bastante aturdida.

Con un gesto furioso en el rostro, Jack avanzó hacia ella como si tuviera intención de sujetarla o tomarla en brazos, pero ella levantó ambas manos para hacerle detenerse.

–Oh, por favor, no hagas eso. Mi estómago… eh… Ahora mismo ir al baño sería muy buena idea para mí.

Jack la sujetó del brazo con una sutileza que casi la hizo sentir el picor de las lágrimas detrás de los ojos.

–Vamos. Está un par de puertas más adelante.

Caro trató de no fijarse en su fuerza, en su calor, en lo mucho que disfrutaba sintiéndole a su lado.

–¿Dónde está Barbara?

–Está con dos huéspedes. Se han ido al pueblo. Al parecer hay una pequeña boutique que Cynthia estaba empeñada en visitar.

–Entonces, ¿por qué estás aquí tú?

–Ya tengo a un agente siguiéndolas.

Caro se detuvo y le miró, perpleja.

–¿Tienes un agente?

Él hizo una mueca.

–Tengo varios, y este en particular es una mujer. Créeme. Hará el trabajo mucho mejor que yo tratándose de un paseo de compras –señaló la puerta frente a la que se habían detenido–. ¿Necesitas ayuda?

–Por supuesto que no.

–Entonces, tienes que prometerme que no vas a pasar el pestillo.

–¿Y tú me prometes que no vas a entrar?

Él dibujó una cruz sobre su corazón.

–A menos que me llames.

–Trato hecho.

Caro no tenía náuseas, pero echarse un poco de agua en la cara la ayudó a sentirse mejor, y también agradeció el vaso de agua que Jack le dio cuando llegaron al dormitorio.

Él preparó las almohadas y la ayudó a acomodarse en la cama. De repente, Caro se sentía cuidada. Sentía que alguien se preocupaba por ella.

–Siento ser una molestia –murmuró–. Nunca antes había tomado pastillas para dormir.

–No le sientan bien a todo el mundo –le tocó la frente con el dorso de la mano–. Pero ya tienes mejor color y no parece que tengas fiebre.

–Eso es bueno, ¿no? –le dijo Caro, haciendo un gran esfuerzo para no pensar en el contacto de su mano.

Él esbozó una media sonrisa.

–Sí. Es bueno.

–La tabaquera no estaba en su bolso –le dijo Caro, ignorando esa sonrisa que podía ser su perdición.

Él se apartó. De repente había vuelto al modo estrictamente profesional.

–Voy a su habitación.

–¿Qué? ¿Ahora?

–No hay mejor momento que el presente.

Caro tragó en seco.

–Ten cuidado.

Él ya estaba prácticamente fuera de la habitación, así que sus palabras se perdieron en el aire.

Sentada sobre la cama, con el pulso acelerado y los oídos en alerta por si llegaba Barbara, Caro sintió que los nervios se le tensaban de nuevo, como aquella noche cuando habían registrado la casa de Mayfair.

Unos minutos más tarde, la puerta se abrió y Jack volvió a entrar. Ella arqueó una ceja.

–Nada –le dijo él, sacudiendo la cabeza.

–Estoy empezando a pensar que ella no tomó la tabaquera –

Caro frunció el ceño–. A no ser que…

Jack se sentó en una silla al otro lado de la habitación.

–¿A no ser que…?

–Antes de dormirme anoche, la oí hablando con mi padre.

Jack levantó las cejas.

–No era una alucinación. Créeme, Jack. Estaba mirando por la ventana, hablando con los muertos como seguramente hacemos todos de vez en cuando.

–¿Hablas por ti? –Jack se echó hacia delante un centímetro–. ¿Qué decía?

–Le preguntó a mi padre por qué le había puesto las cosas tan difíciles… –frunció el ceño e hizo un esfuerzo por recordarlo todo–. Y también dijo algo acerca de por qué la estaba obligando a hacer esto… o algo parecido.

–¿Tu padre te lo dejó todo?

–Todo.

–¿Sin ninguna condición?

–Ninguna.

–Hubiera apostado a que iba a poner como condición que te hicieras cargo de la fundación de tu madre para recibir la herencia.

–Yo le dije que no se molestara en hacer eso, que no iba a permitir que me impusieran algo de esa forma.

–¿Y él te creyó?

Caro casi se rio.

–Debería haberlo hecho. Se lo dije tantas veces. ¿Por qué lo preguntas?

–Solo trato de comprender por qué hizo lo que hizo.

Caro había dejado de intentarlo mucho tiempo atrás. Era una tarea imposible.

Ambos permanecieron en silencio durante unos segundos. El corazón de Caro comenzó a acelerarse y entonces recordó las palabras de Barbara de la noche anterior. Le había dicho que era muy comedida, que siempre trataba de evitar toda confrontación… Cinco años antes creía que Jack sabía lo mucho que le amaba, pero a lo mejor no había sido así. A lo mejor no se lo había demostrado lo suficiente.

–Voy a hablar de eso que no se puede hablar –dijo por fin, decidida.

–¿De qué hablas?

–Del aborto que tuve hace cinco años.

Jack sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaban. Era como si alguien acabara de golpearle con gran violencia.

–Después de que te marcharas, pasé horas y horas durante esas primeras semanas intentando comprender por qué te habías marchado tal y como lo habías hecho.

Al volver del trabajo una noche, se había encontrado la casa vacía.

No había ni rastro de él, excepto una nota en la que le decía que se había dado cuenta de que ambos buscaban cosas distintas y que iba a regresar a Australia. No le había dejado ningún número de contacto, y a Caro le había llevado meses hacerse a la idea de que nunca más iba a volver a llamarla.

–¿Y llegaste a alguna conclusión?

–Claro que sí. Sí que tengo un cerebro que funciona perfectamente dentro de mi cabeza –le espetó, en respuesta a esa pregunta sarcástica y agria–. Pensé que de alguna manera te habías enterado de que tenía intención de abortar.

Jack asintió con la cabeza.

–Los de la clínica llamaron para confirmar la cita.

–¿Te lo dijeron? –le preguntó Caro, sorprendida.

En la clínica le habían garantizado confidencialidad.

–No, Caro, no lo hicieron. Pero soy detective, ¿recuerdas? No me costó mucho sumar dos y dos.

–Sin embargo, no llegaste a averiguar más que tres cuartas partes de la verdad.

Jack se limitó a mirarla fijamente durante unos instantes, sin decir ni una palabra.

Finalmente, levantó la barbilla con altivez.

–Entiendo que tienes todo el derecho a tomar tus propias decisiones tratándose de tu propio cuerpo. Eso no lo cuestiono. Pero sí me dolió que quisieras desprenderte de un niño que yo deseaba tanto… En ese momento me di cuenta de que nunca tendrías hijos conmigo. Entonces me di cuenta de que sí hablabas muy en serio cuando decías que no querías hijos.

–Dije que no estaba preparada para tenerlos.

Había una gran diferencia, pero él nunca había sido capaz de entenderla. Le había pedido un margen de tres años para tomar una decisión al respecto, para asegurarse de que sería capaz de ser una buena madre. La idea de llegar a ser como su propio padre siempre le había causado gran horror y el concepto de familia de Jack tampoco la había ayudado mucho. Era más bien una especie de fantasía, difícil de llevar a la práctica.

–Caro…

–Jack, tuve un embarazo ectópico.

Él no dijo ni una palabra. Su perplejidad era evidente.

–¿Sabes lo que significa eso?

–Sí.

Jack se puso en pie. Todo su cuerpo temblaba y un extraño resplandor iluminaba su mirada.

–¿Por qué demonios no me dijiste nada?

–Intenté encontrar la forma de hacerlo, ¡pero te marchaste antes de que tuviera oportunidad! ¿Por qué no hablaste conmigo en cuanto atendiste esa llamada de la clínica?

Jack se volvió hacia ella.

–Decirte que estaba embarazada y arrebatarte la ilusión un momento después… Todo aquello hizo aflorar mis mayores miedos. No podía evitar preguntarme cuál sería tu decisión si alguna vez llegabas a verte obligado a escoger entre mi vida o la del bebé… Encontré mi respuesta cuando te marchaste.

Jack la miró fijamente. Se sentía como si le hubieran pasado el corazón por una trituradora y hubieran vuelto a meter los restos dentro de su pecho sin orden ni concierto.

–Deberías habérmelo dicho –esa vez no alzó la voz, pero sus palabras resonaron con toda la intensidad de las emociones que le recorrían por dentro.

–Y todavía sigues echándome la culpa.

La sonrisa distante de Caro le resultó insoportable.

–¡No! –Jack apretó los puños–. Yo también tengo parte de culpa. ¿Cómo pude marcharme así por un malentendido tan absurdo? Siento que hayas tenido que pasar por todo esto tú sola.

Caro parpadeó. La sorpresa que le había provocado su disculpa era una bofetada en la cara.

–Gracias –dijo ella, humedeciéndose los labios.

–Siento mucho no haber estado ahí para ti. Siento haberme ido así.

Caro apartó la mirada rápidamente, pero Jack tuvo tiempo de ver las lágrimas que afloraban a sus ojos. En dos zancadas se puso frente a ella y la estrechó entre sus brazos. Caro escondió el rostro contra su hombro para no llorar frente a él.

–Cuando supe que estaba embarazada, una parte de mí sintió mucha alegría –le dio un golpecito en el pecho con el puño–. Durante un momento pensé que podría hacer que las cosas funcionaran.

Jack sintió un ardor insoportable en la garganta, en los ojos.

Ella se apartó bruscamente y le hizo sentir un vacío que hacía mucho no experimentaba.

–¿Quieres que te cuente algo gracioso? –le preguntó ella de repente, secándose las lágrimas con un pañuelo que tomó de la mesita de noche–. Si alguna vez decido tener niños, ahora tengo menos probabilidades de poder ser madre.

–¡Pero eso no tiene ninguna gracia! Es… –le dijo él, abrumado ante lo que acababa de revelarle.

–Cuando te marchaste así… –Caro se volvió hacia él–. Puede que

haya sido mejor así después de todo. Lo que decías en tu carta es verdad. Queríamos cosas distintas. Y seguramente sigue siendo así. Es evidente que tú sigues queriendo tener niños.

El corazón de Jack dio un vuelco. Ella levantó una mano, pero la dejó caer de inmediato.

–¿Yo? Aunque haya pasado tanto tiempo, yo sigo sin saber si quiero o no. A largo plazo las cosas no hubieran salido bien, Jack… Ahora sé que no tiene ningún sentido preguntarlo, pero… ¿Te hubieras casado conmigo de haber sabido que no puedo tener hijos?

Jack la miró fijamente y sacudió la cabeza.

–No puedo contestarte a eso. No lo sé.

Y ya nunca lo sabrían.

Jack respiró profundamente. Había muchas cosas para las que no tenía respuesta, pero sí estaba seguro de que esa vez no iba a marcharse hasta haber terminado el trabajo, hasta que ambos hubieran dicho todo lo que tenían que decir.

Capítulo 5

–¿Qué quieres decir? ¿Crees que Barbara me drogó a propósito? De verdad estás empeñado en ir contra ella, ¿no?

Jack mantenía la vista al frente, fija en la carretera, pero todos sus sentidos estaban puestos en la mujer que estaba sentada a su lado. Olía a caramelo.

En poco más de una hora llegarían a Mayfair, pero el viaje se estaba convirtiendo en una deliciosa tortura para los sentidos.

–Lo único que quería era darme consuelo después de la pelea que había tenido contigo, y quería que pudiera dormir y descansar bien.

–Quería asegurarse de que no encontraras esa tabaquera.

Jack asió con fuerza el volante. Había puesto en peligro a Caro. Había subestimado la desesperación de Barbara y el extremo al que estaba dispuesta a llegar para no ser descubierta. Apretó la mandíbula. ¿Y si hubiera tenido alguna reacción adversa a esa pastilla?

–Barbara se preocupa por mí.

Jack apretó los puños.

–Barbara está decidida a salvar su propio pellejo. ¿Por qué no eres capaz de verlo de una buena vez? La cosa es en blanco y negro. No hay escala de grises aquí.

Jack tuvo que morderse la lengua.

–Creo que tiene un amante –dijo por fin.

Caro se incorporó y se volvió hacia él.

–¿Pero qué te hace pensar eso? –Compró lencería esta mañana.

Caro se echó a reír.

–Claro. ¿Cómo va a comprar lencería una mujer solo para su propio disfrute y placer personal?

–Según mi propia experiencia…

–¿Tu experiencia? –Caro cruzó los brazos–. ¿Cuántas amantes has tenido exactamente en los últimos cinco años, Jack?

La pregunta le tomó por sorpresa. Jamás hubiera esperado algo tan directo viniendo de Caro.

–Tú primero. Si de verdad quieres saber la respuesta, entonces, tú primero.

De repente comenzó a ver puntos negros en la periferia del campo visual. Conteniendo el aliento, esperó su respuesta.

–No es asunto mío –le dijo ella después de una larga pausa–. Discúlpame por la pregunta.

–Pero no lo sientes así, ¿no es cierto? Todavía parece que nuestras cosas van juntas.

–Lo sé –Caro respiró profundamente–. Casi resulta gracioso.

Jack sintió un nudo en la garganta que le impedía tragar.

–Podría ser porque nuestra relación no tuvo un final formal.

Jack se dio cuenta en ese momento de que no podía seguir adelante con la conversación y conducir al mismo tiempo. De manera impulsiva se desvió y se detuvo delante de un pequeño pub.

–¿Tienes hambre?

–No –Caro se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del vehículo–. Pero una copa de un buen borgoña no me vendría nada mal.

Se sentaron en una mesa situada junto a la pared más alejada del establecimiento.

–No te espera una mujer en Australia, ¿no? –le preguntó Caro de repente.

Jack apartó la mirada.

–Quieres volver a casarte, y sigues queriendo tener niños… – Caro soltó el aliento–. Pero todavía no tienes a nadie en mente.

–¿Por qué te alivia tanto saber eso?

–Porque sabía que no estabas enamorado. Pensaba que estabas a punto de cometer otro error.

Él la miró y guardó silencio. No sabía qué decir.

–Tú también quieres volver a sentirte normal. Se trata de eso.

–Ya es hora de marcar unas líneas rojas.

Caro contempló el rojo contenido de su copa. Giraba el recipiente una y otra vez.

–Entonces… ¿Qué vamos a hacer? ¿Vamos a divorciarnos de la forma más amigable posible?

Jack sintió una punzada en el estómago. Era como si se hubiera tomado un trago de ácido.

Bebió un sorbo de cerveza para mitigar la sensación.

–Y vamos a recuperar tu tabaquera.

Caro se puso erguida y Jack notó que de alguna manera había levantado una barrera entre ellos.

–Barbara no tiene un amante, Jack. Compró esa lencería para mí. Me parece que no es de las que apoyan la idea de llevar camisetas anchas y pantalones de chándal para dormir. Ella cree que debería esforzarme un poco más para atraer tu atención… Bueno, en caso de que necesites saberlo para mantener nuestra tapadera, es un camisón

largo de color champán, con tirantes muy finos y unos abalorios justo aquí –dijo, señalándose el pecho.

–Muy bien.

–¿Sigues pensando que sería capaz de hacerme daño?

–¿Por qué no la arrojas a los lobos? Es una ladrona, por Dios. –Ella me importa. Ella… ella y Paul… son como familia para mí.

Jack bebió un generoso trago de cerveza.

–¡Vaya familia!

Caro bebió un poco de vino, pero su expresión se mantenía rígida.

–¿Sabes que tienes una idea demasiado romántica del concepto de familia?

«Eso es lo que pasa cuando creces sin tener una».

Ella aguzó la mirada de pronto, como si hubiera sido capaz de leerle el pensamiento.

–Espero que encuentres lo que buscas, Jack. De verdad lo espero. Y espero que te haga tan feliz como esperas.

–No todas las familias son tan caóticas como la tuya, Caro.

–Eso es cierto. Pero Barbara… –Caro se encogió de hombros–. Siento cierta afinidad con ella. Mi padre la convirtió en una esposa trofeo. Jamás se molestó en corregir la opinión que la gente tenía de ella, seguramente porque la profundidad de sus sentimientos por ella le turbaba demasiado, así que trató de controlarla… y ella le dejó. A diferencia de mí, ella hizo todo lo que él le pedía, todo lo que pudo para complacerle. Y si crees que eso es fácil, entonces estás loco.

–Tú no eres como Barbara.

–Ahí es dónde te equivocas. Lo único que tendría que haber hecho es acceder a tener hijos contigo, Jack, y entonces me hubiera convertido en alguien exactamente igual que ella.

–¡Pero eso es totalmente distinto!

–¿Cómo?

–Yo nunca intenté convertirte en una esposa trofeo.

–No. Solo intentaste convertirme en la madre de tus hijos.

Jack apretó los dientes.

–Preguntarte si podíamos formar una familia no era una petición irracional… ¡Por Dios, Caro, yo te amaba!

–¡Pero no incondicionalmente! Me quedó claro que solo seguirías queriéndome si accedía a ser la madre de tus hijos.

Jack apretó los dedos alrededor de su copa hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

–Lo que me estás diciendo es que lo que tú querías era más importante que lo que yo quería.

Caro levantó su copa, pero no bebió de ella.

–No recuerdo que te hayas ofrecido nunca a ser el cuidador principal. No recuerdo que hayas hecho ningún intento de establecer un compromiso de ese tipo.

Cada una de esas palabras fue como una bala disparada por una Colt 45 para Jack.

–Se esperaba que yo hiciera todos los sacrificios.

Jack guardó silencio. De repente le costaba respirar.

–Pero ya no tiene sentido hablar del pasado –Caro gesticuló con la mano y bebió algo de vino–. ¿De verdad crees que Barbara podría representar un peligro para mi integridad física?

–No lo descarto –dijo Jack cuando por fin recupero la voz y la compostura.

–Entonces terminemos con la búsqueda.

Caro se terminó la copa de vino y su expresión se volvió impenetrable.

–Por Dios, ¿por qué vamos a hacer eso?

–No quiero forzarla a hacer cosas que en otras circunstancias evitaría hacer. Si está tan desesperada como estás insinuando, entonces puede quedarse con esa tabaquera.

–Pero… tu trabajo…

–Tendré que dar explicaciones por la pérdida de la tabaquera. Y tendré que pagársela al vendedor y presentar mi renuncia. Podría volver a la universidad –Caro arqueó una ceja y se puso en pie–. Creo que hemos terminado.

Jack también se puso en pie.

–Dame de margen hasta el final de la semana, Caro, tal y como habíamos previsto. Dame hasta el viernes. Solo son cinco días.

Caro abrió la boca para decir algo. Era evidente que iba a negarse.

–Por favor… Te prometo que no voy a poner a Barbara en ninguna situación que pueda llevarla hacia un comportamiento violento.

Caro apartó la mirada un instante.

–Muy bien –dijo finalmente, asintiendo–. Pero después, se acabó.

Jack guardó silencio un instante y entonces asintió. No solo se refería al asunto de Barbara, sino que también estaba hablando de ellos, de su historia.

La agarró del brazo y la condujo hacia el coche.

–¿Te llevo a Mayfair o a tu apartamento?

–Al apartamento, por favor.

Jack sintió un gran alivio. No quería encontrársela esa noche cuando entrara en la mansión Mayfair.

Caro frunció el ceño al oír que llamaban a la puerta. Dejó su cuaderno de notas sobre el sofá y apagó la televisión.

«¿Viendo la tele por el día, Caro? ¿Pero cómo puedes haber tocado fondo de esa manera?».

Sacudiendo la cabeza, Caro se dirigió hacia la puerta y abrió.

–Hola, Caro.

«¡Jack!».

Caro se humedeció los labios, repentinamente secos, y deseó haber llevado puesto algo más presentable que los pantalones de chándal que se había puesto al levantarse de la cama esa mañana.

–Eh, buenos días.

Miró el reloj y soltó el aliento.

–Vaya. Todavía no se ha acabado la mañana.

–Por poco… ¿Puedo entrar?

Caro parpadeó. De repente se había dado cuenta de que llevaba unos segundos sujetando la puerta con insistencia, mirándole a la cara.

–Claro. Me temo que no esperaba verte hoy.

Jack entró sin decir ni una palabra. Su lenguaje corporal y su postura parecían extrañamente rígidos, como si estuviera… nervioso. ¿Pero por qué iba a estar nervioso?

La única respuesta posible era que tuviera malas noticias que darle.

–Has encontrado algo, ¿no? Tienes… malas noticias, ¿no es así?

Jack sacudió la cabeza.

–Ahora mismo estoy recogiendo información y analizando los datos.

Jack la miró de arriba abajo y Caro no pudo evitar sentir ese calor que ya conocía y que le corría por la piel como una llamarada. Apretó los puños.

Le devolvió la mirada. No sabía si su expresión resultaba desafiante, pero sí vio un atisbo de sonrisa en los labios de Jack.

–Me temo que a Barbara no le gustaría.

Caro tardó un momento en darse cuenta de que se estaba refiriendo a sus pantalones de chándal y a su camiseta ancha.

–Barbara nunca aparece en un sitio sin avisar primero.

Jack ignoró la indirecta. Se limitó a inspeccionarlo todo a su alrededor, y su mirada se posó sobre la tarta que estaba sobre la mesa. Se volvió hacia ella y arqueó ambas cejas.

Caro sintió que las mejillas le ardían. La habían sorprendido en mitad del día, en pijama, viendo la televisión y comiendo tarta. Era un cliché patético, pero no iba a dejar que la humillación que sentía se reflejara en su rostro. No le iba a dar ese gusto.

–Esta semana estoy de vacaciones. Todo el mundo sabe que cuando uno está de vacaciones es obligatorio tomar tarta para desayunar.

Jack prefirió no mencionar el hecho de que ya casi era hora de comer y no de desayunar.

–Además, la tarta de naranja está deliciosa, de muerte. ¿Quieres un trozo?

Él sacudió la cabeza.

Caro respiró profundamente, contó hasta tres y entonces habló.

–Realmente no esperaba verte hoy, Jack. No quisiera ser grosera, pero… ¿qué estás haciendo aquí?

–Quería invitarte a comer.

El corazón de Caro dio un pequeño vuelco.

–¿Por qué?

–Tenemos que hablar de algunas cosas.

Caro guardó silencio.

–¿Realmente es una decisión tan difícil de tomar?

–Es que no veo qué sentido tiene –le contestó Caro finalmente. Admitirlo era demasiado revelador, pero ir a comer con él era…

–¿Tiene que haber un sentido para todo? Hace un día precioso.

Caro miró hacia la ventana. Ni siquiera se había dado cuenta.

–¿Caro?

Ella levantó las manos, rindiéndose.

–Muy bien. Voy a cambiarme.

Veinte minutos después ya estaban en la calle, caminando bajo el sol de la mañana. Él tenía razón. Hacía un día glorioso.

–Me encanta esta época del año. Ojalá fuera verano todo el año.

–Y eso me lleva a preguntarte… ¿Qué hacías encerrada en tu apartamento cuando podías estar fuera, dando un paseo y disfrutando del día?

–A lo mejor es porque he pedido unos días de baja por asuntos familiares y porque no son vacaciones de verdad, ¿no? Podría ser porque no me siento con ánimos de vacaciones ahora mismo, ¿no crees?

–¿Y la tarta…?

–La tarta es un capricho por sí sola –le dijo en un tono brusco, intentando ignorar sus carcajadas.

Caminaron en silencio hasta que llegaron al río Támesis. Caro se volvió hacia algunas cafeterías y restaurantes que estaban al borde del río. El agua se veía más oscura que nunca y el tráfico era intenso a su alrededor. Caro amaba esa vitalidad vibrante… siempre igual, pero siempre cambiante. –¿Cuándo dejaste de divertirte, Caro?

–¿Disculpa? –Caro sintió un nudo en el estómago y se detuvo de

golpe–. ¡Yo sí que me divierto! ¡Para tu información, me divierto muchísimo! ¡Muchísimo! Quedo con mis amigas para tomar café muy a menudo. Vamos al teatro, al cine, a museos. Vivo en una ciudad que ofrece una variedad interminable de actividades de ocio. ¡Me lo paso muy bien siempre! ¡Muchas gracias!

–No hay nada en tu diario desde hace tres meses.

Caro apretó los puños para no hacer nada impropio de una señorita como ella.

–¿Has revisado mi diario?

–Estaba sobre la mesita, abierto. Pensé que si hubiera sido algo muy importante, lo hubieras guardado bien.

–¡O a lo mejor es que esperaba que mis invitados tuvieran mejores modales! –un calor insoportable se concentraba en sus mejillas–. Es una de las cosas más groseras que he oído jamás. Una invasión de la privacidad y…

–Pero no es una cosa tan grosera como robar una tabaquera.

Caro cruzó los brazos.

–¡Ya! –exclamó y echó a andar a toda velocidad–. ¿Estabas buscando alguna pista?

–Solo me preguntaba si habías hecho algún enemigo últimamente.

–No soy la clase de mujer que hace enemigos, Jack.

–¿Hay alguien en Richardson's que haya sido despedido recientemente y que pueda culparte por ello? ¿Hay algún tipo que haya pasado los últimos meses fastidiándote y pidiéndote una cita? ¿Hay algún cliente enfadado por no haber podido conseguir algún objeto en particular? ¿Hay…?

–¡No!

–Caro, tu diario está lleno de compromisos de trabajo, alguna ponencia en la Universidad de Londres relacionada con el trabajo, o con galerías de arte, y un fin de semana en Barcelona. No hay ni una sola cita, o cena. No has quedado para comer, ni has ido al cine. No hay ninguna fecha señalada en absoluto.

–A lo mejor es porque es un diario de trabajo. Yo recuerdo todos mis compromisos sociales. No necesito anotarlos.

Él esbozó una sonrisa de esas que la hacían apretar los dientes de rabia.

–Ya veo que estoy haciendo que empiecen a saltar las chispas, ¿no, peque?

–¡No me llames eso!

Así solía llamarla en el pasado. Jack ponía el acento de Humphrey Bogart y siempre le sacaba una sonrisa.

Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces.

–Lo apuntabas todo –Jack prosiguió, ignorándola–. Tenías miedo de olvidar cosas. Y también te gustaba mucho hacer listas.

–La gente cambia. Lo creas o no, durante los últimos cinco años he cambiado mucho.

–No tanto –Jack se sacó un papel doblado del bolsillo–. Todavía sigues haciendo listas.

Caro le quitó el papel de las manos con brusquedad. Lo desdobló y entonces sintió un temblor que la sacudía de arriba abajo.

–Esto… Tú…

–Es una lista de opciones que estás haciendo en caso de perder tu trabajo al final.

–¡Ya sé lo que es! –arrugó el trozo de papel–. No tenías derecho.

–A lo mejor no, pero eso nos lleva de vuelta a la pregunta original. ¿Cuándo dejaste de divertirte, Caro?

Sin darle tiempo para responder, la agarró del brazo y la condujo hacia una mesa de un restaurante situado frente al río. Durante una fracción de segundo, Caro se sintió tentada de dar media vuelta y marcharse, pero entonces se lo pensó mejor. No quería darle la satisfacción de ver lo mucho que la había hecho enojar.

Soltando el aliento, tomó asiento, y entonces, durante un instante, sintió el calor de las manos de Jack sobre los hombros.

–Caro… –le dijo por fin, sentándose frente a ella.

La camarera escogió ese momento para acercarse con la carta.

–Hacen una pasta con marisco excelente aquí –le dijo ella, intentando conducir la conversación en otra dirección. Además, cinco años antes a él le encantaba el marisco.

–Oh, lo siento –dijo la camarera–. Pero eso ya no lo tenemos en la carta. Hemos cambiado de chef.

Jack miró a Caro y entonces se echó hacia atrás en su silla.

–¿Cuándo cambiaron de chef?

–Hace cuatro meses, señor.

Caro tragó en seco. Miraba la carta sin ver nada en realidad.

–Vaya. Cómo pasa el tiempo.

Jack guardó silencio. No quería decir nada. ¿Habían pasado cuatro meses desde la última vez que había comido allí?

Pidieron gambas y gnocchi con chorizo, siguiendo la recomendación de la camarera. Cuando la joven se alejó por fin, Caro pensó que Jack ya habría dejado atrás el tema de la diversión. Señaló en dirección al río, con intención de hacer un comentario acerca de ese paisaje urbano que tanto le gustaba, pero entonces se detuvo al ver la expresión de él.

–No vas a dejar el tema, ¿no?

–No.

La comida no tardó en llegar, pero ambos tardaron en tomar los cubiertos.

–¿Cuándo fue la última vez que sentiste que tenías el alma por las nubes, Caro? ¿Cuándo fue la última vez que sentiste que volabas?

Caro permaneció en silencio. No iba a contestar a esa pregunta.

La última vez que se había sentido en el cielo había sido durante un picnic con Jack, en Hyde Park. Habían preparado unos sándwiches, frambuesas y también habían llevado una botella de vino. Todo había sido perfecto aquel día. Sin embargo, ¿había merecido la pena vivir aquel día, teniendo en cuenta todo el dolor que había tenido que padecer después?

–Ya veo… Es tal y como pensaba.

Caro se obligó a tomar un bocado.

–Los gnocchi están deliciosos.

–Me he comprado un barco.

Caro bajó los cubiertos y frunció el ceño, sorprendida.

–Suelo ir a navegar, a pescar. Y algunos días cuando estoy frente al timón, cuando surcó el agua a toda velocidad, cuando la brisa me golpea la cara y siento la espuma del mar sobre la piel y los rayos del sol, siento que estoy en paz con el mundo. Me siento vivo.

–¿Qué te hizo comprarte un barco?

–Un par de amigos… cansados de mi mal humor crónico… Un día me llevaron a navegar en su barco.

–¿Mal humor crónico? –repitió, incapaz de disimular la sorpresa–. Está claro que te gustó tanto que decidiste comprarte un barco propio.

–Cuando me marché y regresé a Australia, me refugié en el trabajo… Un día unos amigos me invitaron a navegar, y me dijeron unas cuantas verdades.

–Oh.

–Me dijeron que tenía que buscar un equilibrio en mi vida. –¿Y entonces te compraste un barco?

–Bueno, eso ayudó bastante.

–Me alegro, Jack, de verdad. Pero… –Caro se echó hacia atrás. El estómago le daba vueltas de repente–. ¿Por qué me estás contando todo esto?

–Porque te quiero ayudar a encontrar tu propio barco.

Capítulo 6

Quería ayudarla a redescubrir su pasión, pero Caro temía que descubriera que su pasión era él mismo en realidad. ¿Qué iban a hacer si eso llegaba a pasar?

«Podrías ofrecerle la posibilidad de formar una familia con él».

El pensamiento atravesó su cabeza como un relámpago.

Afortunadamente, sin embargo, una niña se acercó a la mesa en ese momento, arrugando la cara como si estuviera a punto de echarse a llorar. Caro puso una mano sobre el hombro de la pequeña.

–Hola, cielo, ¿te has perdido?

La niña asintió. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Bueno, eso pasa a veces –dijo Caro en su tono habitual.

Siempre había odiado la forma en que los adultos ponían voces absurdas para dirigirse a los niños.

–Pero… ¿quieres que te cuente un secreto?

La niña volvió a asentir.

–Las mamás siempre encuentran a sus nenas.

–¿Crees que mi mamá me va a encontrar?

–Oh, claro que sí. Sé que sí.

Caro era consciente en todo momento de la mirada de Jack. Su expresión era pesada, contundente, de absoluta sorpresa.

–El truco es quedarse quieto y esperar –miró la comida que estaba sobre la mesa–. ¿Quieres un panecillo de ajo mientras esperas? Mi amigo… –señaló a Jack– pensó que yo tenía mucha hambre y pidió mucha comida, pero… –se echó a reír–. Yo tomé tarta para desayunar, así que no tengo hambre.

La niña abrió los ojos.

–¿Tomaste tarta para desayunar?

–Sí.

–¿Es tu cumpleaños?

–No. Es una de las cosas buenas de ser un adulto.

En cuestión de segundos, la pequeña, que se llamaba Amy, terminó sentada sobre el regazo de Caro con un trozo de pan de ajo en la boca. Caro no quería mirar a Jack a la cara, así que miró hacia su izquierda, y después hacia su derecha.

–Será mejor estar bien atentos. Seguro que en cualquier momento

aparece una mujer asustada.

–Sí.

Caro se volvió hacia la niña. Era más fácil mirarla a ella que enfrentarse a lo que iba a encontrar en los ojos de Jack.

Ver a Caro abrazando a esa pequeña generó una llamarada que le quemaba por dentro. Cinco años antes podrían haber tenido eso; Caro y él. Podrían haber tenido una niña pequeña a la que adorar y cuidar.

Incapaz de lidiar con sus propios pensamientos por más tiempo, Jack se puso en pie y miró a su alrededor. En pocos segundos localizó a una buena candidata para ser la madre de la niña. Hizo un gesto para captar la atención de la mujer y unos segundos después se produjo el ansiado reencuentro. La joven les dio las gracias de todas las formas posibles y entonces se marchó con su hija.

Caro tomó su vaso de agua.

–Deja de mirarme así.

–¿Cómo?

–Que no sepa si quiero tener hijos propios no significa que no me gusten.

–Muy bien…

Caro le fulminó con la mirada y entonces trinchó una gamba con la punta del tenedor.

–¿Por qué demonios… querías tener hijos con tanto empeño?

Él se encogió de hombros.

–Siempre he querido tener hijos… toda mi vida.

–Bueno, eso sí que es un buen argumento para convencer a una mujer reticente para que cambie su vida entera y le haga sitio a los hijos.

Tras esa salida inteligente, Caro tomó el bocado de gamba y comenzó a trinchar la pasta que le quedaba en el plato, buscando más marisco.

Jack frunció el ceño.

–¿Es que una persona no puede desear tener hijos porque sí?
Caro se encogió de hombros.

–A lo mejor. Pero mi siguiente pregunta sería… ¿Quieres hijos porque crees que puedes darles una buena vida y ayudarles a ser buenas personas y ciudadanos cuando crezcan o quieres hijos porque…?

–Porque…

–¿O quieres hijos porque nunca has tenido una familia propia, porque siempre te has sentido solo y sientes que los hijos van a llenar

ese vacío en tu vida?

Jack la miró a los ojos. Le costaba respirar.

–Lo que acabas de decir es malvado, Caro. Usar mi pasado en mi contra…

Ella arrugó el entrecejo.

–No trato de usar nada en tu contra. Siento mucho que hayas tenido una infancia tan difícil. Realmente desearía que no hubiera sido así, pero al mismo tiempo no creo que se deba usar a los hijos para llenar huecos en la vida de las personas. Los hijos no son para eso.

–¿Por qué no me preguntaste todas estas cosas hace cinco años?

Caro dejó a un lado el tenedor.

–Dudo mucho que hubiera podido verbalizarlo hace cinco años. Tus ansias de tener hijos me ponían muy inquieta entonces. Me hacían sentir incómoda, pero no era capaz de identificar el motivo.

Jack tuvo ganas de levantarse y marcharse del restaurante. Con Caro siempre le ocurría lo mismo.

–Y, ya ves… –continuó diciendo Caro con la vista fija en su plato para no tener que mirarle a la cara–. Por aquel entonces no hizo más que acrecentar todas mis inseguridades.

Jack la escuchaba, desconcertado. No sabía a qué se refería en realidad.

–Y eso me hizo retraerme y encerrarme en mí misma. Ahora me doy cuenta de que debería haber intentado hablar contigo de todo esto, pero sentía que, a tu modo de ver las cosas, yo no daba la talla.

Las palabras de Caro le golpearon por dentro.

–¿Igual que sentías que no dabas la talla frente a tu padre? – Jack soltó el aliento. Por fin entendía las cosas un poco mejor–. Si hubiera tenido un poquito más de sabiduría entonces… Pero tu retraimiento alimentó todas mis inseguridades… Yo sentía que tu negativa a tener hijos conmigo era una señal de… –Jack tomó el aliento y se esforzó por articular las palabras–. Una señal de que no era lo bastante bueno como para ser el padre de tus hijos. Pensé que no querrías casarte con un criollo de colonias del otro lado del río como yo, porque no te iba a servir para poder restregarle a tu padre en la cara todo lo que querías restregarle.

Caro se puso erguida.

–¡Quiero que sepas que yo nunca he tenido idea de restregarle nada a nadie en toda mi vida!

–Pensaba que no tenía el pedigrí adecuado para ti.

–Oh, Jack, yo nunca he sido una esnob de esa manera.

Él asintió con la cabeza.

–Ahora lo veo.

–No tiene sentido regodearse en las culpas y el arrepentimiento. Vivimos y aprendemos. En el futuro procuraremos no cometer los mismos errores… con las personas que entren en nuestras vidas.

Jack comprendía lo que le estaba diciendo. En realidad el mensaje que quería trasmitirle era que ya no había un futuro posible para ellos dos, por muchas disculpas y aclaraciones que pudieran ofrecerse mutuamente.

Caro se apartó de la mesa ligeramente.

–Ha sido un almuerzo muy agradable, Jack, pero… –Estábamos hablando de barcos…

–No necesito un barco. No quiero un barco.

–¿Cuándo dejaste de arriesgarte en la vida, Caro? Todo el mundo necesita un barco, incluso tú.

Caro guardó silencio durante unos segundos.

–Tenemos hasta el final de la semana para el asunto de la tabaquera –le dijo finalmente, ignorando su pregunta.

–Muy bien –le dijo Jack, poniéndose en pie–. Vendré a recogerte a las seis de esta tarde, así que procura estar lista a esa hora –se puso en pie. Necesitaba respirar un poco de aire antes de cometer alguna estupidez.

Ella parpadeó.

–¿Adónde vamos?

–Ya lo verás.

–¿Y qué me pongo? –le preguntó ella al tiempo que él daba media vuelta.

Apretando los dientes, Jack se giró hacia ella nuevamente. Esforzándose por fingir indiferencia, la miró de arriba abajo.

–Lo que llevas ahora está perfecto.

Mascullando un juramento disimulado, se inclinó y le dio un beso en los labios. Ya no podía resistirse más. El beso no duró más que dos latidos de su corazón; solo fue una leve presión que le hizo entreabrir los labios un instante y entonces se apartó bruscamente.

Caro le miró, atónita.

–Por favor, discúlpame si no te llevo a casa.

Dio media vuelta antes de decir otra palabra más.

Caro se puso unos pantalones de lino blanco y entonces revisó su colección de blusas.

¿La de seda azul quizás? No. A Jack siempre le había encantado verla vestida de azul y no quería que pensara que se vestía para complacerle.

¿La roja?

No era buena idea. Caro continuó revisando las prendas. ¿El negro sería una buena opción?

Definitivamente no. El escote era demasiado generoso.

De repente reparó en una de color gris. La sacó, pero la volvió a meter en el armario casi de inmediato. Le marcaba demasiado el abdomen.

Finalmente se decantó por una blusa con botones de color rosa con cuello bebé. Nadie podría acusarla de haberse puesto algo sexy. Suspirando, se la puso y se dispuso a abotonarla.

En ese momento llamaron a la puerta. Tenía que ser Jack.

«¿Pero cómo lo sabes? Puede ser cualquiera».

Caro sacudió la cabeza y se colgó el bolso del hombro. Tenía que ser él. Nadie llamaba a la puerta con tanta contundencia. Además, llegaba tan puntual como siempre.

Tomó aliento y abrió la puerta. Salió rápidamente y cerró tras de sí. No quería tener a Jack en su diminuto apartamento de nuevo. Evitar cualquier momento de privacidad con él era la alternativa más sabia.

–Hola, Jack.

–Caro.

Caro percibió el calor de su cuerpo. Se había puesto un aftershave que no le resultaba familiar, pero el aroma resultaba muy poderoso y atractivo. Respiró profundamente para aspirarlo del todo.

Él la miró de arriba abajo con un gesto de aprobación.

–Te has cambiado.

–Me he refrescado un poco. Nada más.

–Te ves muy bien.

Ella quiso darle las gracias, pero justo en ese instante él extendió el brazo y tocó el segundo botón de la blusa, el que quedaba precisamente entre sus pechos.

–Son muy bonitos.

Caro bajó la vista y entonces se dio cuenta de que los botones eran pequeñas cerezas de un color rojo muy intenso.

–Si supieras todo lo que me ha costado escoger una blusa apropiada, te morirías de la risa.

–¿Apropiada? Será mejor que me lo cuentes todo. No me vendrá mal reírme un poco.

Ella le condujo hacia el ascensor.

–Quería escoger una blusa que fuera… discreta –presionó el botón del ascensor y la puerta se abrió.

–¿Para que no volviera a besarte? –le preguntó él, conduciéndola

hacia el interior del ascensor y presionando el botón de la planta baja.

Caro no era capaz de mirarle a los ojos. Se cambió el bolso del hombro derecho al izquierdo.

–Algo así.

–¿Tan horrible te resultó?

–¿Podemos… podemos continuar con la conversación una vez estemos fuera?

El resto del trayecto transcurrió en el más absoluto silencio.

–¿Tan horrible te pareció? –le repitió Jack una vez salieron del ascensor.

Ella respiró profundamente, disfrutando del aire cálido de la tarde. La mente no se le despejó mucho, no obstante.

–No, Jack, el problema es que me gustó demasiado.

Él se volvió y la miró a los ojos. Había una emoción tan seria y sólida en sus ojos que Caro se tropezó con sus propios pies. Él extendió un brazo para estabilizarla, pero ella levantó ambas manos para detenerle.

–No va a pasar –le dijo, deseando que las palabras hubieran sonado un poco más convincentes.

–Todavía surge algo entre nosotros, peque.

–¿Pero de qué nos sirvió hace cinco años?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Jack lentamente.

–Si te lo tengo que explicar, entonces…

–¡Oiga, señor! –un conductor de taxi gritó desde la acera–. ¿Quiere el taxi o no?

Caro hizo un gesto.

–¿Es para nosotros?

Jack asintió.

Ella echó a andar hacia el vehículo con paso ligero.

–Sí. Sí que lo quiere –le dijo al taxista, intentando no correr.

Quería alejarse de su apartamento lo antes posible.

Después de un trayecto que transcurrió en el más absoluto de los silencios, el vehículo se detuvo. Caro miró el reloj. Era como si hubiera pasado toda una eternidad desde que habían subido al taxi, pero en realidad solo habían pasado diez minutos. Bajó del coche cuando Jack le abrió la puerta y esperó a que le pagara al taxista. Trataba de respirar profundamente para calmarse, para aplacar la tormenta que la sacudía por dentro.

Miró a su alrededor, buscando alguna distracción. No había prestado atención al sitio al que se dirigían, pero el lugar le resultaba vagamente familiar.

Jack se paró a su lado.

–¿Sabes dónde estamos?

Caro tomó el aliento y señaló en dirección a un cartel.

–Aquí dice que esto es Red Lion Square, entonces… estamos en Holborn, ¿no?

Él asintió.

–Vamos a un edificio que está al otro lado del parque. Y entonces podré revelarte mis planes por fin –sonrió, pero Caro vio lo mucho que le costaba hacerlo.

Extendiendo el brazo, le hizo detenerse.

–¿Seguro… seguro que quieres hacerlo?

–Claro. Por supuesto que sí –Jack la miró fijamente y entonces metió las manos en los bolsillos–. Pero no quiero forzarte a hacer nada que no quieras hacer. Si quieres marcharte, Caro, solo tienes que decirlo.

Caro logró sacar una sonrisa con mucho esfuerzo.

–Si tú vas, yo también –le dijo, y entonces encontró su recompensa en la sonrisa que vio en su rostro.

Dio media vuelta, parpadeando.

–Adelante, jefe.

Jack la condujo hacia uno de los clubs de Scrabble más conocidos de Londres. Caro se quedó boquiabierta al ver aquellos enormes tableros, rodeados de jugadores.

Un joven lleno de energía se les acercó.

–Usted debe de ser Caro Fielding. Soy Garry –se volvió hacia Jack–. ¿Y usted es…?

–Un amigo –dijo Jack, guiñándole un ojo a Caro–. Llamé ayer.

–Lo recuerdo. Dijo que a lo mejor Caro estaba interesada en unirse al club.

–Yo…

–Es una jugadora formidable –añadió Jack.

–Pero llevo mucho tiempo sin jugar. Y está exagerando.

Le dio un codazo a Jack en las costillas, pero él continuó sonriendo.

–Bueno, podemos ponerla con Yvonne. También es nueva.

En cuestión de segundos, Caro se encontró inmersa en una reñida partida de Scrabble. En otra época le encantaba ese juego. Solía jugarlo mucho con Jack, pero él nunca había sido rival para ella. Solo jugaba para complacerla. ¿Pero cuándo había dejado de jugar?

Cuando él se había marchado…

Al terminar la partida, Caro se echó hacia atrás y contempló las filas perfectas de fichas.

–Has arrasado.

El gusanillo de la competitividad se abrió camino hasta la superficie.

–¿Otra?

Caro quería una oportunidad para la revancha, así que aceptó.

Comenzaron otra partida. Caro era vagamente consciente de los movimientos de Jack por la sala. Caminaba de un lado a otro, observando el juego en otras mesas, pero ella intentaba no mirarle demasiado para no desconcentrarse.

–A lo mejor te has oxidado un poco –le dijo su contrincante–. Pero ya veo que has recuperado la forma rápidamente.

Caro también perdió la segunda partida, pero el margen no fue tan amplio como la primera vez. Ese fuego que la activaba por dentro y que llevaba mucho tiempo sin sentir surgía de repente.

Cuando sonó el timbre, Caro se sorprendió al ver que habían pasado tres horas. ¿Cómo era posible que hubiera perdido toda noción del tiempo? Miró a su alrededor, buscando a Jack. Le encontró apoyado contra una silla de una mesa cercana. Le sonreía.

–¿Lista? –le preguntó, avanzando hacia ella.

–Casi. Tengo que entregar mi hoja de registro y pagar las tasas de membresía.

Jack se echó a reír.

–Entonces, ¿no te lo vas a pensar ni un segundo?

–Por Dios. Claro que no.

Por alguna razón, él sonrió con más intensidad.

–¿Sabes que celebran campeonatos? Y hay una liga. Incluso compiten a nivel mundial.

–¿Ya le has echado el ojo al premio gordo?

–Este año no. Pero el año que viene… tal vez.

–Vamos –rodeándole los hombros con el brazo, la condujo al exterior–. Te invito a una hamburguesa. –¡Oh, sí, por favor! ¡Me muero de hambre!

–Y yo te debo una invitación a cenar –Jack la miró e hizo una mueca a modo de disculpa–. No me di cuenta de que te había dejado con la factura en la mano esta tarde hasta mucho después.

Ambos recordaron el motivo por el que se había marchado de una manera tan abrupta.

Él retiró el brazo de sus hombros y ella se apartó ligeramente. Se aclaró la garganta y trató de aferrarse a la camaradería que había surgido entre ellos unos minutos antes. –Es un precio muy pequeño que pagar por todo esto –señaló hacia atrás, en dirección al club de Scrabble–. Lo he pasado muy bien esta noche. Se me había olvidado lo mucho que me gustaba jugar al Scrabble. Ha sido una idea muy

buena, Jack. Gracias.

Las hamburguesas estaban deliciosas, pero, si bien se emplearon a fondo por no perder esa camaradería que se había generado un rato antes, no tardaron mucho en darse cuenta de que se había desvanecido sin remedio.

–¿Dónde te alojas? –le preguntó ella poco después.

Él le dijo que se estaba hospedando en un hotel de Covent Garden.

–Oh, Jack, puedes ir andando desde aquí. Por favor, no tienes que acompañarme a casa.

–Pero…

–¡En serio! Preferiría que no lo hicieras –Caro estaba empeñada en evitar cualquier momento incómodo que se pudiera producir a la hora de las despedidas frente a su puerta–. Pero sí te agradecería que me acompañaras hasta el taxi.

–¿Insistes?

Ella asintió. Él no parecía muy contento, pero no discutió al respecto. Paró un taxi e insistió en pagar.

–Mañana a las seis en punto.

Caro sintió un cosquilleo de expectación.

–¿De nuevo?

–Ponte un vestido y tacones. Procura que no sean muy altos, que no sean de aguja.

–¿Vamos a hacer otra de tus excursiones en taxi?

–Sí.

–Entonces te esperaré abajo. Buenas noches, Jack –le dijo, despidiéndose antes de cometer alguna estupidez… como darle un beso.

Capítulo 7

–¿Clases de salsa?

Caro le miró, boquiabierta, pero Jack hizo todo lo posible por no mirar esos labios rosados que le tentaban una y otra vez.

–¿Qué te parece?

Una vez habían asistido juntos a clases de salsa, antes de estar casados. Por aquel entonces, él estaba inmerso en la fase de cortejo y lo de las clases de salsa, para su sorpresa, había resultado ser todo un éxito.

Caro frunció el ceño.

–No sé si esto es buena idea –le dijo, pensando en la cercanía física que podría implicar el baile en determinados momentos.

Él le tocó la sien con la yema del dedo. No fue más que un leve contacto, sutil y comedido.

–El Scrabble es para la mente y el baile es para el cuerpo. Mens sana in corpore…

Caro soltó el aliento hacia arriba, alborotándose el flequillo.

–Sano. Si dices algo relativo al consumo de tartas por mi parte…

–Jamás se me ocurriría. Las tartas también son necesarias. No veo por qué te tienes que sentir culpable por comer tarta.

Caro echó atrás los hombros.

–No me siento culpable.

–Entonces deja de estar tan a la defensiva.

Jack la hizo apartarse al tiempo que una pareja entraba por la puerta principal.

La joven se volvió justo antes de entrar.

–¿Vas a unirte a la clase? Deberías. Es muy divertido y es muy buen ejercicio.

–Mi amiga sí –se apresuró a decir Jack antes de que Caro fuera a estropear el plan–. El problema es que yo solo puedo asistir hoy.

–Eso no es problema. Hay dos chicos en clase que están buscando pareja, Marcus y Timothy –la joven se acercó más–. Yo me iría con Tim. Es un poco tímido, pero es encantador. Te veo dentro.

Con una sonrisa, la muchacha y su compañero entraron en el local.

Jack se volvió hacia Caro y abrió las manos sin decir nada, permitiendo que la situación hablara por sí sola. Caro se mordió el

labio y volvió a mirar una vez más hacia el poster de la puerta.

–Antes te gustaba mucho bailar –le dijo él al notar su incertidumbre.

–Sí.

Jack quería preguntarle de qué tenía miedo, pero no lo hizo. Era mejor intentar aligerar la atmósfera en la medida de lo posible.

–O es esto o escalada.

Caro se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

–¿Disculpa?

–Hay un gimnasio cerca de tu casa y hay una pared para escalar. Seguro que sería muy divertido, y muy buen trabajo para los brazos.

Caro dejó escapar una risotada. Le agarró del brazo y tiró de él en dirección a la puerta de entrada. Llevaba un vestido de color ámbar con un corpiño entallado y una falda que le llegaba hasta la mitad de la pierna. Era una prenda muy sencilla, pero la tela tenía hilos dorados y de color bronce que brillaban con cada movimiento. Bajo las luces del local, Caro brillaba.

Jack la condujo hasta un punto de la pista de baile y entonces fue a hablar con los profesores un momento.

Respiró profundamente y volvió junto a ella. La clase estaba a punto de comenzar.

En cuanto la música comenzó a sonar, el profesor empezó a dar instrucciones. Jack trataba de mantener la distancia adecuada entre sus cuerpos, pero el calor corporal de Caro y su fragancia le envolvían, jugando con sus sentidos. El tacto de sus manos y el roce con su cuerpo a través del fino tejido del vestido habían desencadenado una reacción posesiva que le recorría todo el cuerpo.

Jack apretó los dientes. No tenía derecho a sentir eso. Tenía que resistir durante toda la hora. Podía lograrlo.

–No puedo creer que se me haya refrescado tan rápido la memoria –murmuró Caro, girando hacia un lado y luego hacia el otro.

Era evidente que la cercanía entre ellos la turbaba tanto como a él, y eso no resultaba de mucha ayuda. Jack respiró profundamente, pero eso solo sirvió para notar su perfume con más intensidad.

–Tenía miedo de que terminaras con los pies destrozados después de una hora bailando conmigo.

–¡Mentiroso! Si te preocupaban los pies de alguien, entonces eran los tuyos propios. Esto siempre se te dio mejor que a mí.

–No es cierto. Yo captaba los pasos más rápido, pero, una vez los asimilabas, tú eras cien veces mejor.

Sus miradas se encontraron. Se movían por la pista de baile con una gran facilidad, tanto así que Jack llegaba a sentir que estaba

volando en algunos momentos. Mientras contemplaba esos ojos color caramelo, sentía que sucumbía sin remedio… «¡Basta!», gritó una voz desde un rincón de su cabeza.

Con el corazón latiendo sin control, se obligó a apartar la mirada. Tragó en seco un par de veces y entonces, por fin, se atrevió a hablar.

–Hablé con el profesor y me dijo que Tim es ese de allí – señaló con disimulo hacia el otro lado de la sala.

Tim era un hombre delgado, muy bien arreglado, con el cabello rubio y una sonrisa agradable.

Caro perdió el ritmo y dio un traspié, pisándole.

–Oh, lo siento –hizo una mueca a modo de disculpa–. Contar los pasos, hablar y mirar a mi alrededor al mismo tiempo es todo un desafío.

Jack sabía que eso no era más que una pequeña mentirijilla, pero prefirió dejarlo pasar.

–¿Por qué no nos presentamos al final de la clase?

Caro levantó un hombro.

–A mí me parece que ya ha encontrado pareja.

–Es una profesora de aquí. Baila con él para que cuadren los números –Jack volvió a mirar a Tim–. Parece agradable. Además, no la ha pisado ni una sola vez. Eso es un plus.

–¡Por Dios, Jack! ¿También quieres conseguirme su número de teléfono y prepararme una cita con él?

–No digas tonterías.

Volvió a mirar al joven aprendiz. Era evidente que no era su tipo, ¿o acaso sí? Había pasado mucho tiempo.

–Tu vida privada es cosa tuya y con ella puedes hacer lo que te plazca.

De repente se dio cuenta de que animarla a salir más significaba que muy pronto estaría rodeada de hombres. Ellos le pedirían citas y ella tal vez encontraría atractivo a alguno de ellos.

De pronto tuvo una visión de ella, en los brazos de otro.

–¡Oh!

Jack se detuvo de golpe.

–¡Vaya! ¡Lo siento!

Se agachó para frotarle el pie, pero ella le hizo apartarse, fulminándole con la mirada.

–¿Qué haces?

–Yo… eh… solo quería aliviarte un poco el dolor.

–¡No es necesario!

Los ojos de Caro casi echaban chispas, pero Jack solo pensaba en comerle el pie a besos y en seguir subiendo por su pierna…

–¡Vamos! ¡Vamos!

El profesor, que parecía repetirlo todo dos veces, se les acercó, aplaudiendo.

–¡Tiene que concentrarse! Concéntrese, Jack. Tómela entre sus brazos.

Les corrigió la postura y les hizo acercarse el uno al otro unos centímetros, empujando a Caro en la espalda. Jack contempló esa figura maravillosa, a escasa distancia de su propio cuerpo.

Tragó en seco. Aquello se estaba convirtiendo en una tortura. –Tiene que mantener el contacto visual –les dijo el profesor.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Jack levantó la mirada hacia Caro.

–¡Esto es salsa! –el hombre hizo un gesto exagerado–. ¡Es el baile de la seducción! Caro abrió los ojos.

–Así que… hay que flirtear –el profesor hizo otro movimiento exagerado–. ¡A flirtear!

Los ojos de Caro emitieron un destello y Jack sintió que una carcajada crecía en su interior. El monitor se alejó para hablar con otra pareja.

–A flirtear –dijo Caro en un tono falsamente autoritario–. ¡Tenemos formas de hacerle flirtear!

Jack contuvo la risa.

–Vaya misterio. ¿Cómo se supone que flirtea uno mientras baila? –añadió ella, abriendo los ojos y mirándole con toda la inocencia del mundo.

De repente Jack se sintió más vivo que nunca. Sonrió y miró al profesor un instante.

–Según él, tiene que haber mucho contacto visual.

Caro le dedicó una mirada que le hizo reír.

–Bueno, a eso podemos ponerle un tic. Lo tenemos controlado.

–Y como ya tienes las manos ocupadas, no puedes empezar a retorcerte un mechón de pelo como solo tú sabes mientras me lanzas una miradita de esas que dicen «ven aquí» –le dijo él.

Caro se tragó una carcajada.

–Ah, pero sí que puedo lamerme los labios de la forma más sugerente y lasciva.

Comenzó a hacerlo de la manera más exagerada posible y

Jack se echó a reír sin parar.

–Tu turno –le dijo ella–. ¡A flirtear!

Él copió sus movimientos, exagerándolos aún más, y en cuestión de segundos ambos terminaron riéndose a carcajadas, aferrados el uno al otro para mantenerse erguidos.

–¡Excelente! ¡Excelente! –el profesor parecía encantado–. Y ahora, a bailar.

El resto de la hora pasó volando.

–Ha sido muy divertido –le dijo Caro sin aliento cuando salieron al exterior de la sala un poco más tarde–. Buenas noches, Tim –añadió al ver salir al joven.

–Te veo la semana que viene, Caro –le dijo Tim con una sonrisa radiante.

Jack se puso tenso de inmediato.

–Quita esa cara –le dijo Caro–. Fue idea tuya.

No había sido precisamente una de las mejores ideas que había tenido, no obstante. De repente se sentía como si se la estuviera entregando a otro hombre.

Jack frunció el ceño y miró al cielo.

–Solo recuerda que no quiero que me invites a la boda.

–Ni siquiera voy a contestar a eso.

–Lo siento. Eh… ¿tienes hambre?

Ella le miró un instante antes de asentir.

–Sí.

–Hay un pequeño restaurante a la vuelta de la esquina… –No.

–¿No?

–Cenar en un restaurante se parece demasiado a una cita, Jack, y nosotros no estamos teniendo una cita. Vamos. Conozco un sitio mejor.

La escuela de baile estaba en Bermondsey, a un par de estaciones de metro de la casa de Caro. Jack había escogido justamente esa academia por la conveniencia de la localización.

Diez minutos más tarde se encontró en un enorme parque, rodeado de gente que estaba disfrutando de la noche de verano. Caro señaló con el dedo.

–Ahí… puedes comer una hamburguesa si quieres.

Sin más prolegómenos se dirigió hacia un pequeño camión y pidió una ración de fish and chips. Al ver que Jack sacaba la billetera, sacudió la cabeza y pagó su propia comida.

Jack, por su parte, captó el mensaje. Pidió lo mismo que ella y después buscó un banco vacío. El vestido que llevaba no era para sentarse en el césped.

–Bueno, si no es una cita… –le dijo, quitándole el envoltorio al pescado con patatas–. ¿Qué es entonces?

–La clase de comida que comparten dos buenos amigos.

Ambos guardaron silencio unos segundos.

–Quería decirte que he pensado en lo que me dijiste el otro día.

–¿Umm…? –Caro se comió una patata frita–. Creo que vas a tener que ser un poquito más específico.

–¿Respecto a los motivos por los que quiero tener niños?

Caro se detuvo con una patata a medio camino de la boca.

–No tienes por qué explicarme nada, Jack.

–Bueno, si no es a ti, ¿a quién se lo voy a explicar si no?

Caro volvió a dejar la patata en la bolsa.

–A ti mismo.

Jack miró a su alrededor. Había familias por todas partes y su alma se inclinaba hacia ellas.

–He pensado que ahora estoy más preparado para ser padre que hace cinco años. Tú tenías razón. Entonces lo deseaba demasiado.

–No sé si es posible desear algo así demasiado.

–Creo que tú diste en el clavo. Yo quería tener hijos, pero los quería para mí, por mí, para sentirme mejor, completo. Quería que supieras que, ahora, mirando atrás, no te culpo por todas las dudas que tenías al respecto.

Caro le miró a los ojos.

–Eso… –tragó en seco–. Gracias. Eso… significa mucho para mí.

–Tú también me has hecho ver mi propio egoísmo.

Caro echó hacia atrás la cabeza.

–Cuando te dije que quería tener una familia, lo que realmente quería decir era que quería que tú me dieras una. Esperaba que dejaras el trabajo y fueras madre a tiempo completo –Jack se miró las manos–. Pero si alguien me hubiera pedido que dejara todo lo que yo te estaba pidiendo que dejaras a los veinticinco años, yo no hubiera renunciado a nada sin pelear. Siento… siento mucho haberte exigido todo eso.

Caro le agarró la mano, pero no habló hasta que él se volvió hacia ella.

–Disculpas aceptadas, Jack.

Caro intentó ignorar el ardor que sentía en el corazón al ver esa expresión de cansancio, y casi de derrota, en el rostro de Jack. Hizo todo lo posible por imprimirle la mayor efusividad posible a una sonrisa.

–Somos un ejemplo típico de esos matrimonios exprés que terminan pronto y mal.

–No crees que se pueda arreglar lo que se ha roto, ¿no?

Caro reprimió un suspiro.

–No –dijo por fin–. No creo que se pueda arreglar lo nuestro.

Jack guardó silencio.

–Cómete las patatas –le dijo ella–. Te sentirás mejor después.

Jack arqueó una ceja e hizo un gesto de incredulidad.

–¿Las patatas me harán sentir mejor?

–Los carbohidratos fritos levantan el alma.

Caro masticó una patata en busca de una de esas descargas energéticas.

–Mi propia experiencia familiar no fue precisamente muy positiva. No me proporcionó modelos a seguir de ningún tipo – dejó escapar una carcajada–. Sinceramente, mi familia fue una cosa totalmente desestructurada. Conociste a mi padre. Siempre fue una persona distante, controladora. Paul me dice que era distinto cuando mi madre vivía, pero…

–¿No lo crees?

–No tengo recuerdos muy sólidos de mi madre antes de su muerte.

–Solo tenías cinco años.

–Y de la misma forma, no recuerdo que mi padre fuera distinto antes de su muerte, aunque no dudo que le haya afectado mucho.

Su madre había muerto de cáncer de mama y Paul le había contado que había padecido una larga agonía de ocho meses antes de morir.

Caro volvió al presente y miró a Jack. La expresión de sus ojos la inquietaba, pero no sabía por qué.

–¿Crees que él la amaba?

–Supongo que la prueba de eso es que tardó catorce años en volver a casarse.

Jack frunció el ceño.

–¿Me estás diciendo que crees que trasladarías todo eso a la relación que mantuvieras con los hijos que podrías tener?

–Bueno… sí. Parece factible, ¿no? Quiero decir que… en mis momentos más indulgentes me digo a mí misma que mi padre fue simplemente el producto de la crianza que tuvo…

–¿Pero no crees que el hecho de ser consciente de ello te hará emplearte a fondo para no ser como él?

Caro se comió una patata y comenzó a masticar lentamente. –No lo sé. Todo parece una… apuesta muy arriesgada –se volvió hacia él del todo–. Jack, tu infancia fue mucho peor que la mía.

Él sacudió la cabeza.

–No estoy seguro de eso.

–Yo crecí rodeada de riqueza. El dinero supone una gran diferencia. Es cierto que no podía comprar una familia con dinero – añadió, al ver que estaba a punto de interrumpirla–. Pero fue mucho

mejor que encontrarse en la misma situación sin un centavo, mil veces mejor. Yo he tenido mucha suerte en muchos sentidos.

–¿Crees que estaba equivocado al sentir y demostrar tanta confianza?

–¡No! –Caro le agarró del brazo. Lo último que quería era que interpretara sus palabras de esa manera–. Siempre creí que serías un padre maravilloso. Es solo que hubiera querido poder creer en mis propias habilidades de la misma manera. Eso era lo que quería decir cuando te dije que me dabas envidia. Yo… no entendía de dónde venía tanta confianza en ti mismo. Y sigo sin entenderlo.

Jack bajó la vista y miró su mano un instante, pero ella la retiró de inmediato, sonrojándose.

–Yo… eh… lo siento.

–No tienes que disculparte por tocarme, Caro. Me gusta que me toques.

Las palabras que acababa de decir se deslizaron sobre su piel como una caricia de seda y, durante unos segundos, Caro no pudo hacer otra cosa que no fuera mirarle fijamente.

Agitó una mano en el aire finalmente, rompiendo el momento.

Jack se terminó lo que le quedaba de la cena y echó los restos en una papelera cercana. Caro observaba cada uno de sus movimientos. Se fijaba en cada detalle de su cuerpo atlético y no podía evitar recordar aquellos momentos que había pasado en la cama con él.

«No pienses en eso ahora».

Él volvió a sentarse. Estiró las piernas hacia delante y extendió los brazos sobre el respaldo del banco. Sus dedos jugueteaban con el cabello de Caro.

–Cuando tenía doce años me quedé con una familia de acogida…

Caro se quedó quieta. Él casi nunca le había hablado de su infancia, o del tiempo que había pasado en las casas de acogida. Lo único que sabía era que su madre era una drogadicta que había muerto de sobredosis cuando él tenía cuatro años.

–Eran la familia con la que yo soñaba –Jack sonrió–. A través de ellos supe lo que era una familia de verdad. Vivir con ellos me dio esperanza.

Le habló de Darrel y de Christine Jameson, aquella pareja encantadora que se había dedicado a acoger a niños huérfanos al no poder tener hijos propios.

Jack describió con todo lujo de detalles aquellas tardes de picnic, los paseos, las cenas alrededor de la mesa de la cocina, cuando charlaban y contaban las peripecias del día… Durante doce meses muy cortos, se había sentido parte de algo mucho más grande por

primera vez en su vida, algo bueno, algo que valía la pena.

–Parece que eran unas personas muy buenas, perfectas.

–Iban a adoptarme.

Caro sintió que el corazón se le caía a los pies. Era evidente que la historia no iba a tener un final feliz.

–¿Qué… qué pasó?

–Darrel y Christine mantenían un contacto muy estrecho con otros padres de acogida. Formaban un grupo… Uno de los hijos de acogida de una de esas parejas se metió en problemas muy serios, drogas, robo de coches… Fue todo un desastre. Se volvió violento con su madre de acogida… Aquel incidente les hizo asustarse mucho, sobre todo a Christine. Un día sorprendieron a mi hermano mayor de acogida bebiendo alcohol y nos mandaron de vuelta a todos a los Servicios Sociales.

Caro se llevó una mano a la boca.

–Lo siento. Lo siento mucho. Nunca volviste a encontrar a una familia como esa, ¿no?

–¿Tú qué crees, Caro?

Caro le miró fijamente y después asintió con la cabeza.

–Estás enfadado por ello.

–Pasé cinco años enfadado. Empecé a portarme muy mal. Me hice famoso en los Servicios Sociales. Pasé los dos últimos años en una casa de grupo.

–¿Un centro de detención? –le preguntó Caro, tragando con dificultad.

–No. No fue tan malo, pero no era un hogar en realidad. No sé si me entiendes… Solo era un sitio para dejar pasar el tiempo hasta que alcanzáramos la mayoría de edad y el estado pudiera lavarse las manos de una vez.

Caro trató de controlar la ola de rabia que la sacudía por dentro.

–¿Alguna vez… alguna vez has pensado en convertirte en padre de acogida?

Jack dejó de retorcerle el mechón de pelo.

–No.

–A lo mejor deberías. Así sabrías cuáles son las ventajas y las desventajas. Sabrías todo lo bueno y lo malo que hay que saber.

Creo que serías un padre de acogida formidable.

–Yo…

Caro se encogió de hombros al verle vacilar.

–Solo es una idea. Evidentemente no es la clase de decisión que uno puede tomar de forma improvisada.

–Pero merece la pena considerarlo.

Caro no tenía intención de desperdiciar la oportunidad, tan poco frecuente, de poder aprovechar su buen humor.

–Entonces no volviste a sentir que pertenecías a un sitio hasta que te uniste a las fuerzas policiales, ¿no?

Cuando le había conocido trabajaba para la policía federal australiana y estaba destinado en Londres como instructor de vigilancia para el servicio de inteligencia británico.

Esos ojos azules suyos brillaron y su expresión se volvió aún más aguda, si eso era posible.

–La policía me dio un camino en la vida. Pero, Caro, nunca sentí que pertenecía a ningún sitio hasta que te conocí.

Capítulo 8

El móvil de Caro comenzó a sonar de repente, sorprendiéndola. Su pluma estilográfica saltó sobre la página, dejando una marca de caligrafía muy poco elegante. Contempló con ojos de enfado la mancha de tinta.

El teléfono volvió a sonar.

–¿Hola?

–¿Estás en casa?

–Buenos días, Jack. ¿Cómo estás? Estoy bien. Gracias por preguntar.

Oyó sus carcajadas al otro lado de la línea.

–Caro, como siempre, es un placer hablar contigo. Voy corriendo por las escaleras de tu casa mientras hablamos.

Caro siempre terminaba sin aire cada vez que subía las escaleras, aunque lo hiciera andando, pero a él no parecía faltarle la respiración.

–En serio, Jack, ¿es necesario correr?

Esa vez, él se rio abiertamente.

–Ya veo tu puerta.

Caro colgó el teléfono y se volvió hacia la puerta. ¿Qué estaba haciendo allí? Si tenían que verse, ¿por qué no podía ser en un lugar público?

La tabaquera… A Caro se le hizo un nudo en el estómago. Con el corazón latiendo a toda velocidad, Caro obligó a sus piernas a moverse hasta la puerta. Abrió y trató de no mirarle de una manera demasiado indiscreta al tiempo que le invitaba a entrar.

–¿A qué debo el placer?

–Tus modales son una de esas cosas que siempre he admirado tanto de ti, Caro.

¿Acaso se estaba riendo de ella o se daba cuenta de que su inesperada visita la hacía sentir incómoda?

–¿Tienes alguna novedad sobre la tabaquera? ¿Ha habido algún cambio?

Jack miró hacia la mesa y frunció el ceño.

–¿Qué estás haciendo?

Caro tragó en seco y se sentó.

–Tú eres el detective. ¿Qué crees que estoy haciendo?

Jack levantó la hoja de papel sobre la que había estado practicando.

Mi querida Barbara. Te deseo todo lo mejor en este día. Que la felicidad te acompañe siempre. A mi esposa querida. Amor. Mucho amor. Con todo mi cariño, Roland.

Jack le dio la vuelta a la hoja para seguir leyendo sus garabatos.

Tu Roland. Roland. Tu querido esposo, Roland.

Caro hizo una mueca. ¿Habría firmado su padre alguna vez como el «querido esposo» de Barbara? ¿Cómo iba a sonar sincero?

Jack dejó el papel sobre la mesa y tomó una de las cartas que su padre le había enviado cuando estaba en la universidad. Recibía una o dos cada semestre, y siempre versaban sobre trivialidades que no decían mucho. Ni siquiera sabía por qué las conservaba después de tanto tiempo.

Jack volvió a dejar las cartas sobre la mesa y tomó el catálogo de joyas y el ticket que estaba junto a él. Su expresión reflejó perplejidad, pero Caro no sabía si era por la foto del collar de diamantes, o por la desorbitada cifra del ticket.

–Esto vale…

–Una suma de dinero importante.

–Es una barbaridad.

–Cierto. Sin embargo, no es su belleza lo que importa, sino su valor.

Además, era la clase de pieza que a su padre le hubiera encantado, de haber estado vivo para admirarla. Jack tiró el catálogo y el recibo sobre la mesa.

–Mi cerebro de detective me dice que muy pronto será el cumpleaños de Barbara.

–Hoy.

–Y también me dice que estás preparando un regalo falso de tu padre… de ultratumba.

Caro esbozó la mejor de sus sonrisas.

–Sabía que eras algo más que una cara bonita.

Jack no le devolvió la sonrisa.

–¿Cuándo me ibas a contar todo esto?

Caro apretó los labios y se retorció la pulsera sobre el brazo.

–No iba a hacerlo. No sé qué tiene que ver con… el resto de cosas.

–¿Estás intentando hacer que Barbara se sienta culpable para que devuelva la tabaquera, y dices que no tiene nada que ver?

Caro quiso decirle que se equivocaba, pero Jack no le dio tiempo para contestar.

–Esto vale mucho más que la tabaquera. ¿Cuánto más?

–Es… –Caro se humedeció los labios–. Probablemente vale tres veces más que la tabaquera, pero eso es irrelevante en este momento. Yo…

–¿Realmente crees que Barbara es la clase de mujer que puede caer en este tipo de trampa? ¿Es que has perdido la cabeza del todo? ¡Tomará el collar, y la tabaquera, y saldrá corriendo!

Caro se puso en pie.

–¡Deja de hablar así de ella! –rodeó la mesa y le señaló con el dedo–. ¡Te equivocas! Yo la conozco mucho mejor que tú, ¡pero tú sigues pensando que tu opinión de ella es la correcta y que la mía está mal!

–Las emociones te están nublando el pensamiento.

–¡No! Son tus prejuicios los que manchan tu juicio. Eres igual que mi padre –Caro dio media vuelta–. Crees que porque Barbara es joven y bella, tiene que haberse casado con mi padre por su dinero.

–Si tu padre pensaba eso, ¿por qué demonios se casó con ella?

Caro se volvió hacia él.

–No pensaba eso de ella. ¡Lo pensaba de ti!

Un silencio sepulcral se cernió sobre ellos de repente.

–Cuando te casaste conmigo, te casaste con una futura heredera. Algunas personas incluso podrían llegar a insinuar que tu reaparición, justo en este preciso momento, es muy significativa y que solo buscas sacar tajada. Así piensa la gente como mi padre y sus abogados.

Los ojos de Jack se endurecieron hasta parecer de hielo.

–Yo pensaba que ya habíamos hablado de todo esto.

–Yo no pienso de esa manera. No creo que te hayas casado conmigo por mi dinero y no creo que hayas vuelto a Londres por una cuestión de dinero.

Jack soltó el aliento.

–¿Puedo sentarme?

–Por favor –le dijo ella rápidamente. ¿Dónde habían quedado sus modales?

Señaló una silla.

Jack se sentó y señaló las cosas que estaban sobre la mesa.

–¿Y esto?

Caro se sentó también.

–Esto no tiene nada que ver con el resto.

–No entiendo.

–Créeme cuando te digo que Barbara quería a mi padre. Ella creía

que él también la quería.

Jack guardó silencio durante unos segundos, pero su rostro finalmente reflejó todo lo que acababa de entender.

–Y cuando él la dejó fuera del testamento…

Caro asintió.

–Bueno, todos sabemos por qué tomó esa decisión tan drástica.

–Pero ella no sabe que él pensaba que le estaba robando.

–No puedo decirle la verdad. Paul y ella no son precisamente amigos. Tratándose de él, me temo que sí intentaría vengarse de alguna forma. Si te soy sincera, hay una parte de mí que no podría culparla por ello.

–Maldita sea, Caro. Una parte de mí no puede evitar decirte que… eso no es cosa tuya. No es tu problema.

–Pero todo lo que digo es así, ¿no? Sé que esta no es la clase de familia con la que siempre soñaste, pero son todo lo que tengo.

Jack tomó el papel sobre el que ella había estado escribiendo.

–Se te da muy bien, ¿sabes?

–Sí. Era famosa en el colegio.

Jack levantó la mirada, llena de curiosidad.

–Un día vas a tener que contarme toda esa historia.

–¿Crees que con este collar vas a reforzar la idea de que tu padre la amaba?

–Sí.

Jack leyó los mensajes edulcorados que había escrito, intentando imitar la letra de su padre.

–Los hombres son menos verbales que las mujeres.

–¿Qué tratas de decirme?

–Creo que deberías firmar la nota con «Con cariño, Roland», y dejarlo ahí. Quita todo lo demás.

–¿Estás seguro?

–Completamente.

Caro examinó las cartas que su padre le había enviado cuando estaba en la universidad y se dio cuenta de que Jack tenía razón. Su padre siempre había sido parco en palabras.

Tomó el borrador de la carta y escribió lo que Jack le había dicho con sumo cuidado y esmero.

–Muy auténtico.

–Por lo visto cada día se me da mejor el engaño. Obligué al joyero a jurarme que va a decir que solo está cumpliendo con los deseos de mi padre, si Barbara llegara a contactar con él, y que lo organizó todo meses antes de morir.

–Ya veo que no has dejado ni un cabo suelto.

–Lo único que me queda por hacer es dejar esta carta en el joyero y el paquete estará listo para ser entregado esta misma tarde.

Jack la miró fijamente durante unos segundos. Caro sintió que la sangre comenzaba a circular más rápido por sus venas. –¿Qué?

–Eres una mujer con muchos talentos ocultos, y en este momento eso juega a nuestro favor.

–¿Qué quieres decir?

–¿Puedes falsificar la firma de Barbara tan bien como lo has hecho con la de tu padre?

–No lo sé. Nunca lo he intentado… Pero, si no recuerdo mal, la firma de Barbara no era difícil. Tendría que verla de nuevo antes de…

Jack sacó una especie de formulario. La firma de Barbara aparecía al final.

–Muy bien –Caro la miró detenidamente.

Después de cinco intentos logró copiarla a la perfección.

–¿Cómo va a ayudarnos todo esto?

Jack sacó una llave de su bolsillo y la colocó sobre la mesa.

–¿Sabes qué es esto?

–Una llave, evidentemente, pero no sé qué se supone que tiene que abrir.

–Una caja fuerte de un banco.

Caro respiró profundamente.

–¿La de Barbara?

Él asintió y le entregó los formularios pertinentes.

–¡Dios mío, Jack! ¿Pero dónde conseguiste esto?

Él arqueó una ceja.

–Tienes razón. No quiero saberlo –Caro levantó ambas manos con las palmas hacia afuera. Examinó los formularios–. Esto no es del banco con el que mi padre solía hacer negocios.

Su padre siempre trabajaba con un banco de la ciudad, pero esa entidad bancaria era de Chelsea.

–¿Conoces a alguien de allí?

Caro miró el nombre del banco y asintió.

–Lawrence Gardner. Trabaja en otra sucursal del mismo banco. Es el padre de un viejo amigo del colegio –Caro sacudió la cabeza–. Lo siento, Jack, pero no puedo pedirle que vaya a echarle un vistazo a esta caja de seguridad. Yo…

–Lo que estoy intentando saber es la probabilidad que hay de que nos encontremos a alguien que puedas conocer si vamos a esa sucursal y te haces pasar por Barbara.

–Yo… ¿Qué? Oh, Dios. Creo que voy a empezar a hiperventilar.

–Tenemos dos días para recuperar la tabaquera.

Dos días para convertirse en objeto de una investigación policial…

Caro tragó con dificultad.

–¿Crees que la tabaquera está allí?

–No se me ocurre ningún otro sitio.

–Pero… ni siquiera me parezco a Barbara.

–Pero las dos sois rubias.

–Ella tiene el cabello rubio cenizo. Y además lo tiene largo.

–Podemos buscarte una peluca. Y si te pones una de esas faldas potentes que le gustan a ella, con un juego de jersey y rebeca, y gafas oscuras…

–¿Cuándo lo hacemos? –le preguntó Caro, respirando profundamente y cruzando los brazos para esconder el temblor que la sacudía.

–Hoy.

Caro sintió los nervios en el estómago cuando Jack apagó el motor. Bajó la visera del coche y se miró en el espejo una vez más.

–Estás perfecta –le aseguró Jack.

Dejó el coche en un aparcamiento subterráneo situado a poca distancia de la sucursal bancaria. No quería tomar el transporte público para que nadie pudiera verlos. –He estado pensando… Creo que debería entrar sola.

Si las cosas no salían bien, al menos así no arrastraría a Jack con ella.

–Ni hablar, peque. Yo estoy a cargo de esta operación.

–No te voy a dejar entrar sola.

Caro sintió un gran alivio. No podía evitarlo.

–No voy a dejar que tú hagas lo más divertido.

–¿Lo más divertido? –repitió ella, volviéndose hacia él, boquiabierta.

–Tú y yo somos cómplices en el crimen.

–¿Divertido? –repitió ella una vez más–. ¿Crimen?

Él sonrió. Una alegría auténtica vibraba en sus pupilas.

–No estamos haciendo nada malo, en realidad no.

–Eso díselo al juez.

La sonrisa de Jack se hizo enorme.

–No queremos robar nada. No queremos hacerle daño a nadie. Solo queremos ponerle remedio a un problema.

Sus palabras la hicieron sentirse a medio camino entre un Robin Hood moderno y La Pimpinela Escarlata.

–Para conseguir ese objetivo tenemos que ir contra el sistema, que

no es un adversario cualquiera. ¿Me vas a decir que no sientes ni la más mínima emoción?

–Eres un yonqui de la adrenalina –le dijo ella–. ¿Alguna directriz de última hora?

–Empléate a fondo para sacar a la Barbara que hay en ti.

–Eso no va a ser difícil, cariño.

–Perfecto –Jack se frotó las manos–. Una vez estemos dentro, intenta mantener la cabeza baja. Mírate las manos o intenta fingir que buscas algo en el bolso todas las veces que te sea posible. No quiero que las cámaras de circuito cerrado capten una buena imagen de ti.

«Dios mío», pensó Caro, aunque no lo dijera en alto.

Había dos personas delante de ella en la cola y los nervios se le calmaron un poco mientras esperaban. Además, que no hubieran sonado las alarmas a su entrada en la sucursal también había sido de gran ayuda.

Caro, sin embargo, no podía dejar de retorcer la alianza de boda que Jack le había pedido que llevara en el dedo anular. Era su alianza de boda en realidad. Se la había quitado dos años después de la marcha de Jack.

Arrugó los labios y comenzó a dar golpecitos con el pie en el suelo. Los thrillers no eran precisamente su género favorito, pero en ese momento no podía evitar recordar a todas esas heroínas duras de la gran pantalla, como Lara Croft, el personaje de Julia Roberts en Ocean’s Eleven…

Justo cuando iba a dar un golpe de melena para ganar algo de confianza, recordó que Jack le había dicho que mantuviera la cabeza baja.

–Ya nos toca.

Al oír las palabras de Jack se sobresaltó.

–Buenos días –le dijo al cajero–. Quisiera acceder a mi caja de seguridad, por favor.

Entregó los formularios.

–Acompáñeme, señorita Fielding, por favor.

Caro sintió una descarga de adrenalina. ¡Estaba funcionando! Iban a salirse con la suya.

–Por supuesto –dijo y siguió al cajero a lo largo del mostrador hasta llegar a una puerta.

El cajero comenzó a introducir el código, pero justo en ese momento la puerta se abrió desde el otro lado y un hombre salió.

Caro sintió que el corazón se le subía hasta la garganta. Agachó la

cabeza y utilizó el cuerpo de Jack como escudo.

–¡Caro!

El corazón le latía con tanta fuerza que todo el cuerpo le temblaba. ¿Qué hacía Lawrence allí?

El cajero frunció el ceño y miró los formularios.

–¿Caro…?

«Tienes que pensar rápido».

–Lawrence, cariño, soy Barbara –le dijo, esbozando una sonrisa de Hollywood–. Lo haces siempre. Me confundes con Caro. Debe de ser por el pelo rubio –le dio un beso en la mejilla–. Por favor, no me delates… –le susurró con disimulo.

Arrojarse sobre la espada era la única opción.

Lawrence la miró durante unos segundos y entonces tomó su mano para llevársela a los labios.

–Vaya. Qué torpe soy. ¿Cómo lo llevas después del funeral?

Horrorizada, Caro sintió el escozor de las lágrimas en las cuencas de los ojos.

Se encogió de hombros.

–Oh… ya sabes.

–¿Cómo es que has venido?

Caro dejó que el cajero se lo explicara todo y aprovechó esos momentos para poner bajo control los latidos de su corazón. ¿Qué estaba haciendo Lawrence en Chelsea en vez de estar en su sucursal de Knightsbridge?

–Yo me ocupo de la señorita Fielding –le dijo Lawrence a su subordinado.

Caro tragó con dificultad al oír que la llamaba «señorita» en vez de «señora».

Agarrándola del brazo, la hizo pasar por la puerta por donde había salido y no la soltó hasta que llegaron a su despacho. Cerró la puerta y entonces se volvió hacia ella.

–Caroline Elizabeth Fielding, ¿qué demonios te traes entre manos?

–Hola, tío Lawrence.

«¡Tío Lawrence!».

Jack cerró los ojos. ¿En qué clase de problema la había metido? Se aclaró la garganta y dio un paso adelante.

–Señor…

–Tío Lawrence, este es mi esposo, Jack. Creo que no habéis coincidido nunca.

Mientras hablaba condujo a Jack hacia una silla y le hizo sentarse.

Apretándole el hombro un instante, le dejó claro que debía mantener la boca cerrada.

–Jack, este es mi tío Lawrence. Es un título honorífico. Claro.

Al igual que había hecho con Jack, condujo al tío Lawrence hacia una silla situada al otro lado del escritorio.

–Es el mejor amigo de mi padre. Yo solía pasar los veranos en su casa de Lake District.

Jack se quedó pensativo durante un momento. ¿Su mejor amigo?

–¿Suzie? –le preguntó.

Caro arqueó las cejas al tiempo que tomaba asiento junto a él.

–¿Te acuerdas de ella?

–Claro, era esa morena tan lista, adicta a las películas de Crepúsculo y las galletas Hobnob.

Había asistido a la boda. Jack frunció el ceño, tratando de recordar algo más, cualquier cosa. Si eran capaces de ablandar al padre a través de la hija…

–¿No se había marchado a Suiza, para dirigir un departamento de un banco?

Caro y Lawrence se echaron a reír.

–Bueno, prácticamente lo dirige todo ahora –dijo su padre con orgullo.

–Bien por ella. Me alegro de que le vaya tan bien.

–Bueno, ahora sí –dijo Caro–. Las cosas no le fueron fáciles durante un tiempo, después del nacimiento de su segunda hija. Suzie tuvo una depresión post-parto, pero ahora ya se encuentra muy bien –le lanzó una sonrisa a Lawrence–. Hace un par de semanas tuvimos una charla de lo más animada. Está fenomenal. Debes de estar muy orgulloso de ella.

–Así es –Lawrence hizo una pausa. Su mirada era aguda–. Ya sabes que siempre te voy a estar muy agradecido, Caro, por haberte tomado esa excedencia para estar con ella durante esas primeras semanas después de que le dieran el alta. Supuso una gran diferencia.

Jack miró a Caro, algo sorprendido.

–Para eso están las amigas… y las madrinas…

–Yo haría cualquier cosa por Suzie y su familia, al igual que ella haría cualquier cosa por mí y por la mía.

Las palabras que acababa de pronunciar eran un golpe maestro de manipulación emocional. Jack quería levantarse y dedicarle un aplauso.

–Caro…

–Tío Lawrence, me temo que me encuentro en un pequeño aprieto…

Sin más rodeos, le contó a su tío postizo toda la historia. Para cuando terminó, el hombre se había quitado las gafas y se frotaba los ojos insistentemente.

–Si te das cuenta, no puedo dejar que Barbara vaya a la cárcel.

El empleado bancario volvió a colocarse las gafas.

–Caro, si te llevo a esa caja de seguridad estaré rompiendo tantas normas, por no hablar de leyes, que no podría mantener la cabeza alta en público y…

–En realidad no quiero mirar dentro de la caja de seguridad.

Jack se giró hacia ella, sorprendido.

Caro sacó una foto de su bolso.

–Es una foto de la tabaquera que ha desaparecido. No quiero saber qué otras cosas guarda en esa caja de seguridad. Eso no es asunto mío. Pero a lo mejor podrías mirar en la caja y ver si está ahí –le puso la foto en las manos–. No te estoy pidiendo que la saques. Solo quiero que me digas si está ahí.

Caro miró a su tío Lawrence durante unos segundos con unos ojos que suplicaban. Jack contuvo el aliento.

Lawrence les miró a ambos durante unos segundos.

–No os mováis de esos asientos –dijo finalmente.

Caro se dibujó el signo de la cruz sobre su pecho. Sin decir ni una palabra más, Lawrence se puso en pie y se marchó.

–Lo siento mucho –le dijo Caro a Jack en cuanto se quedaron solos, con una mano sobre el corazón–. No puedo creer que justamente hoy estuviera aquí.

Jack sacudió la cabeza.

–No es culpa tuya. Y, de hecho, a lo mejor sale mejor así.

Caro dejó caer los hombros.

–Pero ahora he involucrado a alguien más en mi vida criminal.

–¿Eres madrina?

Una sonrisa asomó en los labios de Caro.

–Dos veces ya. Soy la madrina de las dos niñas de Suzie.

¿Quieres ver una foto?

–Me encantaría.

Ella le mostró una foto. En ella aparecía sentada sobre una mantita de picnic con un niño de un año o año y medio sobre el regazo y un bebé recién nacido en los brazos. Parecía… tan feliz.

Jack sintió una presión en el pecho. ¿Él nunca la había hecho tan feliz?

Lawrence escogió ese momento para volver a entrar en el despacho. Caro alargó el brazo y le quitó la foto de las manos. Se la mostró un instante al padre de su amiga con una sonrisa en los labios

y entonces volvió a guardarla en el bolso.

Todos se miraron durante unos segundos y entonces Caro se sentó más al borde de la silla. A Jack comenzó a parecerle que casi estaba empezando a disfrutar de esa vida de intriga y subterfugio.

–¿Y bien?

Lawrence tomó asiento.

–No encontré la tabaquera.

Jack cerró los puños. ¿Acaso Barbara había sido capaz de deshacerse de ella en menos de doce horas?

–Pero sí encontré esto.

Lawrence colocó un relicario sobre la mesa, delante de Caro.

Caro se quedó inmóvil y entonces deslizó las yemas de los dedos sobre el objeto.

–El relicario de mi madre.

–Eso es tuyo.

¿Cómo era posible que Barbara lo tuviera? Debía de valer una fortuna.

–Aunque no tengo ningún recuerdo nítido de ella, toda mi vida he sentido que vivía bajo la sombra de mi madre – contempló el relicario–. Mi padre fundó esa organización benéfica en su nombre y después dio por sentado que yo me haría cargo de ella. Convirtió a mi madre en una especie de santa, y no hay mujer en este mundo que pueda competir con eso. No me sorprendería que Barbara también se hubiera sentido eclipsada por la primera señora Fielding –tomó el relicario, con su pesada cadena de oro muy recargada, y la puso en la mano de Lawrence–. Devuélvela. Yo tengo muchas cosas. No necesito esto.

Lawrence contempló el relicario con un rostro serio.

–Hay unas cuantas cosas interesantes en la caja… Caro sacudió la cabeza.

–Barbara tiene derecho a guardar sus secretos. Yo no tengo ningún derecho a enterarme de ellos. Y no tengo intención de inmiscuirme en sus cosas más de lo que ya lo he hecho –fue hacia Lawrence y le dio un beso en la frente–. No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho. ¿Puedo cenar con vosotros un día?

–Ya sabes que eres bienvenida cuando quieras venir. Tu tía Katie estará encantada de verte.

Lawrence se puso en pie. Le dio un beso a Caro en cada mejilla y al mismo tiempo le ofreció una tarjeta a Jack sin que ella se diera cuenta. Este la guardó rápidamente.

–Ha sido un placer, señor.

–Lo mismo digo –dijo Lawrence.

Jack y Caro regresaron al coche sin intercambiar ni una sola palabra. En cuanto llegaron al vehículo, sin embargo, Caro empezó a impacientarse. Los ojos le brillaban y se había sonrojado.

–Eso ha sido… –gesticuló como si quisiera sacar la palabra del aire.

Jack se dio cuenta de que la adrenalina estaba haciendo de las suyas.

–Bueno, hemos estado cerca –le dijo él–. Si no hubieras tenido una relación tan estrecha con Lawrence Gardner, ahora mismo tendríamos problemas muy serios.

Ella le agarró del brazo. Parecía que no cabía en sí de pura emoción.

–Jack, no recuerdo la última vez que me sentí tan… ¡viva!

–¿Y tú me llamabas yonqui de la adrenalina?

–Podría hacerme adicta a esto.

¿Adicción?

Jack contempló sus labios exquisitos. Sí podía entenderla. Sentía que podía explotar en mil pedazos si no la besaba.

«No puedes besarla. Lo prometiste», se dijo.

–Gracias.

–¿Por qué?

–Por creer que iba a poder con todo esto.

Jack sintió una ternura repentina que batallaba con el deseo. Ambas emociones se mezclaban, se entrelazaban hasta formar algo mucho más fuerte y brillante.

Caro se puso te puntillas y le dio un beso en la mejilla.

–Yo…

Su voz se apagó cuando vio algo en su rostro, algo indefinido. Sus ojos buscaron los de él y entonces se oscurecieron. De pronto bajó la vista y entreabrió los labios ligeramente.

Él dio un paso hacia ella. Deslizó un dedo sobre la piel suave de su mejilla.

–Tú… –Caro tomó el aliento bruscamente al sentir cómo descendía sobre su rostro, deslizando la yema del dedo a lo largo de la línea de su garganta–. Me lo prometiste –le susurró.

–Prometí no besarte –murmuró él–. No recuerdo haberte prometido que no te tocaría. Puedes decirme que pare cuando quieras y yo lo haré.

Ella entreabrió los labios, pero las palabras no le salieron.

–Y no recuerdo que tú me hayas prometido que no ibas a besarme a mí –añadió él.

Sin perder el contacto visual, le tomó la mano y se la llevó a los labios. Le mordisqueó ligeramente el dedo anular.

–No me prometiste que no me besarías –le susurró de nuevo–. Y quiero que me beses, Caro. Deseo eso más que ninguna otra cosa en la vida.

Un escalofrío recorrió a Caro por dentro. –No prometí que no te rodearía con los brazos… Lentamente ella sacudió la cabeza.

–No. No me prometiste eso.

Él retrocedió hasta apoyarse contra el coche. La atrajo hacia sí y la hizo colocarse entre sus piernas. No llegaban a tocarse, pero el calor de sus cuerpos se mezclaba. Jack besó las yemas de sus dedos una a una.

–No te lo estoy pidiendo, Caro. Te lo estoy suplicando. Por favor, bésame. Yo…

Ella se inclinó hacia delante y presionó sus labios contra los de Jack.

Capítulo 9

En cuanto los labios de Caro entraron en contacto con los suyos, Jack tuvo que hacer un esfuerzo para luchar contra el torrente de deseo que rugía en su interior. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para dejarla tomar la iniciativa y no avasallarla con su propio delirio. No quería asustarla con el ansia que le consumía. Quería que ella se quedara justo donde estaba, allí donde debía estar, en sus brazos.

Ella se apretó más contra él, haciéndole gemir.

–Me estás matando.

Ella se rio. Su aliento era una caricia sobre los labios.

–Y yo que pensaba que era yo quien te estaba besando.

Jack deslizó los dientes sobre la piel sensible de su cuello, justo por debajo de su oído y ella se derritió contra él.

–Jack…

Él trazó un camino de besos a lo largo de su cuello y la hizo amoldarse a su cuerpo, colocando una mano al final de su espalda y la otra entre sus hombros. Deslizando la mano que tenía más abajo por dentro del suave tejido de su blusa, le rozó la piel desnuda con las yemas de los dedos sin dejar de besarla a lo largo de la garganta.

Ella contuvo el aliento. Se estremeció y se acercó aún más a él. Él quería darle tanto placer… Volvió a besarla en los labios, en las comisuras de los mismos. Quería volverla loca de deseo. Ella enredó las manos en su cabello para sujetarle, entreabriendo aún más los labios y dejándose llevar por una pasión repentinamente frenética. Jack creyó que el corazón se le iba a salir del pecho. No podía aguantar más. Era como regresar a casa, al hogar.

Fuegos artificiales de júbilo estallaron detrás de sus ojos. La apretó contra su propio cuerpo con fuerza, aplastándola, intentando borrar la línea donde terminaba su cuerpo y empezaba el de ella.

Caro rodeó a Jack con ambos brazos y se aferró a él como si le fuera la vida en ello. El maremágnum de deseo que siempre habían ignorado la sacudía por dentro como una ola gigantesca.

Le daba miedo. ¿Y si se perdía por completo? ¿Y si no era capaz de

volver a encontrarse a sí misma de nuevo? Si hacía el amor con Jack en ese momento, a lo mejor jamás volvería a encontrar la fuerza necesaria para ser fiel a sus principios, a su manera de pensar.

Casi con lágrimas en los ojos, Caro se apartó de sus brazos y entonces se sobresaltó al sentir un golpe brusco sobre el metal del coche. Dos brazos fuertes cayeron a ambos lados de su cuerpo, atrapándola.

–Eres la mujer más divina que he conocido jamás.

–Bueno, eso podría ser una señal de que tienes que salir más a menudo.

Él la miró fijamente. Caro no sabía qué veía en sus ojos, pero, fuera lo que fuera, la hacía sentir desnuda.

Jack esbozó una media sonrisa.

–Nunca fuiste una pusilánime… Tenemos que hablar, Caro.

–¿Respecto a que todavía nos sentimos atraídos el uno por el otro? ¿Qué sentido tiene?

–Podríamos empezar por ahí.

Ella sacudió la cabeza.

–No veo que podamos hacer mucho al respecto.

–¿En serio? –dijo él, arqueando una ceja de manera sugerente–. Tienes miedo.

–¡Y tú también deberías tenerlo! La última vez que pasamos por esto, no saliste ileso.

Jack hizo ademán de tocarle la mejilla, pero ella rehuyó el contacto.

–Me estás aturdiendo.

Él bajó los brazos de inmediato y retrocedió. Ella rodeó el vehículo y se detuvo frente a él.

–No tenemos futuro juntos, Jack, y no puedo tener un desliz final contigo. He luchado mucho para superar lo tuyo y no quiero arriesgarme a deshacer todo lo bueno que he hecho hasta ahora.

Él la miró fijamente.

–Discrepo contigo en una cosa.

Ella cruzó los brazos y comenzó a dar golpecitos en el suelo con el talón.

–¿En serio?

–Creo que sí podríamos tener un futuro juntos.

–No puedes estar hablando en serio.

–Nunca he hablado más en serio.

Un miedo primario e instintivo se apoderó de Caro.

–¿Qué te hace… –Jack se acercó tanto que estaban frente a frente, clavándose la mirada– estar tan segura de que no tenemos un futuro?

–¡Nuestro pasado! –exclamó ella.
–Podemos aprender de los errores.
–O podríamos repetirlos sin más.
–Soy más listo ahora. Sé lo que quiero, y lo que quiero eres tú.
–¿Y qué pasa con el tema de los hijos?
–Me da igual que tengamos hijos o no.
–Jack, durante los últimos cinco años tú me has culpado por el fracaso de nuestro matrimonio. En los últimos ocho días has visto que tú también tuviste algo de culpa en todo ello, pero esto no se puede arreglar. Ya no hay ningún «nosotros» que salvar.
Jack la agarró de los hombros, atravesándola con una mirada incandescente.
–Te quiero, Caro. ¿Es que eso no significa nada para ti?
Caro endureció su corazón y negó con la cabeza.
–No quiero ser cruel, Jack, pero… no. Me temo que no.
Él la soltó, más pálido que nunca. Era como si acabara de atravesarle con una espada.
Caro sintió que tenía que marcharse antes de cometer una estupidez.
–No hace falta que me acompañes a casa.
Él se puso rígido.
–Sube al coche, Caro. Yo te llevo a casa.
Ella apretó los puños.
–No soy un niño al que le dan órdenes. Tengo voluntad propia y ahora mismo quiero ejercerla. Realmente preferiría irme a casa sola –trató de respirar con normalidad–. Pero muchas gracias por ofrecerte a llevarme.
Él la miró a los ojos y se metió las manos en los bolsillos.
–Muy bien.
–Creo que lo mejor será que no volvamos a vernos.
–Pero la tabaquera…
–Se ha perdido sin remedio, Jack. Me temo que sí.
–Yo todavía no me he rendido.
–A las nueve en punto, el viernes por la mañana, le diré a mi jefe que he perdido la tabaquera y presentaré mi dimisión.
Jack no dijo ni una palabra.
–Por favor, me gustaría que me enviaras la factura por tu tiempo y tu servicio, pero sospecho que no vas a hacerlo.
–Sospechas bien.
–Yo firmaré los papeles del divorcio y se los enviaré a tu abogado.
Caro no era capaz de decir nada más. Le dolía la garganta de tanto pronunciar la palabra «divorcio». Dio media vuelta y se dirigió hacia

la salida.

–Adiós, Jack.

El letrero de la salida del aparcamiento se nublaba ante sus ojos, pero Caro procuró focalizar la vista en el resplandor neón para no pensar en el dolor que le apretaba el pecho. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para permanecer erguida y para poner un pie delante del otro.

Al salir al exterior, la luz del sol la hizo parpadear. ¿Cómo se atrevía el día a estar tan radiante?

Tomó el metro para regresar a casa.

«Por favor, no te conviertas en una de esas personas que lloran en el metro».

Recitó el abecedario una y otra vez hasta que llegó a su parada y entonces se dirigió sin titubear hacia la panadería de Jean-Pierre. Con el tesoro de glucosa en las manos, Caro subió las escaleras que conducían a su apartamento y se sentó frente a la mesa. Contempló los pasteles durante unos segundos y trató de escoger uno.

Lo cierto era que ni siquiera los pasteles eran capaces de suscitar entusiasmo en ella ese día.

Finalmente se decidió por el de chocolate. Le dio un bocado y comenzó a masticar haciendo un esfuerzo sobrehumano. El nudo que tenía en la garganta remitía por momentos, pero en realidad descendía hasta alojarse en su pecho, convirtiéndose en una dura bola de dolor.

Caro apartó la caja de pasteles y apoyó la cabeza en las manos.

Jack se sobresaltó al darse cuenta de que la oscuridad de la noche se estaba apoderando de su habitación de hotel. Ni siquiera recordaba bien en qué momento había regresado allí, pero sus músculos agarrotados le dejaban claro que debía de llevar horas sentado en esa silla.

Miró hacia la ventana. El crepúsculo era del mismo color que su estado de ánimo. Cerró los ojos.

Debería haber luchado por ella cinco años antes…

Frunció el ceño al ver que la penumbra se oscurecía por momentos. Mascullando un juramento, se puso en pie de un salto, encendió la lámpara y tomó su ordenador portátil. Ella no iba a creer ninguna promesa que le hiciera, pero sí le había prometido hacer todo lo que pudiera para recuperar la tabaquera. Esa era la única cosa que podía hacer por ella.

Poniéndose unos auriculares, activó el dispositivo de escucha que había instalado en la casa de Mayfair.

«Dadme algo, por favor», pensó.

Dos horas más tarde, se quitó los auriculares y los tiró sobre la mesa.

«¡Eureka!».

Guardó copias de seguridad en tres discos diferentes, envió los archivos a todas sus direcciones de correo electrónico, los grabó en un CD y también los cargó en un dispositivo de almacenamiento USB. A continuación buscó en el National Archive. Cuarenta minutos más tarde guardó el USB y el CD en su portafolios y se dirigió hacia Mayfair.

–Señor Jack –exclamó Paul al abrir la puerta–. Me alegro de verle por aquí.

Diez minutos más tarde, sin duda, el mayordomo traicionero diría algo muy distinto.

–¿Jack? –Barbara apareció en el umbral del salón–. ¿Está Caro contigo? –No.

A lo mejor había juzgado mal a Barbara, tal y como Caro le había dicho, pero no por ello dejaba de ser tan traicionera como Paul.

Por lo menos había llegado a entenderla, sin embargo.

Barbara se adentró en el vestíbulo. Las líneas de expresión que surcaban su entrecejo estropeaban la perfección de muñeca de su rostro.

–¿Está todo bien, cielo? ¿Caro está bien?

–Caro está bien, hasta donde sé. Pero las cosas no están bien. Necesito que los dos escuchéis algo. ¿Tenéis un reproductor de CD?

Barbara señaló en dirección al salón y le condujo hacia el equipo de música, situado sobre un aparador que parecía de museo.

–No te vayas, Paul –le dijo Jack al mayordomo sin darse la vuelta al sentir que tenía intención de escabullirse–. También quiero que tú lo oigas.

Introdujo el disco en el reproductor y aprovechó para retirar uno de los micrófonos que había instalado de manera disimulada. Los quitaría todos antes de marcharse esa tarde.

Apretó el botón de reproducción.

–Será mejor que os sentéis –les dijo, señalando el sofá.

Tanto Barbara como Paul permanecieron de pie.

–Este collar no me lo regaló Roland, Paul, y ambos lo sabemos.

Barbara se dejó caer sobre la silla más cercana en cuanto la voz comenzó a brotar de los altavoces. Se llevó una mano a los labios.

–Solo una persona podría ser responsable de esto, y esa persona es

Caro.

A continuación se produjo una pausa corta y entonces se escuchó la voz de Paul.

–Sí.

–Ya no quiero seguir haciendo esto, Paul. Quiero que Caro sepa la verdad.

–¡No podemos! ¡Se lo prometimos a su padre! Y tienes que pensar en tu madre. Jamás podrías permitirte las facturas del médico tú sola.

Jack detuvo la grabación.

–Podría dejar que siguiera, pero todos sabemos ya lo que dicen.

Barbara levantó la cabeza y tragó en seco.

–Me alegro de que la verdad salga por fin a la luz.

Tan solo dos horas antes, sin embargo, había cedido ante las presiones de Paul.

–¿Es que ya no tienes lealtad? –le espetó Paul.

Sus palabras sonaban cargadas de enojo, pero su lenguaje corporal daba a entender que estaba a punto de tirar la toalla.

–¿Fe? –exclamó Jack–. ¿Y qué pasa con la lealtad que deberían haberle tenido a Caro? ¡Ella os quiere mucho a los dos! Ella os considera parte de la familia. ¿Y la tratáis así?

Barbara no era de lágrima fácil, pero en ese momento parecía estar a punto de echarse a llorar. Su arrepentimiento parecía auténtico y, teniendo en cuenta el soborno del que se había valido Roland para someterla, casi podía perdonarla por los errores cometidos.

Casi…

–¿Os gustaría que compartiera con vosotros las conclusiones a las que he llegado?

Barbara abrió las manos e hizo un gesto con el que casi le suplicaba que siguiera adelante. Paul, en cambio, guardó silencio, pero parecía encorvado de repente y su rostro estaba sin color alguno.

–Siéntate, Paul –le ordenó Jack.

El empleado levantó la cabeza.

–Soy el mayordomo, señor Jack. El mayordomo no…

–¡Basta! Perdiste el derecho a llevar ese título y rango en el momento en que empezaste con este pequeño juego desagradable.

Sin decir ni una palabra más, el mayordomo se sentó. Jack los miró a los dos y trató de tragarse la furia que le barría por dentro.

–Antes de morir, el padre de Caro os hizo prometerle que intentaríais sabotear el trabajo de Caro en Richardson's para conseguir que la despidieran, y así podríais obligarla a hacerse cargo de la dichosa fundación.

Barbara titubeó y entonces asintió finalmente.

–Pensaba que haciéndola única beneficiaria del testamento lograría ablandarla un poco, no solo respecto a él, sino también con respecto a la fundación y, como no podía ser de otra manera, los dos estuvisteis dispuestos a hacer todo lo posible para que eso sucediera.

Barbara hizo una mueca y asintió.

–También sé que, si teníais éxito en vuestra misión, ambos ibais a ser recompensados.

Barbara levantó la cabeza.

–Sospecho que las facturas del hospital de tu madre estaban garantizadas si cumplías con la misión –Jack nombró el hospital donde estaba ingresada la madre de Barbara–. Sé qué clase de cuidados necesita, y sé lo mucho que cuesta todo eso.

Barbara se puso en pie, visiblemente afectada. Estaba temblando.

–¿Cómo sabes todo eso?

–Soy investigador privado. Estoy entrenado para seguir pistas.

Había averiguado el nombre de la madre de Barbara y le había seguido el rastro hasta localizarla en una clínica privada de Northumberland. Había bastado con una simple llamada de teléfono para confirmar que sufría un serio trastorno disociativo de la personalidad.

Barbara volvió a sentarse. Se frotó los ojos con la mano.

–Ni siquiera puedo visitarla. Se altera demasiado. Solo puedo asegurarme de que tenga los mejores cuidados.

Jack no podía ni imaginarse lo terrible que sería todo eso.

–Siento mucho lo de tu madre, Barbara.

–Gracias.

–¿Roland te chantajeó?

–De alguna manera, supongo que sí. Pero yo sí le amaba. La nuestra no fue una relación impulsiva y romántica, pero… yo quería que fuera feliz. Me pareció que no era demasiado pedirle pretender que Caro se hiciera cargo de la fundación, pero… –¿Pero?

–Pero, independientemente de lo que pensemos o queramos el resto de nosotros, Caro tiene derecho a tomar sus propias decisiones con respecto a su vida.

El corazón de Jack dio un vuelco.

–No podría estar más de acuerdo.

Lo único que hubiera querido era que también hubiera tomado la decisión de volver a incluirle en su nueva vida. Ahuyentando ese pensamiento, se volvió hacia Paul.

–Lo que no entiendo es por qué te prestaste a llevar a cabo el juego de Roland. Yo pensaba que Caro te importaba.

–¡Y me importa!

Se produjo un silencio prolongado.

–Pero amaba a la madre de Caro mucho más –dijo Barbara finalmente.

Jack se dejó caer en una silla. ¿Paul? ¿Enamorado de la madre de Caro?

–Fui demasiado lejos –Paul apoyó la cabeza en las manos–. ¿Qué va a hacer, señor Jack?

Si a Caro no le hubieran importado tanto el mayordomo y la madrastra, no hubiera dudado en arrojarles a los lobos. Pero no podía hacerlo. Para ella eran su familia.

–Muy bien. Esto es lo que vamos a hacer.

Caro se estaba cepillando los dientes cuando oyó que llamaban a la puerta. Era viernes por la mañana y la forma de llamar no le dejaba ni la más mínima duda. Era Jack.

Se enjuagó la boca y contempló la posibilidad de no abrir la puerta.

–¿Caro? Tengo la tabaquera.

Caro miró hacia la puerta durante un instante y entonces corrió para abrir de inmediato.

–Tienes que estar de broma, Jack… Yo…

Él le mostró la pieza y, durante una fracción de segundo, Caro no pudo hacer más que contemplar la tabaquera.

–¡Oh!

Apenas podía creerlo.

Con dedos temblorosos, la tomó con ambas manos. Agarró a Jack del brazo y le hizo entrar en el apartamento. Corriendo, fue a buscar su lupa y examinó la cajita al detalle.

–¿Qué haces?

–Me estoy asegurando de que sea auténtica, y no una réplica.

–¿Y bien…? –le preguntó él cuando la vio dejar la lupa sobre la mesa.

–Es la misma que perdí la semana pasada –dijo ella finalmente.

Quería darle un abrazo, pero entonces recordó lo que había pasado la última vez que se había dejado llevar por esas emociones de júbilo tan fuertes.

–Me has salvado, tal y como dijiste que harías. ¿Cómo? ¿Cómo lo has hecho?

Jack movió un poco los pies y miró de reojo hacia la cocina.

–¿Eso que huelo es café?

De pronto Caro se dio cuenta de que llevaba puesta la misma ropa

con la que le había dejado el día anterior. Además, necesitaba afeitarse. Le condujo a la cocina y sirvió dos tazas de café.

–Siéntate.

Soltando el aliento, Jack se quitó la correa del portafolios del hombro y lo dejó en el suelo.

–Gracias –le dijo, sentándose y llevándose la taza de café a los labios.

Ella frunció el ceño.

–¿Has dormido algo en los últimos dos días?

–Eso no importa. Puedo dormir en el avión.

¿Iba a marcharse a Australia ese mismo día? Un dolor inesperado irrumpió de repente dentro de Caro.

«Es mejor así».

–Al parecer, cuando Barbara sacó las cosas de la caja fuerte de madrugada, dejó caer la tabaquera sobre las escaleras.

Caro se preguntó cómo era posible que ni Paul ni ella la hubieran encontrado luego.

–Al día siguiente, la chica del servicio la encontró y la colocó en un armario del salón. Pensó que era como una especie de tarrito para guardar especias de mucho valor, o algo parecido.

–Entonces no fue Barbara, ¿no? Oh, debería arder en el infierno por haber pensado algo así de ella.

Jack apretó los labios.

–¡La explicación era tan simple! Pero… ¿cómo averiguaste todo esto?

–Llamé al servicio de limpieza que utilizáis. Hablé con la mujer a cargo allí y le pedí que le preguntara al personal.

–Jamás se me hubiera ocurrido algo así. Hice bien contratándote, Jack –Caro tragó con dificultad–. Me salvaste y no sé cómo darte las gracias.

–Me alegro de haberte sido de ayuda.

Jack se puso en pie y Caro sintió que el corazón le ardía.

–Creo que ya es hora de irme –le dijo, sin mirarla apenas–. Adiós, Caro.

Caro no fue capaz de hacer que las piernas le obedecieran para acompañarle. La puerta se cerró tras él y ella se quedó allí, completamente inmóvil, parpadeando e intentando normalizar su respiración.

La caja de dulces que había comprado la noche anterior seguía sobre la mesa. La agarró, entró en la cocina y la tiró a la papelera. El azúcar no era la respuesta. Lo único que podía curar sus heridas era el tiempo. Regresó a la mesa y tomó la tabaquera, apretándola contra su

pecho.

–Gracias, Jack –susurró en la habitación silenciosa–. Gracias.

Justo cuando iba a dar media vuelta para ir a vestirse, reparó en algo negro y plateado que estaba bajo la mesa. Se agachó y lo recogió. Era un CD. ¿Se le había caído a ella? ¿O acaso era de Jack?

No tenía etiqueta. Encogiéndose de hombros, introdujo el disco en su reproductor de CD. Volvió a mirar la caja en busca de alguna pista, pero no encontró nada.

Dos voces bien distintas comenzaron a salir por los altavoces. La taza de la que estaba a punto de beber se quedó a medio camino de su boca.

–Ya no quiero seguir haciendo esto, Paul. Quiero que Caro sepa la verdad.

–¡No podemos! ¡Se lo prometimos a su padre!

Capítulo 10

Caro se sentó en una silla y escuchó la grabación una vez más.

–Entonces… –tamborileó con los dedos sobre la mesa–. La empleada no la guardó en un armario después de todo… –se tocó las sienes.

Paul y Barbara se habían unido para robar la tabaquera, juntos. Caro miró hacia el techo.

–Y yo que pensaba que ni siquiera se caían bien.

Se puso en pie y comenzó a deambular por la habitación. ¿Por qué le había mentido Jack?

«¡No se puede confiar en nadie! ¡En nadie!».

Se frotó los ojos y, mascullando un juramento, dio media vuelta y entró en su dormitorio. Había disfrutado de una excedencia de más de una semana y lo menos que podía hacer era dirigirse a la casa de Frederick Soames, en Knightsbridge, y venderle la dichosa tabaquera.

Freddie colocó la tabaquera sobre su escritorio y arrugó los labios.

–Es una pieza preciosa, sin duda.

–Es preciosa –Caro cruzó las piernas–. ¿Pero…?

–El precio es muy elevado.

–Eso es una tontería, Freddie, y lo sabes.

Caro conocía al excelentísimo señor Frederick Robert Arthur Soames de toda la vida. Su padre y él habían ido juntos a Eton.

El hombre tomó un cuaderno.

–Estaría dispuesto a pagar… –apuntó una cifra y le dio la vuelta al cuaderno para mostrársela a Caro.

La suma era significativamente menor al precio que ella había fijado. A Freddie le encantaba jugar, y no había nada que le gustara más que conseguir una buena oferta.

Caro tachó la cifra y apuntó otra notablemente más alta.

–No puedo permitir que mi cliente acepte una suma menor que esa sin hacer mella en mi conciencia. Si decides no aceptar este precio, entonces iremos a subasta.

Freddie puso una expresión de derrota que resultaba casi cómica.

–Pero… ese es el precio al público original.

Caro sonrió. Después de todos los problemas que había tenido gracias a la tabaquera, tenía que conseguir el mejor precio posible por ella.

–Escucha, Caro, sé que es tu trabajo conseguir el mejor trato para tu cliente, pero nos conocemos de toda la vida y… bueno, tenía que intentarlo. Tienes fama de ser muy dura en el negocio.

El tono de voz que había empleado era de absoluta admiración y Caro no pudo evitar echarse a reír.

–Resulta difícil de creer, teniendo en cuenta cómo es tu personalidad fuera del trabajo y… bueno, yo quería probar suerte –Freddie terminó con una sonrisa.

«Difícil de creer, teniendo en cuenta cómo es tu personalidad…».

Las palabras del amigo de su padre resonaron con fuerza en la cabeza de Caro. ¿Era por eso que Barbara y Paul habían pensado que podían pasarle por encima de esa manera? ¿Acaso había sido por eso que Jack la había dejado cinco años antes?

–Caro, ¿te encuentras bien?

Caro se sobresaltó y le dedicó una sonrisa a Freddie.

–Perfectamente, Freddie.

De repente se dio cuenta de que le costaba desprenderse de la tabaquera, después de lo mucho que le había costado recuperarla.

Era hora de intentar que Freddie diera su brazo a torcer.

–Richardson's ha tenido a bien tenerte en cuenta como primera opción para esta preciosa tabaquera del siglo XVII, pero tienes que entender que el interés por este tipo de objetos siempre es muy alto. Voy a contar hasta tres. Tienes hasta ese momento para decidir si aceptas el precio al público… –golpeó el cuaderno con la punta del dedo–. O si rechazas la propuesta.

–No hace falta que cuentes, Caro. Voy a arriesgarme a ir a la subasta.

Caro se rio al ver ese destello en sus ojos. Al honorable Freddie Soames le gustaba competir.

–Me ha encantado verte –se despidió con un apretón de manos y se marchó.

Al llegar a la puerta, sin embargo, se detuvo un instante. Freddie Soames vivía en Knightsbridge… y a lo mejor era por eso que acababa de acordarse de Lawrence Gardner. Miró el reloj. La reunión con Freddie no había durado mucho.

De manera impulsiva, marcó el número de Lawrence.

–Lawrence, ¿podrías recibirme un momento? –le dijo después de los saludos.

–Por supuesto, querida. Hoy estoy en la sucursal de Knightsbridge.

–Estoy a dos minutos de allí.

–Bueno, entonces este es el objeto de la discordia –Lawrence le devolvió la tabaquera–. Me alegra que lo hayas recuperado por fin.

–Oh, sí. Yo también me alegro –le contó toda la historia, según la versión de Jack.

–Bueno, si la cosa ha terminado bien, todo está bien.

–Tú no te crees esa historia, ¿verdad? Yo sé que Paul y Barbara estuvieron detrás de la desaparición de la tabaquera, a petición de mi padre.

–Ah…

–¿Ha estado Jack por aquí desde… aquella visita inesperada que te hicimos el miércoles?

Lawrence titubeó un momento y entonces asintió con la cabeza.

–Creo que ese muchacho solo piensa en hacer lo mejor para ti, Caro.

Ella respiró profundamente y asintió con la cabeza.

–Yo también.

–Muy bien, bueno… Jack vino a verme esta mañana. Quería cobrar un par de cheques.

Caro escuchó con atención todo lo que Lawrence le contó y entonces comenzó a sentir que el corazón le ardía.

–¿Mi padre chantajeó a Barbara y… la amenazó con dejar de pagar las facturas del hospital de su madre? ¡Eso es… diabólico!

Lawrence hizo una mueca.

–¿Pero por qué no acudió a mí? Ella tenía que saber que yo podría ayudarla.

De repente recordó lo que había dicho Barbara aquella noche que habían pasado en Kent: «Siempre comedida. Nunca pierdes la compostura. Siempre intentas evitar toda confrontación. A veces puede resultar difícil averiguar qué es lo que sientes».

Caro se arrepintió de haber sido tan reservada durante toda su vida.

–Pero, en cualquier caso, no puedo entender cómo es que Paul se prestó a algo así –Lawrence suspiró–. Él te adora.

–Oh, eso es fácil. Estaba enamorado de mi madre. Creo que es la única mujer a la que ha querido.

–¡Dios mío!

Caro sonrió al ver la expresión de sorpresa de Lawrence.

–¿Qué vas a hacer? ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Caro se inclinó sobre el escritorio y puso la mano sobre la de su

amigo.

–Ya has hecho muchísimo, Lawrence, y por ello te estaré agradecida siempre –respiró profundamente–. Voy a arreglar las cosas. Eso es lo que voy a hacer, aunque no me vendría mal algo de ayuda con un par de cosas prácticas.

Lawrence se puso erguido.

–Yo soy un hombre muy práctico. Dispara.

Tres horas más tarde, Caro llegó a la mansión de Mayfair. La voz que salía de la estancia que estaba a su izquierda le indicaba que al menos Paul sí estaba en la casa. Fue hacia la puerta del estudio de su padre y el corazón se le subió hasta la garganta un instante.

«¡Jack!».

Jack estaba allí. No se había marchado a Australia aún.

–¡Caro, cariño! –Barbara se puso en pie de golpe.

Su rostro reflejaba una angustia repentina.

–Cariño, yo… –volvió a sentarse, como si no supiera qué decir.

–Me gustaría hablar un momento, si no os importa –les dijo a Jack y a Paul.

Señaló dos sillas situadas a cada lado de Barbara, invitándoles a sentarse. Paul apenas podía mirarla a los ojos.

Jack, en cambio, la observaba con unos ojos llenos de ternura y amor, unos ojos que la hacían sentir un calor repentino en las mejillas, como si toda la sangre se hubiera concentrado ahí de repente. Tenía unos papeles en las manos, y no dejaba de moverlos.

Caro sacó el CD de su bolso.

–Creo que esto es tuyo, Jack.

Barbara cerró los ojos y Paul se quedó blanco como la leche. Jack tomó el CD.

–Creo que se te cayó cuando fuiste a verme. Tienes que aprender a cerrar mejor ese portafolios.

–Saqué la tabaquera y…

–Y dejaste el portafolios en el suelo mientras te tomabas el café.

Caro extendió el brazo y le quitó los documentos que sostenía con ambas manos. Eran cheques. Uno de ellos era para la clínica donde estaba hospitalizada la madre de Barbara, y el otro era para la fundación. Las dos sumas de dinero eran bastante altas.

Sacudiendo la cabeza, rompió en pedazos los cheques. Barbara se tapó la boca con la mano para ahogar un sollozo.

–Muy bien. Este es el trato –dijo Caro en un tono calmo.

Abrió su carpeta y sacó el primero de una serie de documentos.

–Barbara, este documento, como ves, es un contrato a mi nombre con la clínica en la que está tu madre. Garantiza todos los cuidados médicos para ella. Me hubiera gustado que hubieras confiado en mí desde el primer momento para manejar este asunto.

Jack contemplaba a Caro con suma atención y un hormigueo le recorría la piel.

Caroline Fielding era simplemente gloriosa. Debería haberle contado toda la verdad desde el primer momento.

–Oh, yo… –Barbara se secó las lágrimas que ya habían empezado a caer sobre sus mejillas.

–Entiendo que mi… carácter reservado no ha contribuido precisamente a que me tengas confianza, y lo siento. También entiendo que tu lealtad terminó dividida entre mi padre y yo.

Barbara levantó la barbilla.

–El caso es que no me casé con tu padre por su dinero, cariño. Y yo quería que cuidaran bien a mi madre.

Caro asintió.

–Y a cambio de eso mi padre recibía las atenciones de una esposa maravillosa que siempre se esforzó mucho por hacerle feliz. Yo sigo pensando que él salió ganando con el trato. Y quiero que sepas que te he hecho una transferencia de varios millones de libras a tu cuenta.

–¡Eso no era necesario! Yo no…

–Por favor, Barbara. Compláceme con esto. Además, he puesto la residencia de mi padre en España a tu nombre. –¿Quieres que me vaya de aquí? –Barbara asintió–. Claro… –¡Por supuesto que no! Pero sé lo mucho que te gustaba esa casa. Mi padre y tú pasasteis la luna de miel allí.

–Oh, pero… Caro, cariño… Todo esto es demasiado.

–Tonterías.

Caro se volvió hacia Paul.

–Bueno, Paul.

Jack se echó hacia atrás, cruzó los brazos y se dispuso a disfrutar de la escena.

–He pensado que, como la fundación de mi madre significa tanto para ti, eres la persona más adecuada para hacerte cargo de la gestión. Este documento de aquí… –levantó un taco de papeles–. Te nombra presidente de la junta de dirección de la fundación.

–Señorita Caroline… Yo… –¡Caro!

Paul tragó con dificultad.

–Caro, yo… yo no sé qué decir.

–Dime que aceptas y que harás todo lo posible por cumplir con tus obligaciones al frente de la fundación.

–Tienes mi palabra –le dijo el mayordomo y entonces volvió a sentarse.

–También lo he preparado todo para que tengas una pensión. Mi padre debería haberlo dispuesto todo antes de morir. Esto será adicional a tu salario como gestor de la fundación.

Paul levantó la cabeza, sorprendido.

–¡No quiero un salario de la fundación! Será un honor estar al frente de ella.

Caro no pareció sorprenderse con su reacción.

–¡Dios mío, Caro! No puedo aceptar esto –le dijo cuando ella le entregó los documentos con todos los detalles de la pensión–. Esta mensualidad es más que generosa.

–Te lo has ganado. Le diste el mejor servicio posible a mi padre durante treinta años. Además, yo puedo permitírmelo… y es lo que quiero.

Caro respiró profundamente y Jack sintió un anhelo que le sacudía por dentro como el rugido de una tormenta. Asió con fuerza el borde de la silla para mantenerse quieto.

–Bueno, quiero que ambos sepáis que todas estas cosas que he puesto en marcha hoy son un compromiso en firme. No va a cambiar nada. No puedo revocar ni deshacer nada de lo que os acabo de prometer. Sois libres para marcharos ahora mismo si así lo deseáis, y no habrá ningún tipo de represalia.

Se produjo un silencio tan sepulcral que solo se oía el tic-tac del reloj del vestíbulo.

Caro juntó las palmas de sus manos.

–Bueno, ya es momento de dejar a un lado este carácter reservado mío. Me gustaría que habláramos todos con franqueza. Barbara, Paul, para mí sois mi familia.

Jack se sintió como si le acabaran de pinchar con un alfiler en el corazón. Él no estaba incluido en la lista de beneficiarios de su afecto.

–Ambos me importáis mucho, y albergaba la esperanza de que ese cariño me fuera devuelto.

–¡Y así es, cariño!

–¡Yo te quiero como si fueras mi propia hija!

–Pero saboteasteis mi felicidad de todos modos. Si ambos os preocupáis por mí de verdad, entonces os pido respeto, lealtad y también que me aceptéis tal y como soy. Si no podéis darme esas cosas, entonces tendremos que seguir caminos separados.

Paul se puso en pie.

–Tienes mi respeto y mi lealtad hasta el día en que me muera, Caro.

–Sí, cariño, tienes mi palabra también.

La sonrisa de Caro fue repentina, dulce, absolutamente encantadora.

–Bueno, entonces podemos seguir como hasta ahora. Voy a dejar mi apartamento y me voy a mudar a Mayfair. Así podremos vivir todos juntos como esa gran familia desestructurada que somos.

Barbara se levantó de repente y la estrechó entre sus brazos.

–Cariño, eso suena maravilloso.

Impaciente por darle un abrazo también, Paul esperó su turno junto a ellas.

–¡Excelente! ¡Excelente!

Con el corazón en la garganta, Jack se incorporó también. Se colgó el portafolios del hombro y se volvió hacia la puerta.

–¿Adónde crees que vas? –exclamó Caro sin darle tiempo a dar ni dos pasos.

Él respiró profundamente, pero no se volvió hacia ella.

–Tengo que tomar un avión.

–¿Dentro de unas seis horas más o menos…? Yo albergaba la esperanza de que… Por favor, Jack, ¿puedes concederme diez minutos?

Jack titubeó durante una fracción de segundo.

–Claro –dijo finalmente y se obligó a sí mismo a mirarla a los ojos.

–¿Quieres cantarme las cuarenta porque te oculté lo de la tabaquera?

–Fue todo un detalle de tu parte intentar protegerme de la verdad, aunque fuera una decisión poco acertada. Y también fue todo un detalle que le ofrecieras una suma enorme de dinero a Barbara y a Paul para intentar arreglar las cosas.

–Si no se trata de eso, entonces, ¿de qué quieres hablar?

Caro bajó la vista. De repente parecía tan indecisa que Jack tuvo el impulso de ir hacia ella.

–Esta mañana compré esto –le dijo ella, sacando la tabaquera del bolso y sosteniéndola sobre las palmas de sus manos.

–¿Me quieres decir que ese tal Soames no la quiso después de todo?

–Oh, sí que la quería –Caro dejó escapar una carcajada–. Pero se empeñó en jugar para conseguir un precio más bajo, y de repente me di cuenta de que no quería deshacerme de ella.

Se la ofreció.

–Jack, me gustaría que la tuvieras tú.

Jack la miró, perplejo.

–Eso no es necesario. Ya te dije que no quería que me pagaras por…

–No se trata de eso. Te conozco lo bastante como para no llevarte la contraria innecesariamente. Esto es un regalo, sin más. Es un… símbolo.

–Un símbolo… ¿de qué?

Ella le puso la tabaquera sobre la palma de la mano y retrocedió de nuevo hasta apoyarse en el borde del escritorio. Se subió la pulsera hasta el final del brazo y comenzó a retorcerla con fuerza.

–Acabo de ser sincera conmigo misma de una vez, pero… mi corazón se perdió de la misma manera que se perdió esta tabaquera. Tú la encontraste y, de alguna forma, me ayudaste también a reencontrar mi propio corazón.

Jack sintió que su propio corazón grababa un tatuaje en su pecho con cada latido.

–No sé muy bien qué quieres decir… ¿Qué es lo que quieres, Caro?

–Te quiero a ti, Jack. Quiero pasar mi vida contigo. Te quiero.

Jack ya no pudo contenerse más. Fue hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

–Sabes que ya nunca más voy a ser capaz de dejarte marchar, ¿verdad?

–Me gusta cómo suena eso –le dijo ella, mirándole a los ojos–. Y también me gustaría mucho que me besaras.

Jack contempló esos labios que esperaban a ser besados y entonces sintió un nudo en el pecho. –No tienes que pedírmelo dos veces.

Se inclinó hacia ella y, un segundo antes de que sus labios se encontraran, ella sonrió, como si de repente se hubiera dado cuenta de que podía tener todo aquello que había pedido.

Sujetándole las mejillas con ambas manos, Jack la besó, lenta, dulcemente.

Ella deslizó las manos a ambos lados de su cuello y se apretó contra él, devolviéndole el beso con la misma devoción y ternura, intentando hacer sanar viejas heridas.

Poco a poco el beso se volvió apasionado, hambriento, y ambos se abandonaron al frenesí y a la libertad de ese nuevo día que había comenzado.

Caro se tocó los labios con la punta de la lengua.

–Vaya… –susurró.

–Deberías decir lo que quieres más a menudo –le dijo él, sonriente.

–Bueno, eso es precisamente lo que tengo intención de hacer –le tocó la mejilla–. Jack, te prometo que voy a ser más abierta y directa

contigo. Sé que mi personalidad reservada fue un gran problema hace cinco años.

Él le tomó la mano y le besó las yemas de los dedos.

–Podemos dejar todo eso atrás… Además, te prometo que tendrás todo mi respeto, mi lealtad y mi aceptación –le dijo, recordando la promesa de Paul y Barbara–. Y te prometo sinceridad, Caro, aunque las cosas sean difíciles de decir, y difíciles de oír para ti.

–Gracias.

–¿Tú me prometes lo mismo?

–Sí –le dijo ella sin vacilar y entonces se mordió el labio de nuevo.

–¿Qué? –le preguntó él.

–Entiendo tu deseo de tener hijos y familia, Jack, pero hay cientos, miles de parejas que logran negociar este asunto, así que estoy segura de que nosotros también podemos hacerlo.

Él le tocó los labios con un dedo para hacerla callar.

–He estado pensando mucho en esto, y creo que he encontrado la solución.

Caro aguzó la mirada.

–No quiero que hagas ningún sacrificio innecesario.

–Y yo tampoco quiero que tú tengas que hacerlo.

–Muy bien…

–Si la idea de tener hijos no te es del todo insoportable… –le acarició la mejilla con los nudillos–. ¿Qué te parece esto? Cuando estés preparada, podemos tener una familia… No te voy a poner ningún impedimento en cuanto a tu vida profesional, y puedo ser yo quien se quede en casa si es preciso.

Caro abrió los ojos, sorprendida.

–¿En serio?

–Me encantaría. Mi negocio va bien, y estoy muy orgulloso de lo que he conseguido, pero me gustaría tener algo más en mi vida. Puedo contratar a un gerente que se haga cargo de las operaciones, pero lo que realmente quiero hacer, Caro, es formar una familia contigo.

Ella le devolvió la sonrisa más dulce y conmovedora que la había visto esbozar jamás.

–Los dos tenemos más dinero del que podremos necesitar en toda nuestra vida. Podemos contratar personal de ayuda, amas de llave, niñeras…

Los ojos de Caro resplandecían.

–¿Quieres quedarte en Londres?

–¡Oh! No había pensado en eso. Me encanta Londres, pero estoy segura de que Australia también me encantaría y…

–Es que… –Jack miró a su alrededor–. Esta casa es enorme. Si nos

quedamos aquí, más adelante a lo mejor podríamos pensar en acoger a niños que lo necesiten.

Sin darle tiempo a terminar la frase, Caro le rodeó el cuello con ambos brazos y le abrazó con todas sus fuerzas.

–Eso suena perfecto. ¡Absolutamente perfecto! Ahora, como parece que no tienes intención de besarme, voy a ser yo quien te bese.

Sus labios se acercaron a él hasta quedar a unos pocos milímetros de distancia.

–Corazones, aquí tenéis té y pastel, si queréis.

Con una sonrisa, Caro se apartó y miró a Barbara.

–Me encantan los pasteles, pero tengo unos papeles que mirar con Jack… eh… arriba –tomándole de la mano, le condujo hacia la escalinata bajo la mirada risueña de su madrastra–. ¡Déjanos algo para luego!

Jack se echó a reír cuando llegaron al pie de la escalera.

–No engañas a nadie con esa historia, ¿sabes?

–Lo sé, pero no puedo deshacerme de mi carácter reservado en una noche. Y algo de ficción cortés no viene mal de vez en cuando.

–Te quiero, Caro. Voy a guardar esto como un tesoro y lo mantendré a buen recaudo –abrió las manos y le mostró la tabaquera– de la misma manera que voy a cuidar de tu corazón y a hacer todo lo posible para protegerlo.

–Te quiero, Jack. Haré todo lo que esté en mi mano para que seas feliz.

–¿Me prometes que siempre me vas a decir lo que quieres?

Ella asintió con la cabeza y entonces sonrió.

–¿Quieres saber qué quiero ahora mismo?

–¿Qué?

–A ti –le susurró ella, deteniéndose frente a él.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la comisura del labio.

–Te deseo a ti. Te quiero a ti.

–Me tienes –le prometió él y entonces la besó.

–¿Para siempre?

–Para siempre.